

MOLDES PARA LA FRAGUA

MOLDES PARA LA FRAGUA

NUEVA SERIE

Rafael Caldera

Prólogo

Ramón Guillermo Aveledo



Cyngular



dahbar

© *Editorial Dahbar*, 2016

© *Cyngular Asesoría 357, c.a.* 2016

DEPÓSITO LEGAL: *lfi9o2o168oo525*

ISBN: *978-980-7212-88-5*

DISEÑO DE LA TAPA: *Jaime Cruz*

CORRECCION DE PRUEBAS: *Narcisa García Navarro*

IMPRESO EN VENEZUELA

PRINTED IN VENEZUELA

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

CONTENIDO

- Buril *pág.* 9
Alcide De Gasperi. Mi testimonio personal *pág.* 29
Eduardo Frei *pág.* 33
Caracciolo Parra León *pág.* 41
El padre Manuel Aguirre *pág.* 55
Imagen de Pedro Pablo Barnola *pág.* 67
Pedro Grases *pág.* 83
José Rafael Pulido Méndez *pág.* 97
Carlos Sánchez Espejo *pág.* 107
Adelita Abbo de Calvani *pág.* 119
Jeannette Abouhamad Hobaica. Una huella fina
y profunda *pág.* 127
Julio Diez. Elogio de un coriano ilustre *pág.* 137
Carlos Pi Suñer *pág.* 155
David H. Blelloch *pág.* 163
Homenaje a Juan Carlos Puig *pág.* 169

BURIL

Luchador político tenaz, Rafael Caldera (1916-2009) recurre en *Moldes para la fragua* a metáforas sacadas de la metalúrgica, asociada a exigentes faenas de sudoroso esfuerzo, sometido a altas temperaturas y rigurosas condiciones de trabajo. La imagen no puede ser casual en el estudioso de la Sociología y el Derecho del Trabajo. Fragua es el fogón donde se caldean los metales para la forja, y molde la forma en sólido que se quiere dar a la materia fundida. La intención de la lección es clara. Estamos ante modelos. Nos presenta ejemplos a seguir. Ejemplos de vida.

La vida tiene mucho de estudio. Conocimiento y reflexión son indispensables para comprenderla en su esencia y en su trascendencia. Pero también de taller, para realizar la condición humana en el obrar. En nuestros años colegiales, el sentido de las lecciones en el aula y el campo deportivo se resumía en la letra del himno que cantábamos con emoción, “porque la vida es mar, donde el deber faro es que ha de alumbrar”¹. La brújula del deber es el bien². El rumbo está señalado, pero constantemente hemos de tomar decisiones. En muchas la opción es clara, en otras no. En el razonamiento maritainiano, debemos realizar y completar lo que en nuestra naturaleza es un bosquejo. El ser humano, “Con su propio esfuerzo debe alcanzar, en el orden moral, su libertad y su personalidad”³. Somos obras inconclusas, a las que corresponde asumir su propia terminación.

Este es un libro con propósitos pedagógicos. El autor confiesa abiertamente que aspira ganar para las páginas que ofrece, el cariño

1 Himno del Colegio de La Salle.

2 No hablamos del deber puro kantiano, sin fin último. Es el bien moral en la tradición socrática, la ética tomista del bien honesto.

3 Maritain, Jacques. *La persona y el bien común*. Círculo de Lectores. Buenos Aires, 1968.

de los jóvenes “en su afán inagotable de buscar temas de imitación y motivos de perseverancia provenientes de aquellos que hicieron algo antes que nosotros”⁴.



A comienzos de 1962, Venezuela da los primeros pasos en su más duradero período de convivencia en libertad y en paz. Se publica en Buenos Aires con sello de El Ateneo, la primera edición de *Moldes para la fragua*. Las ilustraciones son del pintor Luis Alfredo López Méndez, segundo vicepresidente de la Cámara de diputados en 1960, en la mesa directiva encabezada por Caldera. El artista caraqueño había sido electo diputado independiente en las planchas de Unión Republicana Democrática, en la avalancha de votos que en el centro del país recibió la simpatía de Wolfgang Larrazábal.

En seis capítulos organiza las semblanzas el autor. “Patria” trae a Bolívar, Bello, Páez, Álvarez de Lugo y el Padre Maya, el único voto salvado cuando el 5 de julio de 1811 se declara la Independencia.

En “Universidad” José Gregorio Hernández, la amistad entre este y Luis Razetti, Caracciolo Parra León, Julio César Salas y don Tulio Febres Cordero. En “Ecclesia” los monseñores Lucas Guillermo Castillo, Marcos Ferreira, Rafael Arias Blanco y Salvador Montesdeoca, el obispo mártir que “supo ser amigo y consuelo” de la juventud católica y mantener ante sus ojos, “la visión de una patria distinta”⁵. En “Civismo” cuatro venezolanos, Rafael Arévalo González, Andrés Eloy Blanco, Trinidad Figueira, Tomás Liscano, y dos extranjeros, el italiano Luigi Sturzo y el uruguayo Dardo Regules, quienes a la cabeza del Partito Popolare y la Unión Cívica, respectivamente, fueron precursores de la democracia cristiana en sus países. El capítulo “Virginidad fecunda” incluye a Inés Ponte, la tarbesiana

4 Caldera, Rafael. *Dintel*, introducción a *Moldes para la fragua*.

5 Caldera, Rafael. “En holocausto por la paz del mundo” en *Moldes para la fragua*. 3ª edición. Caracas, Dimensiones, 1980.

Madre Febronia y la franciscana Hermana San Agustín. Y en el de “Eternidad” a San Ignacio de Loyola y a Jesús de Nazareth.

Una segunda edición verá la luz en 1973, ya Caldera está por concluir el que sería su primer período en Miraflores y Seguros Horizonte auspicia la publicación, para su distribución gratuita a clientes y relacionados. La portada es de Mateo Manaure. Los veintiséis ensayos son reducidos a diez. La selección la hace Rafael Tomás Caldera. No hay organización en capítulos. Se incorpora a Jacques Maritain, quien acaba de fallecer en Toulouse. El ensayo sobre Andrés Bello “La incomprendida escala en Londres”, es sustituido por “Ciudadano de América”, un discurso de 1965 en el homenaje de las Academias Nacionales con motivo del centenario de su muerte. La decena la integran Bolívar, Bello, Maya, Arévalo González, José Gregorio, don Tulio, Andrés Eloy, Regules, Maritain y Jesucristo.

La tercera es una muy cuidada edición de Dimensiones en 1980, “revisada y aumentada por el autor”. Impresa en Editorial Arte, el diseño y fotografía de la cubierta son de Silvia Ossot, y los retratos de los personajes obra de Pedro Mancilla. Aunque su formato y el tipo de papel utilizado no facilitan su manejo, la considero la mejor de las tres. No solo por el beneficio de la ampliación a cuarenta figuras, incluye a todas las de la primera e incorpora a otras muy significativas, sino porque cada una trae una introducción muy útil para cualquier lector, sea este más o menos informado. Ojalá, porque sería de provecho sobre todo a los jóvenes y a los docentes, se produjera una nueva edición, accesible, de esa versión de *Moldes*.

Los capítulos siguen siendo seis pero cambian. Pues de “Virginidad fecunda”, ahora es solo título del ensayo acerca de Inés Ponte que forma parte de “Civismo”, los otros dos referentes a religiosas, pasan a integrar “Ecclesia” que a los prelados de la primera edición suma las dos religiosas y encabeza con San Ignacio de Loyola, el fundador de la Compañía de Jesús de sus maestros queridos.

Además de Bolívar, Bello, Páez, Álvarez de Lugo y Maya, y la mencionada suma de Inés Ponte, incorpora esta vez a Miranda, a Su-

cre y a Pedro Gual, de la misma generación de los Libertadores pero civil, y acaso por eso cubierto por la neblina del olvido. Diplomático de la primera hora republicana, devoto de la causa integracionista, canciller, parlamentario, vicepresidente y presidente encargado de la República en trance muy difícil para nuestro pueblo, como fue la “Guerra larga”.

Pero de todos los anteriores, cuya impronta en la nacionalidad es conocida, quisiera destacar la presencia del Pbro. Manuel Vicente de Maya en las tres ediciones de *Moldes para la fragua*. Solo otros ocho están en todas. ¿Por qué Maya?, no faltará quien se pregunte. Y su significado, sin embargo, es de la mayor trascendencia republicana.

¿Cómo es posible, si precisamente Maya se opuso a la emancipación en el Congreso de 1811? Quien defendió la tesis del mandato imperativo y salvó su voto a la hora de proclamarse la Independencia, protegió a aquel primer Congreso de una unanimidad forzada. Discrepó y se atrevió a manifestarlo, y la cámara respetó su derecho aun cuando no compartía su posición. Ese respeto por parte de los patriotas se prolongó en el tiempo, aun en medio del turbión de la guerra, así como la combinación de energía y bondad en Maya que fue reconocida en sus exequias en 1826. “Próvida enseñanza” escribe Caldera, quien lo considera como “¡Hermosa muestra de cómo ha prevalecido siempre el generoso espíritu venezolano en el reconocimiento, la reconciliación y la justicia!”⁶

Un capítulo nuevo, “Universo”, reúne a grandes hombres del mundo, como el filósofo Maritain, los políticos italianos don Luigi Sturzo quien supo dar forma política al vasto catolicismo social⁷, y Aldo Moro, uno de los constructores del Estado democrático de aquella gran nación con una inspiración que aporta humanidad y solidez a las instituciones⁸, cuyo secuestro y asesinato en 1978 fue-

6 Caldera, Rafael. *El testimonio discrepante* en obra citada.

7 4.000 cooperativas, mil mutualidades obreras, 300 bancos populares y uniones profesionales con más de un millón de miembros. Ver Sturzo, Luigi. *la Iglesia Católica y la Democracia Cristiana*. Buenos Aires, Humanismo, 1962.

8 Moro, Aldo. *L'intelligenza e gli avvenimenti. Testi 1959-1978*. Roma, Garzanti, 1979.

ron síntoma y acelerador de la crisis italiana, y el uruguayo Regules. También el líder y estadista alemán Konrad Adenauer, *Die Alte* o El Viejo, grande entre los grandes de la segunda mitad del siglo XX, por quien Caldera llegó a sentir una admiración que “aumentó hasta lo imprevisible”⁹, y a quien animó a una proyección de solidaridad internacional que ha sido fecunda. En los cuatro, así como en De Gasperi y Frei, quienes aparecen en la nueva serie, muestra su visión de que en su desarrollo y proyección, un partido nacional debe ser parte de una corriente mundial.

Y, los he dejado para el final porque me parecen especialmente interesantes, dos líderes norteamericanos, ambos demócratas y católicos, y lo que allá se llama liberales que es como decir progresistas, Hubert H. Humphrey y Robert F. Kennedy.

No es frecuente que políticos venezolanos se refieran sin complejos a políticos norteamericanos. La relación entre la América del Norte y América Latina está poblada de prejuicios, y no de un solo lado¹⁰. Las circunstancias colocaron a Humphrey y Kennedy, quienes eran de pensamiento bastante afín, en lados distintos de la contienda partidista. El senador de Minnesota compitió por la candidatura presidencial con su joven colega de Massachusetts en 1960 y con su hermano menor en el año trágico de 1968, cuando la violencia se llevó primero a Martin Luther King y poco después a Bob Kennedy y, en las calles de Chicago, la radical polarización por la guerra de Vietnam arrasó con el aura de los avances de la “Gran Sociedad” y la oportunidad de victoria de un estadista honorable. En el medio, además, Humphrey fue vicepresidente con Johnson entre 1965 y 1969, y tan proverbialmente mala fue la relación entre el político tejano y el legatario de Camelot que hasta un libro se ha

9 Caldera, Rafael. “*El Viejo*” *ha muerto de pie* en obra citada.

10 Jeffrey Davidow, uno de los diplomáticos estadounidenses más inteligentes que he conocido, lo resume espléndidamente en lo relativo al vínculo EEUU-México con “la leyenda del oso y el puercoespín” (México, Grijalbo, 2003) y, de este lado lo plantea con otros ojos Carlos Rangel.

escrito acerca de su bien correspondida antipatía¹¹. Hillary Rodham Clinton me lo recomendó vivamente en el comedor de La Casona, durante la cena que el presidente y su esposa doña Alicia ofrecieran a la pareja de la Casa Blanca en octubre de 1996, coincidente con su vigésimo aniversario de casados. “Por experiencia puedo decir que los primeros veinte años son los más difíciles”, comentó el anfitrión al ofrecer el brindis.

Caldera valora en ambos su sensibilidad social, su disposición a luchar por las causas de los desfavorecidos y su simpatía hacia América Latina. En HHH, de quien puede decirse fue amigo, reconoce adicionalmente su apertura a comprender la democracia cristiana, lo que nunca resulta sencillo en la mentalidad anglosajona. Una vez me contó que a raíz de comentarios acerca del catolicismo del malogrado mandatario norteamericano, el historiador Arthur Schlesinger Jr., colaborador del presidente Kennedy y biógrafo de Robert, le diría que de los dos, el demócrata cristiano era este, no aquel. No sé si el brillante historiador de Harvard lo tuviera tan claro, pero la pasión por la justicia social, el agudo sentido de la importancia de la comunidad, la visión ética de la lucha política lo avocindan en nuestros predios. El mismo Schlesinger supo resumirlo, RFK estaba equipado con las certezas de la familia y la fe, “Pero ellas fueron las premisas, no las conclusiones”¹².

En el capítulo “Academia”, los cinco ensayos originales se ensanchan con la inclusión del maestro J. M. Núñez Ponte, los meritorios venezolanos unidos al autor por el lazo familiar Tomás Liscano y Plácido Daniel Rodríguez Rivero, y el jurista Félix Saturnino Angulo Ariza. También se amplía, y creo se profundiza, el capítulo de “Civismo”, virtud tan esencial cuando se quiere construir república, con los presidentes Rómulo Gallegos, Raúl Leoni y Eleazar López Contreras, y la figura “inmaculada”¹³ del doctor Pedro Del Corral.

11 Sheshol, Jeff. *Mutual Contempt*. New York, W. W. Norton & Co, 1997.

12 Schlesinger Jr., Arthur. *Robert Kennedy and his times*. Boston, Houghtton Mifflin, 1978.

13 Caldera, Rafael. *Un venezolano ejemplar* en obra citada.

El capítulo final, “Eternidad” queda reservado exclusivamente, para “Aquel obrero que llamamos Cristo”.



Este largo recorrido se explica porque me interesa dejar constancia de lo que significa *Moldes para la fragua* para Rafael Caldera, y por lo tanto de lo que representa esta nueva serie que ahora se publica.

En el espíritu de las tres ediciones del libro, la Biblioteca Rafael Caldera ha decidido ofrecer a los lectores *Moldes para la fragua* (nueva serie) con catorce personajes. Cinco de ellos son extranjeros y nueve venezolanos. No he querido excluir del grupo criollo al padre Manuel Aguirre y a don Pedro Grases, pues si bien uno nació vasco y catalán el otro, los dos sirvieron tanto, con tanto amor y por tantos años a Venezuela, que sería injusto no contarlos como dos de nosotros. Un par de mujeres, Adelita Abbo de Calvani y Jeannette Abouhamad Hobaica, trabajadora social una y sociólogo la otra, finas sensibilidades ambas, con diferentes maneras de pensar. Cuatro son sacerdotes, Manuel Aguirre, Pedro Pablo Barnola y los monseñores José Rafael Pulido Méndez y Carlos Sánchez Espejo. Dos, Alcide De Gasperi y Eduardo Frei Montalva, son líderes políticos y gobernantes muy representativos de las virtudes que tuvo en mente Juan Pablo II al proclamar a Santo Tomás Moro como patrono de esta actividad, tan íntimamente ligada en su naturaleza a la caridad, cuando tiene “...como fin supremo el servicio a la persona humana”¹⁴.

Los restantes cinco son Carlos Pi Suñer, Julio Diez, David H. Blleloch, Juan Carlos Puig y el único “repitiente” con relación a las ediciones antes referidas, Caracciolo Parra León. En el quinteto predominan los juristas, no obstante el primero mencionado, ingeniero

14 S.S. Juan Pablo II. *Proclamación de Santo Tomás Moro como patrono de los gobernantes y de los políticos* (Carta apostólica en forma de Motu Proprio). Roma, 31 de octubre de 2000. *Notas y Documentos* N° 61-62. Caracas, enero-junio 2001.

por formación profesional, uno de dos hermanos catalanes de devotos y notables servicios a la venezolanidad, a quien mucho debemos por su contribución al rescate de la memoria de Miranda y Bello.

La nueva serie reúne textos seleccionados por el profesor Rafael Tomás Caldera, escritos por su padre como discursos o artículos en las décadas de los ochenta y noventa del siglo pasado, y se ajusta perfectamente al espíritu testimonial, sí, pero fundamentalmente docente que inspiró al autor en *Moldes para la fragua*.

Comienza el libro con una relación personal de Caldera acerca de Alcide De Gasperi, nacido en el Trentino, el Tirol italiano por entonces parte del imperio Austro-Húngaro que pasó a Italia a consecuencia de la I Guerra Mundial. Conocerá Roma a los veintiún años, mientras que en Viena va a la universidad y estudia Filosofía pero, militante en la cultura de la “Roma Madre”, es católico e italianizante. Será el líder de su pueblo después de la II Guerra, la derrota y el derrumbamiento del fascismo. La serenidad degasperiana fue relevo apropiado a la sobreexcitación mussoliniana.

El joven líder de los socialcristianos venezolanos, sometidos entonces al militarismo, se encuentra con el ya premier italiano en octubre de 1950 y lo impresiona “su imagen directa, enérgica, convincente” de “hombre adusto, casi seco”. Admira en él a uno de los promotores de la unidad europea, al hábil piloto de la travesía de la monarquía a la república, del fascismo a la democracia y de la ruina a la prosperidad económica. Hercúlea tarea. Aunque acaso el impacto más profundo derive de comprender que como ha escrito su biógrafo Ottone, “Era un animal político de otro tipo, surgido de la nada, obligado a luchar con las uñas y con los dientes para sobresalir, sin concesiones y sin flaqueos”¹⁵.

Eduardo Frei Montalva nació en 1911, cinco años antes que Rafael Caldera. Se habían conocido en Roma en 1933, pero fue dos décadas y más después cuando la afinidad ideológica y el prestante

15 Ottone, Piero. *De Gasperi*. Caracas, Monte Ávila, 1972.

papel político cruzaron sus caminos, que son aquellos donde también se encuentran la política y el espíritu.

Las palabras que en homenaje a Frei se incluyen, son las de su emocionado discurso en la santiaguina avenida de La Paz, a las puertas del cementerio y ante una multitud inmensa que había traído en hombros el féretro con los restos desde la catedral, donde el Cardenal Silva Henríquez había pronunciado memorable responso, “definición sin cautela” dirá Caldera. La Paz es un buen nombre para la vía que conduce a la morada definitiva del cuerpo, aunque quizás lo supere el escogido por los merideños para la que lleva al camposanto en la Ciudad de los Caballeros, Calle Igualdad.

Guardo como uno de los recuerdos más potentes de toda mi vida la imagen saliendo de la catedral, el féretro como flotante, mientras el gentío que desbordaba el templo lo despedía con pañuelos blancos como palomas mientras entonaba el Himno de la Alegría, la letra de Schiller para el último movimiento de la 9ª de Beethoven, y afuera, en la Plaza de Armas el pueblo que lo recibe con un aplauso atronador y no lo deja subir al coche fúnebre.

Caldera encabezaba la delegación oficial venezolana designada por el presidente Herrera Campíns y fue escogido como orador por la familia y el liderazgo de la democracia cristiana. Sus palabras resonaron en aquel Santiago que en tarde de verano se erguía ante la dictadura militar. Varias veces interrumpidas por ovaciones, culminaron: “...te renovamos, Eduardo, el propósito de continuar la lucha por nuestra gente humilde y buena, de renovar la fe en la calidad humana de nuestros pueblos y en su inexorable destino de libertad y de justicia, de unión y de grandeza, de todos nuestros pueblos de América Latina”.

Concluidas las honras fúnebres, dentro del cementerio solamente familiares, extranjeros y algunos dirigentes políticos, Caldera nos dijo, muy a su modo, que la tumba de Bello no quedaba lejos. Todos “cogimos línea” y fuimos hasta donde descansan los restos del compatriota que fundó la universidad republicana chilena, y tuvo

decisiva influencia en la organización de su diplomacia, su hacienda pública, así como en su legislación.

Caracciolo Parra León repite en la nueva serie su presencia en los *Moldes* anteriores. Lo merecen la persona y la causa a la cual sirvió. Nunca se hablará demasiado de quienes han tratado de encaminar a Venezuela por la senda del Derecho, y menos en este tiempo en que abrir un salón de clases, inscribirse en un curso de leyes, introducir un recurso, se han convertido en actos de rebeldía.

En 1991, la Academia Nacional de la Historia organizó homenaje a la Universidad Central de Venezuela, con motivo del aniversario cincuenta del fallecimiento de su gran profesor de Filosofía del Derecho. Tengo para mí que bien estudiadas, Introducción al Derecho y Filosofía del Derecho, constituyen la columna vertebral en la formación del abogado, que si tiene claras esas dos, difícilmente se perderá en los meandros de todas las demás.

Pondera en Parra León, su maestro y quien le encaminó en la valoración de Bello, ciertas virtudes del *homo andinus*: “Laboriosidad infatigable, conciencia del deber, amor al orden, firmeza de carácter...”, su catolicismo integral, “su formación clásica y su convicción tomista...”. Honrarlo a través del tiempo, considera, “...es renovar los valores espirituales de que tan necesitados están el país y la Universidad”.

El jesuita Manuel Aguirre hizo mucho en Venezuela y por Venezuela. Sus manos están tras el impulso de muchos jóvenes al compromiso y la lucha social, y el Círculo Obrero de Caracas y la central sindical CODESA, la revista SIC, el Centro Gumilla.

Aguirre llegó a nuestro país por primera vez en 1926, ese mismo año lo conoció Caldera, muchacho provinciano que había llegado de alumno al San Ignacio, en quien influyó con su magisterio vigoroso. A propósito de *Quadragesimo Anno* de Pío XI en 1931, difundiría aquí a *Rerum Novarum* de León XIII, la cual en un ecosistema hostil a las ideas había pasado por debajo de la mesa, y en los cursos de Ocumare de la Costa llevó esas enseñanzas al plano de las vivencias,

para fortalecer las voluntades nuevas que se lanzaban al combate político.

También miembro de la Compañía de Jesús, el caraqueño Pedro Pablo Barnola “Dio ejemplo de pureza, de rectitud y de sinceridad” en todas las facetas de su rica vida de humanista y patriota, investigador y escritor, señaladamente en la academia y el salón de clase, del colegio a la universidad y de allí al colegio para volver a la universidad, no solo por una disciplina que es consecuencia de la lealtad, sino del amor que es la base de todo.

Tuve ocasión de conocerlo. Al Liceo Lisandro Alvarado de Barquisimeto fue a dar una conferencia sobre Andrés Bello. Le habíamos puesto su nombre al Círculo literario. La proposición, acertada, justiciera, fue de unos compañeros del quinto de Humanidades venidos del Colegio Javier, quienes habían sido sus alumnos en primaria, cuando de rector de la UCAB pasó a maestrillo en la casona de la avenida Pedro León Torres.

También, y es constancia que debo y quiero dejar, aguas abajo de su influjo ejemplar, pude percibirlo en mi querida colaboradora en trances fundamentales, su sobrina Teresa Albanes Barnola, pilar de dignidad en un proceso que los demócratas venezolanos tendremos que reconocer como histórico.

Cercanos no solo por parte de Andrés Bello, sino por su múltiple y fecundo servicio a la venezolanidad, es el “polígrafo venezolano nacido en España” don Pedro Grases. Intelectual catalán traído aquí por los horrores de la Guerra Civil. Sus textos tuvieron para mí por primera vez rostro y voz en 1970, cuando Pepe Rodríguez Iturbe lo trajo de invitado al Curso Monográfico que nos daba sobre el Congreso de Angostura y la Constitución de 1819, en el Instituto de Estudios Políticos de la UCV, regido sin concesiones por Manuel García Pelayo.

Hace Caldera justo recuento de los bienes aportados por Grases a esta tierra que hizo suya, y dice que al decretar el presidente Herrera la construcción del edificio para la biblioteca que lleva su nombre

en la Universidad Metropolitana, amortizó parcialmente la deuda reconocida por Pedro Sotillo, a quien cita en su texto de este libro: “Pedro Grases es hoy un criollo neto, un venezolano por los cuatro costados y con él la nueva patria tiene contraída una deuda, que es la deuda del alma y de la eternidad”.

Monseñor José Rafael Pulido Méndez “Fue un gran hombre. Fue un gran venezolano. Fue un gran sacerdote”. Era “un privilegio natural de su modo de ser hacerse querer”. Apóstol de la ecología, representante de Mérida en la Asamblea Nacional Constituyente de 1946 y 1947, elegido con la tarjetica azul de Unión Federal Republicana que se llevó 56.55% del escrutinio regional. UFR se convertiría en COPEI merideño en 1948, gracias a la paciencia política para acercarse a los afines sin ahuyentarlos por defender sus peculiaridades que caracterizó a la conducción nacional de Caldera.

Defensor de la libertad, monseñor Pulido Méndez advertía que “el pensamiento de los dictadores ha empezado siempre poco a poco...” y así puede llegar a formar una casta que lo interprete “...como una fuerza en sus manos para empujar la República al desastre”.

De él aprendió el autor una frase que repetía y que al parecer había escuchado a su vez de su profesor de Teología Moral, “piensen mal, y pecarán... pero acertarán”.

Constituyente como Pulido Méndez, fue el poderoso orador tachirenses y también sacerdote Carlos Sánchez Espejo, formado en la impronta del Obispo Sanmiguel, el primero de la nueva Diócesis de San Cristóbal, creada en 1923. Periodista, escritor, veinte tomos de *Ráfagas* lo atestiguan. Docente en el gran liceo Simón Bolívar y en la Universidad Católica del Táchira. Ciudadano sin dudas ni miedos. De verbo tan apasionado como cuidado, en el cual el vigor jamás perjudicará la elegancia. En la legislatura tachirenses se le rindió homenaje cuando la mayoría la tenían aquellos de los que había discrepado cívicamente, y para el discurso de orden se invitó a Caldera, voz inequívocamente opositora. Así era nuestra “imperfecta democracia”, que diría Gonzalo Barrios. Y lo anoto sin anacrónicas

pretensiones de restauración, sino porque esa experiencia deja lecciones y porque, como aconsejó monseñor Pulido Méndez, “no le debemos tener miedo ni a lo pasado ni a lo futuro”.

Adelita Abbo de Calvani, secretaria de Promoción Popular en el primer gobierno de Caldera. Entra con mérito propio en cualquier lista de venezolanos notables del siglo XX. Es la primera vez que marido y mujer se sientan en la mesa del mismo Consejo de Ministros. Su esposo Arístides, el canciller. Cada uno tenía credenciales para formar parte del equipo de gobierno al más alto nivel. Adelita nunca recibió sueldo en sus cinco años de trabajo.

Su misión fue promover al pueblo. Ahora dirían empoderarlo. Haciendo milagros con un presupuesto muy escaso que le era regateado por una miopía sectaria cuyo precio hemos pagado los venezolanos. No todo el mundo comprendía los caminos que se abrían a nuestra democracia con un pueblo consciente y a cargo de su destino.

Caldera la recuerda como su joven alumna en la Escuela Católica de Servicio Social, miembro de su gabinete en una de las áreas llamadas a ser sellos de su gobierno. Fundadora del Centro de Promoción Humana Pro-Hombre, donde le sucedió Amalio Fiallo, profesor nacido en Cuba que entregó a Venezuela sus mejores años como ofrenda de gratitud a esta patria que dio hogar a él y a Marta su mujer, y cuna a sus hijos. Entre 1979 y 1984 concejal, Adelita fue presidenta del Concejo Municipal del Distrito Federal, con jurisdicción en Libertador y Vargas. Como tal promovió los primeros cabildos abiertos con participación de la ciudadanía.

Publicado en 1987, después de su trágico deceso en las cercanías del Aeropuerto de Flores, en el Petén guatemalteco, su libro *Las bases de la participación social en Venezuela* “es una mezcla de ciencia y experiencia, de idealismo y realismo, de técnica y espíritu...”

En su vida corta e intensa Jeannette Abouhamad Hobaica, sociólogo, “supo demostrar que ser maestro no es solo dar clases sino mucho más: fomentar el amor por el estudio, el interés inagotable

por el conocimiento, el sostenido afán por la investigación y una lealtad insobornable a la verdad” dice de ella el autor, quien fue su compañero en la Asociación Venezolana de Sociología y la considera “trabajadora infatigable” y “ejemplo de moral y rectitud”, y en su apoyo trae testimonios de distinguidos sociólogos, sin discriminación ideológica, trazos para un retrato de la profesora Abouhamad: Roberto Briceño León, Rigoberto Lanz, Zdemeck Truiska.

Para pintar a Julio Diez, el laboralista que puso en marcha el Seguro Social, el baquiano de la geografía humana venezolana apela al bronco regionalismo coriano, un apego vital a la tierra, nuclear en la vasta diversidad falconiana, cuya venezolanidad es tan potente que se sobrepone a la explotación petrolera, la ancha costa y la vecindad de las Antillas holandesas.

Nacido en la “Venezuela hermética” del gomecismo, Diez fue diputado al Congreso por Falcón, funcionario primero y, al frente de la cartera de Trabajo y Comunicaciones, uno de aquellos jóvenes ministros de la primera apertura democrática, a través de reformas graduales que podían parecer vertiginosas luego del inmovilismo, pero que no lo eran para la mayoría. En la transición de 1958, gobernador del Distrito Federal y ministro de Minas e Hidrocarburos, defensor de una política del Estado venezolano, históricamente adelantada con firmeza y prudencia, para ir controlando progresivamente el negocio petrolero, constante con variantes hasta que fue sustituida, de 1999 en adelante, por la inspiración y el sobresalto que pueblan de baches el camino. Baches que empozan las aguas y hacen peligroso el recorrido.

En el *Centre Catalá* de Los Palos Grandes, disertó Caldera sobre Carlos Pi Suñer en el centenario de su nacimiento. El ingeniero industrial vivió diecinueve años de su vida en Caracas, pero ya desde su exilio londinense investigaba y escribía acerca de Andrés Bello y Francisco de Miranda, dos venezolanos de larga estancia en aquella ciudad, a la cual dedica el autor un párrafo. El secreto de su hospitalidad para quien busca refugio estaría en la libertad “como bien inestimable del ser humano”.

Su hermano Augusto, médico, fue homenajeado en el Senado por iniciativa de Rómulo Betancourt, quien pronunció en la ocasión uno de los dos únicos discursos parlamentarios de su vida. El otro fue en el debate de la Ley que Reserva al Estado la Industria y el Comercio de los Hidrocarburos en agosto 1975, en el cual también intervino el senador Caldera. Quien escribe, por convicción y por disciplina, esas hermanas, fue solidario con los planteamientos de esta última, aunque creo que a la larga fue mejor que se impusiera la tesis defendida por Betancourt. En su segundo gobierno, Caldera adelantó una trascendente apertura petrolera a partir de las disposiciones de la Ley¹⁶.

Como fabiano inglés David H. Belloch creía en un socialismo reformista una de cuyas vertientes es cristiana. En ese espíritu ejerció como funcionario internacional, primero en la OIT, que lo envió a Venezuela en 1936 para apoyar la redacción del proyecto de Ley del Trabajo y en la siguiente década a Bolivia y, al servicio de Naciones Unidas, estuvo en Colombia. El progreso social le interesa, también las cuestiones del desarrollo como “proceso humano universal”, y la América Latina, sus realidades y sus posibilidades.

Mucho de lo mejor y de lo peor en la Argentina de los últimos setenta años mana de esa fuente caudalosa y heterogénea que es el justicialismo. Juan Carlos Puig, jurista defensor de la concepción trialista del Derecho como norma, hecho social y expresión de justicia, fue canciller del fugaz gobierno peronista de Héctor J. Cámpora, en cuyo programa muy probablemente trabajó y donde, precisamente en materia de “asuntos externos”, se lee: “En la concepción justicialista, la política exterior es, en primer término, instrumental para el logro de las reformas estructurales que propone nuestro programa, porque no es un fin sino un medio para realizar la felicidad de los pueblos y la grandeza de las naciones”¹⁷. El trabajo de Caldera en homenaje a su amigo, una conferencia en la Universidad de Buenos Ai-

16 Los dos discursos están publicados en sendos libros. El de Betancourt por Catalá/El Centauro con el título *Venezuela dueña de su petróleo*, y el de Caldera, *La nacionalización del petróleo*, por Nueva Política.

17 Cámpora, Héctor J. *La revolución peronista*. Buenos Aires, EUDEBA, 1973.

res en 1991, en plena época de los programas de ajustes estructurales de los cuales fue crítico abierto, gira en torno a la idea de Justicia Social Internacional, entendida como un nuevo enfoque jurídico de las relaciones internacionales, “Que los pueblos ricos tienen mayores deberes frente a los pueblos menos ricos. Que los pueblos a quienes la Providencia o la fortuna, o el esfuerzo también, dieron un grado más avanzado en el desarrollo de la técnica y de la economía tienen ciertos deberes frente a los países menos desarrollados”¹⁸.



He leído que los libros son siempre autobiográficos. Al describir, narrar, analizar, el escritor revela tanto de sí mismo como de lo otro y de los otros. Este volumen que presentamos tiene mucho de eso. Máxime cuando se trata de autores que se han tuteado con la Historia, y conste que no andan por ahí tuteándose con cualquiera. Esto vale incluso, y acaso sobre todo, cuando se trata de presentar semblanzas de otras personas. No es hallazgo. Que el retratista está presente en el retrato no puede considerarse una rareza, aunque no siempre sea tan obvio como en *Las Meninas* de Diego Velásquez.

De un elenco literario mucho más amplio, mencionaré ahora tres ejemplos. Escogidos por mero gusto personal.

En 1937 Winston Churchill (1874-1965), pasadas ya tres décadas de vida parlamentaria y había sido ministro de siete carteras aunque todavía no llegaba “su mejor hora”, publicó *Grandes Contemporáneos* con veintiún ensayos sobre personajes en la primera edición. En la de 1939 fueron agregados otros cuatro, incluido el presidente Franklin D. Roosevelt, a su vez excluido en la de 1942 cuando su país ya era aliado de Gran Bretaña en la II Guerra Mundial para regresar finalizado el conflicto. De la de 1941 fueron suprimidos Savinkov y Trotsky, por motivos de corrección política.

18 Caldera, Rafael. *Justicia social internacional y nacionalismo latinoamericano*. Madrid, Hora H, 1973.

Eran opositores a Stalin, quien como se sabe no se puede calificar de tolerante ante la discrepancia. No es que la grandeza disminuyera o aumentara por conveniencia política ante sus ojos, sino que por muy intelectual que sea un líder, y aquí hablamos de un Premio Nobel de Literatura, en todo caso privan las prioridades del político.

No es solo admiración lo que motivó a Churchill a incluir contemporáneos suyos en aquel repertorio de extraordinaria magnitud. Allí figura el mismísimo Adolfo Hitler, con ensayo de 1935, escrito antes de la gran conflagración que este desató y enfrentó a muerte a ellos, a sus gobiernos y a sus países. En él comprende que "...Hitler fue hijo del dolor y la rabia de una raza y un Imperio poderoso que habían sufrido en la guerra abrumadora derrota". En la humillación se alimentó "el fuego en que vivía" aquel ser "surgido por violencia y pasión" y "rodeado de hombres tan crueles como él"¹⁹.

Por cierto, casualidades de la vida, Sir Winston partió a la eternidad el 24 de enero de 1965, cuando Caldera celebraba sus 49 años y le restaban casi cuatro para alcanzar, por primera de dos veces, la presidencia de la República. Un detalle.

Carlos Lleras Restrepo (1908-1994), presidente de Colombia 1966-1970, escribía para su revista de nombre kennediano *Nueva Frontera*, bocetos de personajes contemporáneos con los que tuvo trato y los agrupó en el libro *Me encontré en la vida con...*²⁰, publicado en 1990. Los textos de Lleras, cercanos y característicamente salpicados de humorismo, pintan al distinguido estadista y jefe liberal tanto como a los personajes con quienes se reunió en su larga vida pública, a los 27 era presidente de la Cámara de representantes y a los 30 ministro de Hacienda. La lista de encuentros incluye a Ben Gurión, Tito, Diego Rivera, el Che Guevara, y tanto a Eduardo Frei como a Salvador Allende.

Lleras coincidió en la presidencia de la República con Caldera unos meses. Entonces los jefes de estado de Colombia despachaban

19 Churchill, Winston. *Grandes contemporáneos*. Barcelona, Orbis, 1982.

20 Lleras Restrepo, Carlos. *Me encontré en la vida con...* Bogotá, Nueva Frontera-El Ancora, 1990.

del Palacio de San Carlos. Allí está todavía la placa de mármol que recuerda la “nefanda noche septembrina” de 1828. A partir de comienzos del siglo XX, los gobernantes de Venezuela despachan desde Miraflores, un curioso palacio al cual se entra por el fondo y no por el frente. Quizás eso incida en los intentos de tomarlo por asalto que ha habido, en los cuales el éxito ha sido excepcional, a veces en el intento mismo y en alguna en diferido, en una cámara lenta de, digamos, casi siete años.

Tras reñida elección, a Lleras lo sucedería Misael Pastrana Borrero, con quien nuestro autor se llevaría muy bien. Al final de su segunda presidencia, Caldera asistiría en una característica tarde de llovizna bogotana, a la toma de posesión de Andrés Pastrana Arango, hijo de aquel, en la Plaza de Bolívar, al norte de la columnata del majestuoso Capitolio Nacional.

Más académico que político, pero también hombre público, John Kenneth Galbraith (1908-2006) descendiente de escoceses, nacido canadiense pero cuya trayectoria se desplegó en los Estados Unidos. Sus señaladas responsabilidades de gobierno en varias administraciones, incluyeron la dirección de la Oficina de Administración de Precios entre 1941 y 1943, años duros de guerra y racionamiento.

Siete años antes de morir publicó su quincuagésimo sexto libro *Name-Dropping*²¹, algo así como lucirse mencionando nombres importantes, y antes de partir entregaría dos más. El último *The Economics of Innocent Fraud* de 2004. Por familia liberal en Canadá y demócrata en Estados Unidos, el profesor y autor Galbraith sirvió en altos puestos con Roosevelt y Truman, Kennedy y Johnson.

El propio Galbraith confiesa que lo que comenzó como una descripción de la personalidad política de líderes de su tiempo, en intento de explicar por qué dominaron la escena pública, fue desembocando en cómo esas grandes figuras eran vistas por sus contemporáneos, con su aderezo de reminiscencias y anécdotas. Un elenco

21 Galbraith, John Kenneth. *Name-Dropping. From FDR on*. Boston-New York, Houghton Mifflin Company, 1999.

de demócratas prominentes como los presidentes mencionados, el “cálido, afectuoso”, varias veces candidato Adlai Stevenson; los poderosos del establecimiento de la política exterior de aquellos años Chester Bowles, George Ball y Averell Harriman. Dos mujeres significativas, influyentes cada una a su modo y con su agenda, Eleanor Roosevelt y Jacqueline Kennedy. Agrega su conocimiento directo de Jawaharlal Nehru, el líder indio del realismo que relevó a la mística gandhiana. Sin capítulo, refiere su comprensible cercanía con el estadista e intelectual británico Roy Jenkins y, con los honores de un capítulo propio, curiosamente, su visión del arquitecto alemán Albert Speer.

Pero ni siquiera ese es el hallazgo más inesperado en el libro. No se refiere a un contemporáneo. Hablo de su idea de que Adam Smith es demasiado importante para dejárselo a la derecha. La vida de Galbraith fue larga, pero no tanto para compartir con Smith a finales del siglo XVIII. Con motivo de un acto conmemorativo en Kirkcaldy, lo considera “el fundador de la economía moderna” quien con agudeza identifica las funciones esenciales del Estado. Aquellos que celebran su énfasis en la fuerza de la motivación del afán de lucro, “Sin haberlo leído, lo consideran suyo”. Blelloch, creo, habría estado de acuerdo.

Todos hablan de la historia. De quienes la hicieron, desde la perspectiva de quien los conoció o compartió con ellos tiempo y protagonismo. Pero ninguno de estos libros tiene el propósito dominante de enseñar, de mostrar paradigmas. Esa es la especificidad, para usar una palabra suya, de los *Moldes para la fragua* de Caldera.

Ramón Guillermo Avelo

Los Caobos, 31 de agosto de 2015

ALCIDE DE GASPERI*

Mi testimonio personal

Al terminar la Segunda Guerra Mundial, por sobre la hecatombe que padeció Europa y de entre las ruinas de dos países que la irresponsabilidad de gobiernos totalitarios llevó a la más espantosa catástrofe, emergieron dos hombres cuya figura se impuso por la pureza de su vida, por la claridad de sus conceptos y por la firmeza de su acción. En Alemania, el Canciller Konrad Adenauer, que empezaba su verdadera carrera política a los setenta años de edad y del cual apenas se conocía que después de haber sido alcalde de Colonia había sido uno de esos recios símbolos de resistencia contra la tiranía y contra la violación de los derechos humanos. En Italia, Alcide De Gasperi, el Trentino, sepultado durante largos años en la Biblioteca Vaticana, ejemplo de resistencia moral y de fidelidad a las ideas que había transferido a la acción política don Luigi Sturzo con su Partido Popular Italiano, y que levantó la majestad de su figura y el recio modular de su palabra en la difícil tarea de la reconstrucción italiana.

* Alcide De Gasperi nació en Trento, parte entonces del Imperio Austrohúngaro, el 3 de abril de 1881. Falleció en Valsugana el 19 de agosto de 1954. Con Konrad Adenauer y Robert Schuman contribuyó decisivamente a la creación de la Comunidad Europea.

De Gasperi inicia su carrera política como diputado al parlamento austriaco en 1911, representante de una pequeña comunidad italiana en un imperio multinacional. Esta experiencia le aporta una visión más global, que le sirvió para fundamentar su ideario europeísta. Al estallar la Primera Guerra Mundial, es responsable del Comité de los Refugiados y ayuda a miles de exiliados a emigrar hacia el interior del país. Después de la anexión de Trento a Italia, al final de la guerra, crea con Luigi Sturzo el *Partido Popular Italiano* (PPI), que dio luego origen a la *Democrazia Cristiana*. Elegido diputado en 1921, preside el grupo parlamentario del PPI. Desempeña un papel importante en la vida política italiana hasta la llegada de Benito Mussolini al poder en 1922. En su calidad de opositor es acusado de actividades antifascistas y condenado a cuatro años de prisión.

Al final de la Segunda Guerra Mundial, De Gasperi se convierte en líder incontestable de la Democracia Cristiana. De 1945 a 1953, dirige ocho gobiernos sucesivos. Integra a Italia en la Comunidad Europea del Carbón y del Acero (CECA), hace que se adhiera a la OTAN y apoya activamente el proyecto de la Comunidad Europea de Defensa (CED). Alcide De Gasperi consagrará los últimos años de su carrera a la edificación de la comunidad europea.

Llegué a Alcide De Gasperi con profundo respeto y admiración, sin haber cumplido los treinta y cinco años. Me había lanzado en Venezuela, en compañía de un puñado de gente idealista, a la hermosa aventura de fundar un partido, cuyas siglas iniciales lo señalaban apenas como un Comité de Organización Política Electoral Independiente (COPEI) pero que al poco tiempo fue considerado por los observadores como un movimiento demócrata cristiano, de inspiración análoga a la que al mismo tiempo estaban encabezando en Europa la Unión Demócrata Cristiana de Alemania, bajo la dirección de Adenauer, y la *Democrazia Cristiana* Italiana, bajo la dirección de De Gasperi.

Había enviado De Gasperi a la América Latina en esos días al profesor Fernando Della Rocca para tomar conocimiento de la realidad de nuestros pueblos y para iniciar un contacto con los movimientos de inspiración democristiana. A través de Fernando Della Rocca conocí al gran dirigente siciliano Salvatore Aldisio, quien realizó una excelente labor parlamentaria y una eficaz gestión como ministro de Trabajos Públicos y a quien años después fui a rendir homenaje en su tumba en Gela, cuando tuve ocasión de visitar su incomparable isla. Por la influencia de Aldisio, aunque acababa de perder a su esposa y estaba sumido en el dolor (lo que no obstó para que tomara interés personal en la entrevista) y acompañado de Fernando Della Rocca, fui recibido por el primer ministro de la República Italiana, el 31 de octubre de 1950.

Se estaba celebrando en Roma una reunión de Jefes de Gobierno de Europa, en ese admirable proceso que en medio de la conmoción y de las ruinas se fue realizando para la unidad europea. Al día siguiente se iba a celebrar solemnemente, con la pompa extraordinaria de los grandes acontecimientos, la proclamación del dogma de la Asunción de la Virgen, que en la inmortal Basílica de Miguel Ángel y en la incomparable Plaza de San Pedro formalizaría ese ilustre pontífice que se llamó Pío XII. Parecía imposible el que pudiera realizar mi deseo de saludar personalmente a De Gasperi: no solo lo permitió, sino

que me concedió una entrevista, para mí inolvidable, que duró más de una hora. Recuerdo su imagen directa, enérgica, convincente. Al iniciar el diálogo me preguntó si hablaba el italiano y al responderle que podía entenderme en esa lengua, comenzó sus planteamientos de una manera muy precisa. Me habló de su interés por América Latina y de las circunstancias de Europa y cuando me atreví a decirle que los demócratas cristianos latinoamericanos estábamos pendientes del resultado de su gestión, porque su éxito influiría en gran parte en la opinión que la gente tuviera acerca de la democracia cristiana, su actitud tomó visos de seriedad que por momentos parecían presentar contornos trágicos y, comenzando por decirme que los demócratas cristianos debíamos comprender la difícil situación en que se hallaba, comenzó a describirme, con pinceladas de mano maestra, las dificultades, los problemas, los obstáculos de toda índole que se presentaban a la tarea gubernamental que él asumía.

El efecto de aquella entrevista no he podido borrarlo de mi mente. Seguí de cerca las vicisitudes de su acción gubernativa. Me di cuenta exacta de los objetivos que planteaba, en la reconstrucción de una nación que había soportado un vendaval, el cual no solo había arrasado muchas edificaciones desde el punto de vista material sino que había conmovido los fundamentos institucionales y las bases morales de sus estructuras políticas. Devolver a plenitud al pueblo italiano el ejercicio de todas sus libertades, sustituir el sistema monárquico que había sido elemento fundamental en el proceso de la unidad italiana por una República Parlamentaria, conciliar los intereses opuestos de las más variadas corrientes políticas, enfrentar con energía la violencia sin desconocer las garantías y derechos de la persona humana, combatir y reducir a la convivencia democrática al Partido Comunista más poderoso de Europa y proporcionalmente el más numeroso del mundo sin salirse de los esquemas democráticos, todo esto forma parte de la inmensa tarea que Alcide De Gasperi asumió.

Por una parte, tenía que abrir nuevos caminos a instituciones renovadas desde el punto social y político; por otra parte, tenía que

enfrentar las terribles consecuencias de la guerra desde el punto de vista económico. Una población creciente, comprimida dentro de los linderos de un espacio relativamente pequeño, la pérdida de los territorios que desde antes de la época fascista habían permitido a los italianos expandirse en el África y llevar allí sus ideas, su cultura y sus costumbres, todo esto formaba parte de la gigantesca tarea que desde el punto de vista nacional tuvo que afrontar De Gasperi. Pero al mismo tiempo, le correspondió la faena difícil y ardua en momentos de consolidar la unidad del partido, que se manifestaba en tendencias y grupos diferentes y, más allá de las fronteras italianas, tender su vista hacia los amplios horizontes del mundo en busca de una paz entre todos los pueblos y trabajar con fe de carbonero en la construcción de una Europa unida, para lo cual había que saldar muchas viejas cuentas, cerrar muchas antiguas heridas, saltar por encima de las vallas que más que la naturaleza habían construido los hombres para alejar a los pueblos.

Mi testimonio personal es de afecto y admiración para aquel hombre adusto, casi seco, pero claro en sus conceptos, rotundo en sus afirmaciones y enérgico en sus ejecutorias. Cuando volví a Roma y él había fallecido, después de haber saboreado las amargas de la incompreensión, fui a rendirle mi homenaje personal en el atrio de la Basílica de San Lorenzo. Allí se ve, erguido, en la misma actitud en que le conocí y parece que su presencia constituye para Italia no solo un motivo de orgullo y un objeto de admiración sino una admonición constante que con su gesto decidido está señalando a todos, a sus amigos y a sus adversarios y a todo el país nacional para fortalecer, preservar y robustecer la tarea que después del terrible cataclismo de la guerra, hombres como De Gasperi se propusieron cumplir. Lo lograron, y hoy su ejemplo nos conmina y nos obliga a todos.

EDUARDO FREI*

Se me ha pedido decir unas palabras en nombre de quienes hemos venido desde otros países a acompañar a la familia, a los compañeros y amigos de Eduardo Frei, y a este noble pueblo en este acto. No me atrevo a llamarlos extranjeros, porque identificados con el pensamiento de Frei y con lo que él simboliza, todos nos sentimos compatriotas de todos los chilenos.

Esta tarde, ante esta inmensa y vibrante manifestación, me preguntaba un periodista si estaba sorprendido del tributo que Chile le está rindiendo a Eduardo Frei. Le respondí que no, porque conociendo a Frei, sabiendo cuál era su pasión chilena y su amor por su pueblo, y conociendo al pueblo de Chile, su adhesión a Frei y su amor por la libertad, ¿no habría podido ser de otra manera que lo que esta tarde hemos presenciado!

Es algo emocionante, pero tenía que ser. Lo llevábamos todos en el fondo de nuestra alma cuando hemos venido a participar en esta jornada inolvidable.

* Palabras en las exequias del expresidente Eduardo Frei, 25 de enero de 1982, Avenida La Paz, Cementerio General.

Eduardo Frei Montalva (Santiago de Chile, 16 de enero de 1911 – 22 de enero de 1982), abogado, periodista y político demócrata cristiano chileno, fue presidente de la República durante el período comprendido entre 1964 y 1970.

Formado en las filas del Partido Conservador y egresado de la Universidad Católica de Chile, fue uno de los fundadores de Falange Nacional, una escisión del conservadurismo inspirada en los postulados de la Doctrina Social de la Iglesia. Tras participar en el gabinete ministerial del presidente radical Juan Antonio Ríos, fue electo senador de la República en 1949 por las provincias de Atacama y Coquimbo y en 1957 por la provincia de Santiago.

En 1957, Frei participa en la reforma de Falange Nacional que da vida al Partido Demócrata Cristiano de Chile, el cual lo proclama candidato en las elecciones presidenciales de 1958. Aunque derrotado por Jorge Alessandri, obtiene un 20,75% de los votos, lo que afirma sus posibilidades para las elecciones presidenciales de 1964, cuando de nuevo se presenta como candidato. Gana las elecciones con un 56,08% de los votos.

Después de su mandato, fue presidente del Senado tras las elecciones de 1970 hasta la disolución del Congreso por el golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973. Durante el régimen militar, se convirtió en una de las principales figuras de la oposición contra la dictadura de Augusto Pinochet.

¡Qué penoso deber este que estamos hoy cumpliendo: devolver a la tierra chilena que amó tanto los restos mortales de Eduardo Frei Montalva! ¡Cuánto nos conmueve verificar que su espíritu generoso y noble, libre ya de ataduras corporales, voló a las alturas de la eternidad, a encontrar a Dios en quien creyó, a quien sirvió y cuyas inspiraciones y mandatos se esforzó en interpretar y realizar a lo largo de una existencia recia y recta!

Ahora recibe, donde no caben la intemperancia y la injusticia, la recompensa prometida a quienes pasaron la vida haciendo el bien; y aquí abajo, de su pueblo, y de todos los pueblos de América Latina, y de todos los hombres y mujeres que en el mundo aman la libertad y luchan por ella, el testimonio de admiración y de afecto que su egregia personalidad se ganó con sus ejecutorias y con su indoblegable voluntad de servicio.

Conocí a Frei hace ya casi medio siglo, en la ciudad eterna, adonde un grupo de muchachos universitarios provenientes de diversos países latinoamericanos fuimos convocados por la naciente Confederación Iberoamericana de Estudiantes Católicos (CIDEC). Él era uno de los mayores, dentro de aquel núcleo juvenil en que brotaban inquietudes y se esbozaban compromisos que luego resultarían históricos; era de los mayores en edad, pero sobre todo lo era en personalidad, en prestigio, en claridad de visión y en inocultable carisma. Había egresado, o estaba a punto de egresar, de la universidad. Lo que era entonces prometía claramente lo que iba a ser en el futuro. Su palabra densa y maciza, su actitud erguida y cordial, su ánimo a menudo jovial, siempre optimista, señalaba ya la imagen de un líder en quien encarnaban las preocupaciones y esperanzas de quienes, en su entorno, le escuchaban con delectación y le miraban con respeto.

Estaba llamado a ser lo que fue. La política, que un ilustre pensador llamó “el noble arte de servir pueblos”, le atrajo inevitablemente. Su formación religiosa le llevó, de inicio, a la organización tradicional que históricamente había asumido la defensa de los derechos de la Iglesia, en una época en que la cuestión confesional tenía prioridad

en el diario debatir sobre la estructura y fines del Estado, y el catolicismo era cuestionado en nombre del progreso y de la libertad por razones que solo después se han aclarado y solucionado suficientemente. Pero el cristianismo de Frei no se satisfacía con la defensa formal de creencias religiosas e instituciones eclesiásticas, pues quería ir al fondo de lo que el cristianismo representa y debe representar para el bienestar de los pueblos, para la redención de los humildes, lo que reclama la renovación profunda de las estructuras sociales y la aplicación de la justicia social y de la solidaridad, como complemento y sustancia de la libertad.

Toda la América Latina miraba con admiración a esa pléyade de dirigentes que como Eduardo Frei y en torno suyo constituyeron un sector juvenil que osó enfrentar el secular bipartidismo para ofrecer una fórmula nueva e impulsarla, cuando nadie le asignaba posibilidades de una proyección mayoritaria. Casi unánime era el criterio de que aquel grupo estaba destinado a ser solo un estado mayor, integrado por brillantes jefes y oficiales, pero al que le faltarían los contingentes populares necesarios para una victoria democrática. De un lado y otro del espectro político se lanzaron agudas invectivas contra los osados innovadores. Mientras para quienes ansiaban una revolución inspirada en concepciones filosóficas diametralmente opuestas eran solo propugnadores de un reformismo cómodo y confuso, para quienes arrancaban de las fuentes milenarias del cristianismo pero se apegaban a viejas concepciones eran un caballo de Troya, los agentes de una división inaceptable, que ponía en el mayor de los peligros los intereses morales de la nación chilena.

Frei y los suyos tuvieron el coraje de llevar adelante su actividad sin amilanarse un solo instante. Si en algún momento pudo verse mejor que la democracia cristiana no es ni un liberalismo bautizado ni un socialismo bautizado, sino una concepción propia y auténtica, fue precisamente en esos años de formación y desarrollo de ese equipo sobresaliente de conductores que, una vez más, como ha ocurrido desde que tomó cuerpo el magisterio de don Andrés Bello, colocó a

Chile en puesto relevante ante la expectación admirativa de todo el continente.

En medio de esos años de intensa lucha, Frei tomó posiciones que contribuyeron a realzarlo en la opinión general. Fue brillante profesor universitario y no sorprende que haya escogido para la docencia la rama del Derecho del Trabajo, portadora de un mensaje de elevación material y dignificación humana de los trabajadores. Asumió la responsabilidad de aceptar un Ministerio en el Ejecutivo, en un gobierno de coalición, y allí realizó una gestión que se recuerda siempre como ejemplo de idoneidad, de eficiencia y de consagración al servicio público. En verdad los precoces ministros que la democracia cristiana en germen aportó al Estado chileno fueron, por sus ejecutorias, un aval importante para la credibilidad y la confianza que los electores le fueron progresivamente otorgando y que tomaron fuerza de avalancha en la elección presidencial de Frei en 1964.

El combate fue recio; la negación fue terca; pero, al mismo tiempo, el reconocimiento de que iban siendo objeto Frei y sus compañeros tuvo un valor consagratorio excepcional. La gran escritora Gabriela Mistral dijo sobre Frei, con acento profético, frases cargadas de reconocimiento y de cariño. Y mucho más tarde, cuando la obra hecha fue patente ante los ojos del universo, el gran pensador francés Jacques Maritain, a quien los jóvenes democristianos chilenos reconocieron y exaltaron cuando era blanco de terribles ataques, lo señaló en *El campesino del Garona* como ejemplo de revolución cristiana auténtica. He ahí como, luchando por su patria, dentro de un chilenismo integral, Eduardo Frei Montalva, por la fuerza de los hechos, se convirtió en figura de significación mundial.

Ese su chilenismo estaba sustancialmente impregnado de integración latinoamericana. Cuando se reunió en Montevideo con Dardo Regules, de Uruguay, Alceu Amoroso Lima (Tristán de Athayde), de Brasil, y Manuel Ordóñez de Argentina, fue para hablar de lo que sería la Organización Demócrata Cristiana de América

(ODCA). En los congresos celebrados por los latinoamericanos en Santiago de Chile, en Sao Paulo, en Lima, Frei fue una de las figuras centrales. La reunión del III Congreso Mundial de la Democracia Cristiana en Chile en 1961 vino a constituir en cierto modo un preámbulo del gran movimiento que condujo a Frei a la jefatura del Estado en 1964. Ya en el gobierno, promovió con los presidentes Raúl Leoni, de Venezuela, y Carlos Lleras Restrepo, de Colombia, el Grupo Sub-Regional Andino, que se formalizó en el Acuerdo de Cartagena en 1969 y al que Venezuela adhirió en el Consenso de Lima en 1973.

Meses antes de su elección ya se veía que Frei era la clara y legítima esperanza de Chile; y es digna de recordación su actitud decidida y valiente cuando, ante las críticas que se hacían despiadadamente a su programa, expresó que si suprimir una sola línea del mismo podría asegurarle la victoria, preferiría enfrentar una derrota antes que renunciar a una sola línea de lo que era expresión de su corazón y de su conciencia.

El gobierno de Frei se recuerda no solo en Chile, sino en toda la América Latina, como ejemplar. Salió del poder aureolado por sus atributos de talento y honestidad, de laboriosidad y de energía que ornaban su personalidad y que se pusieron plenamente de manifiesto en la altura adonde su pueblo lo llevó. Personalmente pude comprobar el respeto y simpatía con que se le acogía en variados países, en todos los ambientes, fueran o no democristianos. Su participación en la Comisión Norte-Sur le reveló como un vocero genuino y propulsor auténtico de las reivindicaciones del Tercer Mundo.

Después de su período de gobierno llegaron hasta él insospechadas amarguras. Cada vez más se le fue reconociendo como vocero y expresión del alma de su pueblo y capitán de su juventud. Frei, que había sido adalid de una revolución en libertad, se convirtió cada vez más en símbolo del amor del pueblo chileno por la libertad y la justicia, en la encarnación de una esperanza que cada día se identificaba en mayor grado con él. En el panorama se erguía su gallarda figura;

en el silencio o en el vocerío se distinguía inconfundiblemente su palabra, limpia de pesimismo y de rencor, convincente con el vigor de su elocuencia, iluminadora con la claridad de un relámpago, reconfortante con la solidez de una roca.

Ya nos ha dicho el Libro santo que son inescrutables los designios de Dios. Pero, a fe mía, la estrechez de nuestro entendimiento no alcanza todavía a comprender la razón que a la Providencia moviera a llevárselo para el lugar del eterno descanso, cuando el valiente luchador estaba presto a librar todos los combates que el porvenir le reclamaba y cuando todas las generaciones de su patria, en especial sus predilectas, las más jóvenes, veían en él su faro y su guía del porvenir. No llega nuestro adolorido espíritu a explicarse, aun cuando no tenga más remedio que acatarla resignadamente, esa inesperada partida. Pero Eduardo Frei, como el Cid, después de muerto tiene muchas batallas que ganar, por su pueblo chileno, por la gran nación latinoamericana y por los marginados del mundo.

En estos atribulados días ha dicho Radomiro Tomić que Frei ha sido el político más completo de Chile en el siglo XX. Radomiro tiene autoridad para afirmarlo, porque conoce bien la vida política de su país y su noble sentencia interpreta la opinión de muchos de sus compatriotas. Puedo asegurar que la figura del estadista y del político que fue Frei ha sido ampliamente reconocida también mucho más allá de las fronteras de su bienamado país. Su muerte ha producido consternación en todas partes. De todos los pechos ha brotado un ¡ay! sincero de pesar. Maruja Ruiz-Tagle, su valiente y fiel compañera de toda la vida, sus devotos hijos y demás familiares, su indomable partido y su pueblo lo lloran; con ellos lo lloran también todos aquellos que en nuestro Hemisferio y en otros continentes pudieron calibrar su estructura moral y su clara inteligencia.

Y no puedo llegar al fin de estas palabras, sin expresar algo que me brota del corazón.

La homilía del Cardenal Silva Henríquez, en la catedral esta tarde, constituye uno de los documentos más valiosos y más valientes,

más claros y más justos, sobre la personalidad de Frei y sobre el movimiento que Frei acaudilló. Fue una definición sin cautela, sin posiciones falsas o cobardes para justificar y reconocer lo que la democracia cristiana representa para la Iglesia, para la Iglesia de los pobres, para la Iglesia de un mundo nuevo, para la Iglesia de la libertad y de la paz.

El pueblo chileno en sus luchas para el porvenir y ante cualquier contingencia que pueda presentarse cuenta a partir de hoy con dos instrumentos formidables para su defensa y para su lucha: con la memoria de Eduardo Frei consagrada definitivamente en esta apoteosis; y con la palabra del pastor que supo valientemente buscar el camino y defender la justicia.

Hemos perdido a un hombre que fue en vida y será de ahora en adelante símbolo de las más legítimas aspiraciones de unos pueblos que inscribirán el nombre de Eduardo Frei en sus banderas junto a los de los grandes héroes de su historia, iluminada y trágica.

Junto a su tumba, renovamos no solo el compromiso de nuestra amistad y de nuestra solidaridad; te renovamos, Eduardo, el propósito de continuar la lucha por nuestra gente humilde y buena, de renovar la fe en la calidad humana de nuestros pueblos y en el inexorable destino de libertad y de justicia, de unión y de grandeza, de todos los pueblos de la América Latina.

CARACCIOLO PARRA LEÓN*

El nombre de Caracciolo (o Caraccioli) es el de una ilustre familia napolitana que descolló por varios siglos en la política, en la navegación y en la milicia, lo mismo que en las letras. Uno de sus vástagos, nacido en 1563 en los Abruzos y bautizado con el nombre de Ascario, tomó el de Francisco al recibir las órdenes religiosas, a las que lo llevó su ferviente vocación. Se unió a los *Bianchi della Giustizia* para asistencia a los condenados al último suplicio y fue uno de los fundadores de la orden de Clérigos Menores que hacen el voto adicional de no aspirar a dignidades eclesiásticas ni pretenderlas en su congregación; y en consideración a sus virtudes y a hechos milagrosos de su vida fue elevado a los altares con el nombre de San Francisco Caracciolo²².

En el calendario litúrgico se fijó la fiesta de San Francisco Caracciolo el 4 de junio de cada año; y como el 4 de junio de 1819 naciera en Trujillo un hijo de don Miguel de la Parra y doña Ana Concepción Olmedo, le fue puesto ese nombre porque lo indicaba el santoral. Con él se inició una verdadera serie de venezolanos eminentes, descendientes de aquel y “tocayos” del santo abruzenso.

El doctor Caracciolo Parra Olmedo —Caracciolo Parra, a secas, como aparece en despachos y correspondencia— tuvo una excepcional actuación en la ciudad de Mérida, donde casó con doña Julia

* Discurso de orden en el Acto Homenaje de la Academia Nacional de la Historia a la Universidad Central de Venezuela, con ocasión del cincuentenario del fallecimiento del doctor Caracciolo Parra León. Caracas, 7 de febrero de 1991. Publicado en la *Revista de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Políticas*, N° 80, Universidad Central de Venezuela.

He revisado no solo mis recuerdos, matizados de afectividad, sino los de otros, de ideas diferentes a las suyas, que pasaron por las aulas donde él sacudía la inquietud intelectual de sus discípulos. En Caracciolo Parra encontramos lo que esperábamos de la Universidad: una luz, un estímulo, un acicate, una admonición y un ejemplo. De él recibimos amor por la figura de don Andrés Bello. Él nos dio la capacidad de reflexionar sobre la raíz de nuestra historia y de los valores culturales que forjaron nuestra nacionalidad.

22 Enciclopedia Espasa.

Picón Febres. Se le conoce por el apelativo de “el rector heroico” y se le ha inmortalizado en el bronce como salvador de la Universidad de Los Andes, que en uno de los honrosos homenajes que se le han tributado, lo calificó de “varón ilustre que durante más de medio siglo sirvió con idoneidad y desprendimiento diversos destinos en la Universidad, la cual en buena parte debe su mantenimiento al tesón y a los nobles esfuerzos de aquel rector”²³.

Un hijo del rector heroico, Caracciolo Parra Picón, fue vicepresidente de la República; dos nietos, Caracciolo Parra Pérez y Caracciolo Parra León, tienen puesto resaltante en la cultura de Venezuela. Parra Pérez, jurista, diplomático, historiador y político, dejó bien puesto el nombre en obras como la *Historia de la Primera República, Miranda y la Revolución Francesa, Mariño, El régimen español en Venezuela*, entre otras publicaciones de valor fundamental; participó en jornadas mundiales relacionadas con la Organización de las Naciones Unidas y con la UNESCO; fue ministro de Educación y de Relaciones Exteriores y jefe de misión diplomática en Italia y en otros países²⁴. Parra León, trece años menor, tuvo una existencia mucho más corta, pero dejó una huella profunda en los dominios de la historia, marcó nuevos derroteros en la investigación, trazó rasgos muy definidos en el pensamiento filosófico y ejerció una considerable influencia en los predios universitarios, y en la actividad editorial.

Caracciolo Parra León —o como el abuelo, Caracciolo Parra a secas, porque así firmaba y así ponía su nombre en sus publicaciones, pues decía que le habían puesto ese nombre para reponer al abuelo—, nacido en Pamplona en 1901 por el exilio de su padre, pudo aprovechar la tradicional formación humanista y clásica que recibió “en las grises aulas centenarias del colegio de la vieja y noble ciudad” y luego hacer una intensa pasantía de cinco años en Mérida, donde

23 Véase la obra de Eloy Chalbaud Cardona. *El rector heroico*, Mérida, Universidad de Los Andes, Publicaciones del Rectorado, Colección Ilustres Universitarios, N° 1, 1965.

24 Véase Tomás Polanco. *Con la pluma y con el frac*, rasgos biográficos del doctor Caracciolo Parra Pérez, Caracas, 1982.

actualizó sus conocimientos y aquilató su vocación, dirigida especialmente a la educación, a la filosofía y a la historia.

Nieto de trujillanos, hijo de merideño y tachirenses, ciertas características del *homo andinus* se imprimieron en él de manera indeleble. Laboriosidad infatigable, conciencia del deber, amor al orden, firmeza de carácter, fueron atributos que dieron relieve y permitieron lograr un extraordinario rendimiento a su fabulosa inteligencia. Mantuvo hasta el acento dialectal, que no lo perdió nunca.

Cuando llegó a Caracas, joven de veintidós años de edad, ya estaba hecho. Era un hombre completo. Un humanista. En Mérida había decantado sus inquietudes intelectuales y hecho amistad con otros valores de su generación, entre ellos el destacado seminarista José Humberto Quintero, futuro cardenal arzobispo de Caracas, Tullio Chiossone, con quien enlazaría también familiarmente porque casaron con dos primas hermanas, Antonio Pulido Villafañe, Roberto Picón Linares y, para no hacer más larga la lista, el que había de ser en Caracas el más cercano de sus amigos y el más íntimo colaborador en sus planes y preocupaciones académicas, el futuro Premio Nacional de Literatura Mario Briceño-Iragorrry. Una fiel y agraciada merideña prendó su corazón; con ella unió su vida y al irse al mundo eterno le dejó la tremenda responsabilidad de levantar una familia de seis hijos. En su discurso de grado en la Universidad Central, que más que balbuceo de un graduando parece el mensaje de un maestro, rememora “la apacible y suave hermosura que brota, como una opulenta rosa blanca, de Mérida, la más noble y española ciudad venezolana”.

Pero lo más importante e intenso de su vida fue su labor en la que Andrés Bello llamó “anciana y venerable nodriza”, la Universidad de Caracas. Fue vicerrector, profesor en diversas disciplinas e investigador del Archivo Universitario, y su formidable aportación a la vida y renovación de dos academias forma parte indisoluble de la etapa universitaria de su corta pero luminosa existencia. Por eso el homenaje que hoy rinde la Academia a la Universidad en la ocasión

de presentar el número del *Boletín* preparado en homenaje a Caracciolo y una nueva edición de su *Filosofía Universitaria Venezolana (1788-1821)*, todo viene a ser un nuevo homenaje debido a aquel insigne formador de hombres, creador de iniciativas y programas, productor de textos perennes, con quien siempre se estará en deuda por lo que hizo y por cómo lo hizo, al servicio de ambas instituciones. Basta examinar el voluminoso *Boletín* preparado con benedictina devoción por Ildefonso Leal para darse cuenta de la gigantesca estatura del hombre y el volumen y calidad de su obra²⁵.

No era, por cierto, la modesta Casa de Estudios de su tiempo, con menos de dos mil estudiantes en tres facultades y dos escuelas (Ciencias Políticas, Ciencias Médicas, Ciencias Físicas y Matemáticas, Odontología y Farmacia) un desierto de ideas y de maestros. No. Figuras destacadas de la *intelligentsia* había y el juicio de la posteridad las ha ido reconociendo sin mezquindad. En nuestra facultad, en donde se inscribían todos los que tenían vocación para algún sector de las humanidades (por eso estudiaron Derecho hombres como Andrés Eloy Blanco, Pedro Sotillo, Julián Padrón, Arturo Uslar Pietri, Pedro Beroes, Juan Liscano) había profesores de gran mérito como Juan José Mendoza, José Manuel Hernández Ron, Carlos Sequera, Carlos Morales, Félix Saturnino Angulo Ariza, José Rafael Mendoza, Fernando Amores y Herrera, Lorenzo Herrera Mendoza, Francisco Arroyo Parejo. Pero Caracciolo (así, por su nombre de pila, lo conocía toda la población universitaria) tenía algo especial. Sus exposiciones en la cátedra eran un sugestivo espectáculo. Más de un oyente espontáneo se acercaba a las puertas del salón para admirar aquella elocuencia tan fluida, aquella dicción tan correcta, aquella expresión tan convincente, aquella emoción tan contagiosa, aquella exposición tan ordenada y tan cabal. Oírle exponer, por ejemplo, el pensamiento de Kant, o el de Savigny —a quien llamaba el jurisconsulto más

25 Universidad Central de Venezuela, *Boletín del Archivo Histórico*, N° 8, Homenaje a Caracciolo Parra León a los cincuenta años de su muerte. Caracas, Ediciones de la Secretaría de la UCV, 1990, 557 páginas.

grande del siglo XIX—, era maravilloso; y conste que estoy mencionando autores con cuyo pensamiento discrepaba.

No era insinuante en su trato personal, pero tampoco era despectivo o grosero con los alumnos o los trabajadores. Nunca le vi cometer malacrianzas; pero tampoco doblegarse ante ninguna presión o amenaza, ni ceder en el rigor que estimaba justo aplicar en el manejo de la cátedra o en el ejercicio de sus funciones vicerrectorales. Era incapaz de calificar a un alumno injustamente.

En la polémica, absurda por su origen y por la dureza de sus términos, que le planteó en 1932 el ilustre venezolano José Gil Fortoul, entonces director de *El Nuevo Diario*, dijo con toda autoridad: “Como profesor jamás he intentado hacer prevalecer mis opiniones particulares, republicanas y respetuosas como las que más; nunca he impuesto ningún texto para el desarrollo de las tesis, que como se contraen generalmente a teorías filosóficas se encuentran con facilidad en muchos autores modernos; y tengo plena conciencia de que en los exámenes he distribuido las calificaciones prescindiendo de ideologías u otras circunstancias, con estricta justicia y aun a costa de disgustos”²⁶. Como docente no se limitaba a dar la lección magistral; se interesaba por las preocupaciones de los discípulos y buscaba estimularlos y aconsejarlos de acuerdo con la situación y características de cada quien.

Su inclinación preferente la compartía entre la Historia y la Filosofía, o mejor, la Filosofía y la Historia. Por eso hizo un esfuerzo enorme para hacer funcionar en la Universidad la Escuela de Filosofía y Letras, aunque en esto, desgraciadamente, lo vencieron las dificultades propias del tiempo. Por eso también, aunque abrumado por los compromisos, atendía la Cátedra de Filosofía en el liceo Andrés Bello en la que lo sucedió, cuando ya no pudo continuar atendiéndola, uno de sus estimados discípulos, el profesor Reyes Baena. Por

26 La aclaratoria, con el supratítulo “Actualidad Universitaria”, apareció en *El Universal*. Está fechada: Caracas, 12 de octubre de 1932.

la misma razón orientó la enseñanza de los Principios Generales del Derecho hacia el terreno filosófico, amparándose en el argumento de que la filosofía estudia los primeros principios de las ciencias, y reparando la falta de que el pragmatismo dominante había desterrado del pensum de estudios la Filosofía del Derecho.

En cuanto a la cátedra de Derecho Español y Derecho Público Eclesiástico, su principal interés era hacernos conocer el régimen de las Leyes de Indias, raíz histórica de nuestra tradición jurídica, y el origen y desarrollo del Patronato Eclesiástico. Quería que tuviéramos una idea correcta de esta institución y de la legítima aspiración que solo vino a realizarse en 1964, de regularizar mediante convenio las relaciones entre la Iglesia y el Estado.

Su preocupación por las normas éticas se revelaba en su concepción de las relaciones entre el Derecho y la Moral y de la normatividad superior a que debe en todo momento obedecer la conducta profesional del abogado. Vale la pena observar que cuando se pensó en establecer un curso preparatorio para los estudiantes de Jurisprudencia, él —que como vicerrector de la Universidad, en unión de Mario Briceño Iragorry, para entonces director de Instrucción Secundaria, Superior y Especial en el ministerio de Instrucción Pública, había sido promotor y organizador del referido curso en el año académico 1931-32— propuso se creara una cátedra de Ética General y Aplicada, la asumió él mismo y la desempeñó hasta el final durante aquel año inolvidable.

Era un tiempo en que la pobreza administrativa de la República no permitía abrir cursos universitarios sino cada dos años, costumbre que duró hasta 1932. La inquietud creativa de Caracciolo y Mario los llevó a obtener para los bachilleres de 1931, que debíamos esperar hasta 1932 la iniciación de los estudios de Derecho, la dotación para un curso preparatorio experimental con cuatro asignaturas, a saber: Ética General y Aplicada, a cargo de Caracciolo Parra; Historia de Venezuela (fueron las primeras aproximaciones que tuvimos a lo que hoy se llama Historia Documentada y Críti-

ca), a cargo de Mario Briceño-Iragorry; Técnica de la Composición Literaria, a cargo del ilustre historiador, orador y académico Eloy G. González, y Latín, a cargo de un consumado latinista, Miguel Ángel Ayala Duarte. Valdría la pena revisar este proyecto, que no se pudo repetir después, quizás porque se considerara que seis años de curso (ahora son cinco) bastaban para obtener el grado. En el cuadro que se nos planteó, la Historia en forma analítica pretendía darnos un mejor conocimiento de la patria; el latín era una concesión a los hoy menospreciados estudios clásicos; la Técnica de la Composición Literaria buscaba elevar el nivel de expresión de los futuros juristas; la ética implicaba el reconocimiento de que la formación de la conciencia en el profesional del Derecho debe anteceder a la adquisición de los conocimientos.

Del programa de Ética los temas conservan plena actualidad. La naturaleza y fundamento de la conciencia moral, el valor y universalidad de la misma y las causas perturbadoras de la conciencia, las fuentes de la moralidad y del deber y las consecuencias de la moralidad, comprendían los primeros 21 capítulos, que correspondían a la Ética General. Los temas 22, 23 y 24 se dedicaban a la exposición de la naturaleza y fundamentos del Derecho, preparando así al estudiante para abordar con éxito el siguiente año los Principios Generales del Derecho. Y la Ética Material o Aplicada comprendía la existencia, fundamento, clasificación y determinación de los deberes personales; la ética humanitaria, justicia y caridad; la verdad y la mentira, la concepción moderna de la veracidad, la esclavitud y la servidumbre; la libertad individual, las libertades de conciencia, pensamiento, prensa, profesión y trabajo, y el respeto del honor; el colectivismo y las diversas formas socialistas; la moral doméstica, la familia y el matrimonio, principales deberes que nacen de uno y otro; el feminismo desde el punto de vista de la familia, de la economía social y del orden jurídico; la moral cívica: la sociedad, noción y origen, y el Estado, definición, principales teorías acerca de su origen. Cuando reviso los apuntes mimeografiados elaborados para

la asignatura, inspirados algunos en el *Tratado de Filosofía* de Gaston Sortais y dictados otros por el profesor Parra León, pienso si con las modificaciones necesariamente impuestas por la realidad del devenir valdría la pena considerar la necesidad de incorporar una materia como esta a los estudios universitarios.

Por su catolicismo integral, no solo reconocido sino proclamado por él con orgullo, así como por su formación clásica y su convicción tomista, no es extraño que haya habido quienes creyeran que su posición frente al orden político y social era de un conservatismo recalitrante. No hay nada de cierto en esta apreciación. La concepción que defendió no fue la correspondiente a lo que Bello denominó “el tontillo aristotélico tomista”, sino la del pensamiento tomista original, despojado de las deformaciones posteriores, y reaparecido con sentido renovador en pleno siglo XX. Por tanto, al estudiar la moral cívica, condenaba la llamada doctrina del “derecho divino de los reyes” y sostenía que el pensamiento de Tomás de Aquino y el de los teólogos españoles del siglo XVI era el de que si toda potestad viene de Dios, no pasa directamente al gobernante sino a través del pueblo (“*omnis potestas a Deo pro populo*”), lo que coloca al pueblo como titular de la soberanía que tiene su origen en el Creador. Y en cuanto a la cuestión social, en una carta a Briceño-Iragorri le dice: “Con un convencimiento firme y apegado a la realidad de las cosas, sostengo la doctrina social de la Iglesia. No solo la estampada en las encíclicas de los últimos papas, divulgadas en todo género de términos por exposiciones tan inconvenientes como faltas de originalidad, sino la sostenida desde los días clásicos por la excelsa pluma del angélico y por la amable dulzura del seráfico²⁷, ante la cual toda la moderna jerga de reivindicaciones y escándalos marxistas palidece y resulta ‘cavernícola’ aun”. Y agrega: “Aquí solo tienes un mantenedor de la reforma social múltiple, la que se adapte a los métodos y a la época dentro de la vasta ideología del cristianismo”. Como cosa cu-

27 Santo Tomás de Aquino y san Buenaventura.

riosa vale la pena mencionar que, según el propio Briceño-Iragorry, cuando iniciaban la constitución de una asociación para exponer y defender el pensamiento cristiano, “la ponencia inicial de Caracciolo Parra fue: ¿cuál es en justicia el tipo de salario mínimo de un obrero en Caracas?”. Y también señalar que cuando se refiere a la transposición moderna de los estudios sobre Derecho Natural, expresa: “La importancia del derecho social lo obligó a separarlo del derecho natural para profundizar su estudio y exponer al mundo una sociología llena de incontables novedades”.

Sus libros más importantes han sido objeto de estudios críticos, de los cuales resulta un consenso general sobre su extraordinario valor, aun por parte de quienes adversan su criterio. *La instrucción en Caracas*, discurso de incorporación a la Academia Nacional de la Historia y estudio histórico anexo, con una copiosa e irrefutable documentación, le sirve de oportunidad para exponer su concepción filosófica de la Historia. La *Filosofía Universitaria Venezolana*, discurso de incorporación a la Academia de la Lengua y estudio histórico, obra que en edición facsimilar se presenta hoy como parte central de este homenaje, es la continuación del esfuerzo anterior, llevada la investigación hacia los altos niveles de la filosofía y a los tiempos de la Independencia. Combatió la “leyenda negra” del supuesto oscurantismo colonial; sin negar ni absolver las fallas y errores de la época, destacó la sustantiva formación que se mostró en la generación impar de nuestra Independencia. En su cálida defensa de la Universidad afirma: “No es, lo repetimos, que consideramos perfecta la Universidad Colonial: es que no convenimos en que para denigrarla se le atribuyan como defectos propios los que fueron efecto necesario del tiempo o del espacio; no aceptamos que se la proscriba con falsas aseveraciones; no queremos que se le nieguen méritos legítimos; nos parece que tal como existió, con los verdaderos lunares que pueden atribuírsele, cumplió una alta misión salvadora y difundió sin proscripción de lo esencial de la filosofía cristiana las ideas modernas”.

Sería ocioso repetir aquí el examen que muy calificados venezolanos han realizado sobre esas obras, escritas para recompensar, con el magnífico fruto de su esfuerzo, el honor que las dos academias mencionadas le hicieron al elegirlo individuo de número. Las dos se complementan y por si fuera poco, la publicación que hizo en tres tomos de la *Visita del Obispo Martí*, y las *Elegías de Varones Ilustres de Indias*, de Juan de Castellanos, a los que según Tomás Polanco “puede decirse que levantó de sus tumbas para ponerlos a andar por caminos de la cultura venezolana”; la edición estupenda de las *Analectas de Historia Patria* (que comprende la historia de Oviedo y Baños, la de Caulín, la población de Mérida y San Cristóbal por Aguado y las *Décadas Merideñas* de Febres Cordero), la de la *Historia de Alonso de Zamora*, la de los *Documentos del Archivo Universitario*, y de importantes discursos y otros estudios, constituyen una de las más importantes contribuciones hechas en este siglo al acervo académico y universitario. Sus prólogos son un verdadero modelo de seriedad, de profundidad, de evaluación objetiva de las obras. Solo por esos prólogos, Caracciolo Parra tendría un puesto de honor en la bibliografía venezolana.

Cuando Ildefonso Leal me requirió para decir este discurso en memoria de Caracciolo Parra en este acto, que se convoca como un homenaje de la Academia Nacional de la Historia a la Universidad, no tuve excusa válida para no aceptar. Comprendí que escogerme no tenía otra razón que la vinculación estrecha del discípulo con un profesor a quien a lo largo de siete años tuvo oportunidad de conocer íntimamente y por quien su admiración creció cada día más y con el transcurso del tiempo se convirtió en imperecedero afecto.

Muchos y excelentes estudios sobre Caracciolo Parra y su obra se han publicado durante el medio siglo transcurrido a partir de su fallecimiento. Emotivo y brillante, como salido de su pluma, es el ensayo de Mario Briceño-Iragorry, *Trayectoria y tránsito de Caracciolo Parra*; exhaustivo y preciso el de Carlos Felice Cardot, al colocar su retrato en la Academia; ¿podría aspirar a superarlos, o siquiera

a complementarlos, y a los muchos y muy calificados juicios de la pléyade de personalidades que han rendido tributo a su memoria?

Lo que me toca, por lo tanto, es reactivar recuerdos de mi relación personal con el maestro. Seguí sus enseñanzas en la clase de Ética, en la de Principios Generales del Derecho y en la de Derecho Español y Público Eclesiástico, de 1931 a 1934. Compartí con él y con mi tío Plácido Daniel Rodríguez Rivero una misma oficina, que ahora forma parte de las dependencias de la Academia Nacional de la Historia, cuando, por haberle fallado un empleado, el rector me encargó provisionalmente de servirle como amanuense y atender en lo posible las obligaciones de “archivero provisional” de la universidad. Recibí aliento de Parra León para estudiar a Andrés Bello y hasta me ofreció unos apuntes que tenía hechos sobre las ideas estéticas del patriarca de las letras americanas. Le confesé el desconocimiento general que los jóvenes de mi generación teníamos sobre nuestro compatriota²⁸; le pedí bibliografía para ilustrarme, y al leer la *Vida de don Andrés Bello*, por Miguel Luis Amunátegui, le dije que no me sentía capacitado para escribir sobre el tema que él me propuso, pero me estaba animando para hacer un ensayo de conjunto sobre la vida y obra de Bello. “¿Ud. se atreve?”, me preguntó; y como le respondí afirmativamente, me fue prestando los quince tomos de las obras de la edición chilena, uno por uno, sacados en préstamo de la biblioteca de la Academia. Sobre ellos y a través de ellos hice mi trabajo. Cuando obtuve el premio, Caracciolo no podía ocultar su contento; él y Mario Briceño se empeñaron en darle brillo a la entrega del mismo, en un solemne e inolvidable acto que se celebró en este mismo Paraninfo.

Cuando dejó el vicerrectorado de la universidad para asumir la dirección de la Biblioteca Nacional, nos llevó con él a tres de sus alumnos; a Edgar Sanabria como subdirector, a mí como jefe del

28 Cuando publicado mi ensayo fui a una pomposa librería recién instalada en Caracas con el deseo de colocar unos ejemplares, la empleada vio la carátula del libro y me preguntó: “¿Andrés Bello, el chileno?”. Así estaban las cosas.

Servicio de Catalogación y a Carlos Lander Márquez como oficial de este mismo Servicio, que fue debido a su iniciativa²⁹. A los pocos días le notifiqué que el ministro Escalante me había llamado para ofrecerme la subdirección de la Oficina Nacional del Trabajo que se iba a crear, y me animó decididamente a aceptarla. Él mismo estuvo poco tiempo en la biblioteca porque el ministro de Relaciones Exteriores, Esteban Gil Borges, lo llevó a la Cancillería donde hizo una excelente labor, revelando nuevas facetas de su personalidad. Precisamente acababa de descollar en Lima, en la Conferencia Interamericana, y de brillar en el discurso fuera de serie pronunciado ante la estatua del Libertador. Nuevos y amplios horizontes se le abrían, cuando una traicionera enfermedad le arrebató la vida. En enero de 1938, cuando renuncié a la ONT, quiso llevarme a su lado; de veras me dolió sentirme obligado a declinar una invitación tan atrayente.

En varias ocasiones lo acompañé a las humildísimas instalaciones donde tenía su empresa editorial. Allí lo vi, en la noble tarea de corrector de pruebas, que creo había ejercido antes en *El Universal* durante sus primeros tiempos en Caracas. Tengo entendido que *El Universal* ha gozado del privilegio de que sus textos fueran corregidos por gente de tan alta significación en las letras como Jesús Semprún, como Luis Beltrán Guerrero, como Pascual Venegas Filardo, como el propio Caracciolo Parra. En confianza me reveló que su pie editorial era Editorial Sur América, pero que a sus publicaciones preferidas les ponía Parra León Hermanos - Editores, como puede verse

29 En su exposición al ministro de Instrucción Pública el 6 de enero de 1936 decía el doctor Parra: "Sin catálogos fieles, completos y cómodos, la utilidad de una biblioteca, sobre todo para el público, se reduce a su mínima expresión. Mas como se trata de muchos miles de volúmenes, que se deben revisar, curar y empadronar uno a uno, se impone la creación de nuevos empleados, que dirigidos personalmente por el director, emprendan tan ímprobo servicio: tanto más pesado y agotante cuanto que varios miles de esos volúmenes son presa, hasta hoy irredimible por falta de espacio, personal y dinero, de la acción destructora del tiempo y de la confusión más lamentable. Esta creación de empleados, sin la cual se frustrarían en gran parte nuestros deseos y nuestros esfuerzos, como ya sucedió con los de algunos distinguidos directores que nos precedieron, importaría un gasto quinquenal de ochocientos cuarenta bolívares, o sea, nueve mil doscientos cuarenta bolívares en lo que falta del año económico: fuera de lo necesario para tarjetas y ficheros, una máquina de escribir, sustancias y aparatos de desinfección y otros gastos accesorios". Y terminaba su exposición: "Hago hincapié sobre todo, en la necesidad de ampliar el edificio, y de catalogar los libros, que es verdaderamente urgente; sin satisfacerla, ningún provecho durable se obtendrá". De allí salió, sin duda, el cargo de jefe del Servicio de Catalogación que me encomendó con la esperanza de formarme para cumplir ese cometido.

en las primeras ediciones de los libros que contienen sus trabajos de incorporación académica. Al humilde volumen que él mismo se empeñó en publicar como separata de mi ensayo sobre Andrés Bello, me hizo la deferencia de honrarlo con ese pie de imprenta.

Señoras y señores:

En mi modesto despacho de abogado está conmigo siempre un crucifijo, que lleva allí más de treinta años y que antes había estado acompañándome en un local del edificio Karam, donde mantenía mi escritorio. Ese crucifijo me lo regaló uno de los seres de más recia y cautivante humanidad y de más clara inteligencia que he conocido, el padre Víctor Iriarte, de la Compañía de Jesús. Me lo llevó como recuerdo de mi grado, celebrado apenas dos meses y medio después del desgarramiento que sufrimos con la muerte de Caracciolo Parra. Me contó que este se lo había dado como muestra de cariño por su asistencia y su consuelo durante una grave enfermedad de su hijo mayor que lo puso cerca de la tumba. El padre Iriarte quiso entregármelo porque sabía cuánto apreciaría yo esa reliquia y porque suponía que, de haberlo podido conocer, Caracciolo aprobaría su gesto.

Cuando con los ojos puestos en su cruz y en su gesto doliente saludo con veneración al Maestro sublime que en su corta vida de treinta y tres años hizo la revolución espiritual más profunda y extensa que ha presenciado el mundo, no puedo menos que tener presente en mi memoria al otro maestro, que en una corta vida de treinta y siete años dejó huella perdurable en la cultura de Venezuela y en la mente y el corazón de sus alumnos. Ese Cristo representa la fe de Caracciolo Parra, una fe contagiosa y robusta. Su legado espiritual podría sintetizarse en este párrafo de su discurso de grado en la Universidad Central:

La fuerza inmanente que tiene la verdad conocida para hacerse cada día más comprensible; la necesidad que nos cumple a nosotros de explicarla y aceptarla; nuestra tendencia natural a verla

multiplicada y universal; este anhelo insaciable de la mente por poseerla toda entera y en ella tener sus complacencias, hacen que la verdad no pueda permanecer paralizada ni en estado de reposo; le imponen un movimiento constante, fecundo y bienhechor; movimiento que empezó en nosotros con la conciencia racional y que habrá de terminar con nuestros días; movimiento que viene inalterable desde que Dios infundió en este cuerpo de barro de los hombres el soplo espiritual que es nuestra alma y que habrá de terminar tan solo cuando el mismo Dios lo satisfaga en el majestuoso misterio de la eternidad.

Tales frases transmiten el ser y la inquietud constante de Caracciolo Parra. Honrarlo a él a través del tiempo transcurrido es renovar los valores espirituales de que tan necesitados están el país y la Universidad.

EL PADRE MANUEL AGUIRRE*

Pienso que la invitación que se me hizo para hablar en este acto tiene mucho que ver con mi relación personal con el padre Manuel Aguirre, y por tanto, perdonarán ustedes que en mi intervención haga referencia a esta relación personal, en la cual naturalmente está mucho de mi vida, de mi ser.

Al padre Manuel Aguirre lo conocí en 1926. Vine de la Provincia a estudiar bachillerato en Caracas. Le suelo recordar a los muchachos que dicen que en Venezuela no ha pasado nada ni se ha hecho nada, que cuando terminé mi primaria en San Felipe no había un liceo en todo el estado Yaracuy, lo que empujó a mi padre, un joven abogado de provincia, de vocación adulta, a hacer el esfuerzo posible para volver a Caracas, donde habíamos estado antes (cuando él terminaba sus estudios en la universidad), por lo que fui alumno fundador del Colegio San Ignacio, con el número 150. Estudié el 2do y 3er grado con el insigne maestro, inolvidable maestro que fue el hermano José Marquiegui, a quien nosotros llamábamos el hermano Marquiegui, después le llamaron el hermano Pepe e incluso los muchachos le decían Pepito, figura excepcional dentro de la vida del Colegio San Ignacio.

* Palabras en el acto en homenaje al padre Manuel Aguirre en los cien años de la Encíclica *Rerum novarum*, organizado por CODESA. Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 11 de mayo de 1991.

Manuel Aguirre Elorriaga nace el 15 de junio de 1904 en Maruri, Vizcaya. Ingres a la Compañía de Jesús el 14 de octubre de 1919 en Loyola. En 1926 obtuvo el doctorado en filosofía en Oña (Burgos). Destinado al magisterio en Venezuela, estuvo en el Colegio San Ignacio de Caracas entre los años 1926 y 1929. En 1929 regresa a Europa donde es ordenado sacerdote. Licenciado en Teología, Innsbruck (Austria) 1933, obtuvo su doctorado en historia por la Universidad Gregoriana de Roma. Regresa a Caracas en 1937 como profesor de historia eclesiástica en el Seminario Interdiocesano de Caracas. En 1938 funda y dirige la revista SIC. Fue nombrado miembro correspondiente de la Academia Nacional de la Historia. En 1945 funda el Círculo Obrero de Caracas. En enero de 1968 con el grupo de jesuitas pertenecientes al Centro de Investigaciones y Acción Social (CIAS) fundó el Centro Gumilla. Muere en Caracas el 28 de febrero de 1969. Entre sus publicaciones se cuentan: *Esquema de la Doctrina Social Católica* (1940); *La Compañía de Jesús en Venezuela* (1941); *El abate de Pradt en la emancipación hispanoamericana 1800-1830* (1941).

El padre Manuel Aguirre era profesor de una materia que no le gustaba nada: Aritmética razonada, en primer año. Pero se preocupaba mucho por la formación general de los alumnos. Mis primeros recuerdos de él fueron contradictorios. Venía, muchacho provinciano, con ganas de destacarme; quería quedar muy bien en la clase; cuando el profesor hacía preguntas, levantaba la mano para hacerle ver que había estudiado el tema. Y me trataba mal. De manera que a veces yo había adoptado la táctica de hacerme el que no sabía, que no conocía el tema, para que me preguntara y poderle decir lo que ya tenía preparado. Pero esto fue todo un proceso. En aquella época de las distribuciones de premios, que afortunadamente eliminaron de acuerdo con la nueva pedagogía los padres del colegio, él no pudo quitarme el premio pero me lo dio *ex-aquo*. No me lo quitó, pero me lo puso a compartir con Luis Emilio Gómez Ruiz. Y un día caminando, en el trayecto de la Esquina de Jesuitas hasta el campo deportivo de Loyola en El Paraíso, me dijo: — ¿Tú no te das cuenta de que yo en realidad te estoy haciendo sentir una cosa, que tienes que cambiar de manera de ser, tienes que buscar la amistad de tus compañeros, ayudarlos, y si es un examen y les puedes soplar, pues les soplas?

—Padre, ¿y eso no es malo?

—No, no creas. Eso es bueno. Eso te hace más amigo de tus compañeros.

De manera que esa fue la primera experiencia personal, a la que atribuyo realmente una gran importancia en mi vida.

Después fue profesor de Literatura. Eso le gustaba más y sobre todo nos preparaba para recitar en los actos públicos del colegio (creo que han ido desapareciendo también, por lo menos minimizándose), que nos enseñaban a enfrentarnos al público. Nos corregían. Eso del “tonillo” a él le parecía horrible, que era el tonillo de los oradores tradicionales de América Latina. “Levantar la voz. Pero, ¡Dios mío! Nada de eso, nada de tonillo, por Dios. Hay que hablarle a la gente en otra forma”. Y ese fue un periodo que engendró entre

el padre Manuel Aguirre y yo una amistad de la que realmente me siento muy agradecido y que duró toda la vida.

El maestrillo se fue a completar su formación y cumplió una serie de etapas muy accidentada. Al poco tiempo de estar en España se proclama la república y expulsan a los jesuitas. Un hecho muy traumático para nosotros, para nuestra conciencia. Cuando respondo a esos análisis que hacen de nuestra posición política y preguntaban por qué nosotros apoyamos el alzamiento de Franco, como lo hicimos en el primer momento, respondo que la república se había fanatizado, nuestros maestros estaban exiliados, contra los derechos humanos; sentíamos que aquel régimen, que por lo demás —estudiándolo después— tuvo cosas hermosas y positivas, había atropellado cosas para nosotros tan caras como nuestro sentimiento religioso y el agradecimiento que teníamos con los jesuitas. Causa de la expulsión: el cuarto voto. Cuarto voto que no sé si está todavía vigente pero que san Ignacio de Loyola lo puso para que quedara irrevocablemente unido a la Compañía de Jesús: un cuarto voto, de obediencia al Sumo Pontífice. Los gobernantes en España dijeron que esto era colocarlos fuera de la patria, súbditos de una soberanía extranjera. Total: que el padre Aguirre y sus compañeros salieron del Colegio Máximo de San Francisco Javier de Oña, fueron al Castillo de Marneffe, en Bélgica, y después hicieron otras estaciones. Por lo menos el padre Aguirre tuvo la fortuna de ir a Austria y a la Plaza de la Pilotta en Roma. Son los puntos referenciales que tengo de la correspondencia, de una postal, de una carta, algunas cartas llenas de consejos, de preocupaciones. Y en medio de la confusión tremenda que desde el punto de vista político vivía el mundo: Europa, la Guerra Civil española, el fascismo, todo aquel desarrollo de los acontecimientos, la situación de Austria —el padre Aguirre escribió sobre Dollfuss, en Austria, un artículo que quizás después lo habría revisado por lo menos en algunos aspectos—; pero dentro de todo eso aparecía un catolicismo social emergente, un catolicismo que quería ser activo en la vida política y que se trasmitía a través del océano.

La Unión Nacional Estudiantil (UNE) se funda en mayo de 1936, cuando está precisamente por estallar la guerra civil en España, porque la Guerra Civil estalló en julio. En mayo o en abril se discute una Ley de Educación en el Congreso de Venezuela y la Federación de Estudiantes pide la expulsión de la Compañía de Jesús. En una sesión memorable en el Teatro Nacional de Caracas, uno de los oradores de la Federación les propuso una “ñapita: la expulsión de la Compañía de Jesús y de las demás órdenes religiosas”. Frente a esa proposición surge nuestra lucha encendida y en el momento final, cuando no podemos lograr que no se tome la decisión ya adoptada, declaramos que no podíamos seguir militando en una organización que así actuaba, quienes éramos discípulos agradecidos de la Compañía de Jesús. El 8 de mayo, hace 55 años, nace UNE: la Unión Nacional Estudiantil. La gente cree que la UNE la fundaron el padre Aguirre y el padre Iriarte, pero la Providencia dispuso que estuvieran los dos fuera del país en ese entonces. Tengo cartas del padre Iriarte felicitándome y aconsejándome, lo mismo que del padre Aguirre que estaba por allá, en Europa.

Nosotros habíamos tratado de actuar aquí en la Acción Católica y voy a hacer una confesión, una hasta cierto punto intimidad, aunque no es de esa naturaleza: en el año 1934 cuando regresamos de Roma, tuvimos contactos con Eduardo Frei, con Garretón, con Venancio Flores, con Luis Isaías García (una cantidad de luchadores universitarios de otros países de América Latina). Vinimos con el deseo de iniciar algo pero en una forma combativa y dura. Tuvimos una reunión con el episcopado, en una conferencia episcopal, y hubo casi podría decir enfrentamiento, porque el nuncio apostólico que era monseñor Fernando Cento, después cardenal, nos aconsejaba, nos calmaba, y yo, irrespetuoso, reclamaba al episcopado que entendieran que nosotros teníamos necesidad de empezar una lucha dura, y quien se levantó a defenderme fue el inolvidable Salvador Montes de Oca. Él dijo más o menos: —Señores, tenemos que entender a los jóvenes; el lenguaje que usan quizás no es el más adecuado pero lo que están

diciendo merece que nosotros lo analicemos, lo tomemos en cuenta. Dentro de esta situación comenzamos a reunirnos en un círculo de estudio con el padre Iriarte en la residencia de San Francisco, que no llegó a tener la aprobación eclesiástica. Durante sus escasas reuniones hicimos algunos estudios y los primeros artículos sobre Legislación del Trabajo fueron resultado de trabajos de seminario en ese círculo, que se extinguió porque la autoridad eclesiástica no nos dio el visto bueno y el padre Iriarte se fue a Europa. Por eso el 8 de mayo de 1936, cuando surge la UNE, es “Unión Nacional Estudiantil”, y no como en otros países UNEC: Unión Nacional de Estudiantes Católicos, porque por una parte, no queríamos comprometer a la Iglesia en nuestra lucha pero además queríamos tener la plena libertad de acción y de combate que el momento, a nuestro modo de ver, requería.

Bueno, viene el padre Aguirre pocos años después y llega al seminario. Tuvo la gran decisión de rechazar una tentación muy grande para él. Le abrían la posibilidad de ser catedrático de Historia Eclesiástica en la Universidad Gregoriana de Roma y en cierto modo lo señalaban como el candidato a suceder nada menos que al padre Pedro Leturia, en la continuación de su magisterio. Y él solicitó que lo mandaran a Venezuela y realizó en el Seminario Interdiocesano una de las labores para mí más importantes que tuvo en su vida, que fue crear una preocupación social en los seminaristas, en los futuros sacerdotes de Venezuela. De manera que muchos sacerdotes, obispos quizás aún más, recuerdan al padre Aguirre por su preocupación al tratar de imbuirles un sentido social en el ejercicio de su ministerio eclesiástico. En ese tiempo, el padre Aguirre en el Seminario tenía un sitio que en vasco llamaba el *choritoqui* (*txori-toki*), si no recuerdo mal, donde hacía reuniones. Recuerdo que a monseñor Maradei, un joven presbítero que venía de Bruselas lleno de ilusiones, nos lo presentó allá, en el *choritoqui* (*txori-toki*), y que yo le dije a monseñor Maradei, al entonces padre Maradei: —Padre, usted viene lleno de ilusiones; yo lo que le pido es que recupere sus ilusiones después de que enfrente la realidad y tenga su primera gran desilusión. Porque,

realmente, la experiencia nos indica que muchos vienen con muchos deseos de hacer, creen que en Venezuela todo es muy fácil, porque la gente es simpática, porque no pone resistencia visible, pero se encuentran con que la realidad social es aparentemente imposible de vencer y renuncian a su primitiva energía, a las frescas preocupaciones que traen.

Bueno, el padre Aguirre estuvo allí no sé cuántos años. Allí escribió su *Esquema de la Doctrina Social Católica*. Publicó más o menos en los mismos tiempos dos libros de historia, que son el testimonio de su preocupación y de su conocimiento por esa disciplina. Uno sobre el abate Pradt en la independencia latinoamericana, y otro sobre los jesuitas en Venezuela. Escribía unos artículos muy interesantes sobre la situación y se iba moldeando una preocupación que iba cada vez más a lo social, y por lo mismo de que se orientaba hacia lo social, en muchas ocasiones era cuidadoso de no proyectarse por lo menos directamente en el campo político.

Pero en cuanto a lo político, dejó una obra muy importante. Tenía sus encuentros, sus retiros (no sé cómo llamarlos) en Ocumare de la Costa, donde reunía jóvenes que buscaban los principios, el sentido de lucha, la formación. Y yo creo que desde el punto de vista de la preocupación política, el padre Manuel Aguirre enfrentó su labor especialmente a eso, hacia la formación. Y la formación, desde luego, no versaba principalmente sobre la problemática política sino sobre la problemática social. Tengo el testimonio de muchos muchachos, de los que estuvieron en Ocumare de la Costa, de que recibieron allá un baño de preocupación intensa por la realidad social del país. De manera que, por un lado, el sembrar la semilla de la preocupación social en los futuros sacerdotes; por otro lado, sembrar la semilla de la preocupación social en futuros dirigentes políticos, creo que eso constituye dos aspectos fundamentales de la labor que realizó dentro de su campo específico el padre Manuel Aguirre.

De allí derivó al campo laboral. No sé si llamarlo, por lo menos al comienzo, el campo sindical, el Círculo Obrero de Caracas,

a semejanza de otros círculos obreros que había fundado el jesuita Bentano en el Brasil. Tenía una naturaleza especial, que no era sindical, que tenía un contenido social y se orientaba también a la formación de dirigentes obreros; y de allí surgió CODESA, Confederación de Sindicatos Autónomos, que indudablemente era su gran ilusión y cumple un gran papel dentro de la vida laboral de Venezuela. Con la circunstancia de que su anhelo, desde luego, había sido llevar a la dirigencia y a la masa trabajadora en general las ideas fundamentales que son las que coinciden con la doctrina social de la Iglesia Católica y que trataban, sin lograrlo sino muy parcialmente, extraer, separar, la acción sindical de la acción política. Algunas veces discutíamos y yo le decía: —Padre Aguirre, ¿pero ud. no se da cuenta que cuando le dice a sus obreros que no militen en partidos políticos, le hacen caso los copeyanos, y se salen de COPEI, pero no le hacen caso los adecos, ni los comunistas, que siguen militando en sus partidos? De manera que el negocio es muy malo para nosotros —le añadía— porque el apoliticismo se convierte más bien en una acción contra la orientación política social cristiana.

Pero en el fondo no era así, porque su propaganda doctrinal indudablemente tenía un efecto en la dirigencia, en las estructuras de CODESA y es imposible que los trabajadores que luchan por los intereses sociales de la clase obrera no sientan también una vocación política y no adopten a veces una participación efectiva dentro de la lucha política (naturalmente, en su mayoría en la corriente social cristiana).

Ahora, la figura del padre Manuel Aguirre se completa en dos aspectos muy importantes: uno, es la revista *SIC*. La revista *SIC* es quizás la única revista de pensamiento actualmente en Venezuela, o una de las muy pocas, que ha cumplido medio siglo, dentro, naturalmente, de las variaciones que el contenido humano, las circunstancias del tiempo y de lugar le han ido permitiendo a su orientación. En los primeros tiempos me pidió que yo le escribiera la *Vida Nacional*, una vida nacional bastante aséptica, con la preocupación de no meterle demasiado a la controversia política, pero que más o menos

reflejara lo que sentíamos, lo que pensábamos al respecto de esos tiempos. Y quizás como una consecuencia misma de la fundación de SIC, la fundación del Centro Gumilla, con la base de un legado, de una herencia muy importante de un antiguo y controvertido diplomático venezolano para que sirviera de escena a estas actividades.

El padre Aguirre fue una figura realmente importante. Una figura proyectada hacia la multiplicación de la preocupación y del esfuerzo. Una figura abierta. Además, un hombre de gran inteligencia pero al mismo tiempo de un gran corazón. No era un lógico frío, sino alguien que sentía profundamente las cosas en las cuales estaba vinculado; y su gente, es decir, sus obreros de CODESA, le profesaron un verdadero afecto, un afecto casi veneración y gratitud.

A mí me pidieron que hablara hoy de la *Rerum novarum* en el pensamiento social del padre Manuel Aguirre. En su librito, que fue escrito sin pretensiones de texto documental amplio, sino con el objeto de que sirviera de orientación y sobre todo de orientación para sus círculos de estudios, para sus reuniones con obreros, con estudiantes, con jóvenes, indudablemente señala a la *Rerum novarum* y a la *Quadragesimo anno* (que era la otra encíclica que había salido para entonces) como la fuente del pensamiento social católico. Pero en el librito hay cosas muy interesantes. Quisiera señalar algo en que coincidimos, en la introducción de mi libro sobre *Derecho del Trabajo*, que es de 1939, y en el libro del padre Aguirre; en algo que no es un descubrimiento pero que no se debe olvidar: que la doctrina social de la Iglesia no es una creación arbitraria de León XIII, ni se inicia solamente con los análisis de luchadores religiosos, sociales y políticos que precedieron a la *Rerum novarum*. Hay un libro de De Gasperi que se llama *El Tiempo y los Hombres que antecedieron a la Rerum novarum*; pero hay algo mucho más atrás: que la doctrina social de la Iglesia no es sino la doctrina tradicional del cristianismo, adecuada a las cosas nuevas (*rerum novarum*), a las circunstancias nuevas que se planteaban en el mundo. Dice el padre Manuel Aguirre: “León XIII y Pío XI no necesitaron ni crear nuevas doctrinas ni violentar la vieja

tradición escolástica para redactar sus conclusiones modernísimas. *Rerum novarum* y *Quadragesimo anno* no son más que la aplicación a las necesidades modernas de la doctrina tradicional de la Iglesia. Vieja y perenne doctrina, vaciada en moldes modernos” (...) “*Rerum novarum* y *Quadragesimo anno*, con algunas notas de la encíclica *Divini Redemptoris*, contra el comunismo, serán los documentos pontificios en que hemos de basar la solución católica al problema social moderno” (...) “La *Carta del Trabajo* adoptada por el Tratado de Versalles, como norma directiva del *Bureau International du Travail*, está calcada en las enseñanzas sociales de la *Rerum novarum*”.

Realmente, creo que esto tiene importancia porque también la doctrina política de la democracia cristiana hunde sus raíces en la doctrina tomista. He revisado las enseñanzas muy clásicas, muy académicas, muy brillantes, muy apasionadas, de Caracciolo Parra León en la Historia del Derecho, la Filosofía del Derecho y los Principios Generales del Derecho: la concepción del régimen político, la voluntad del pueblo como norma, la idea de los derechos fundamentales que emanan de la misma naturaleza humana, creo que son la mejor fuente y no por ello nos debe sorprender que Maritain, que ha sido el gran renovador en el pensamiento de la democracia cristiana haya sido al mismo tiempo un tomista, un reactivador y modernizador del pensamiento de Santo Tomás. Por supuesto que no solo Santo Tomás sino también de los clásicos españoles, en estos días tal vez un poco olvidados, aunque quizás los centenarios que se acercan puedan darles una mayor actualidad; los juristas-filósofos españoles del siglo XVI, Mariana, por ejemplo, Suárez, Vitoria que indiscutiblemente trazaron normas muy fundamentales y muy actuales, que vienen a orientar en este tiempo a un pensamiento recto que no es ni socialista ni liberal, que es el pensamiento cristiano auténtico para la solución de los problemas.

Pues bien, el padre Manuel Aguirre hizo el esfuerzo de sintetizar en breves páginas, muy claras, con una modesta bibliografía, lo que es la doctrina social católica. Justamente destacó la importancia

de la *Rerum novarum* y de la *Quadragesimo anno*. La *Quadragesimo anno* había salido en 1931, cuando él estaba en Europa, ausente de su país, de España, en medio de una contradicción profunda y, realmente, cuando uno vuelve a leer a través del tiempo, a los cincuenta años, la encíclica de Pío XI se encuentra párrafos verdaderamente maravillosos. En aquel momento, en que la avalancha fascista salía de Italia y tenía discípulos en Alemania, en Austria y en todos los países de Europa (en Inglaterra también), la luminosidad, la claridad con que expone sus ideas en la *Quadragesimo anno* llama poderosamente la atención.

Creo, pues, que en el centenario de la encíclica *Rerum novarum*, que ha actualizado ahora su santidad Juan Pablo II con la encíclica *Centesimus annus*, mucho se debe hacer para buscarle nuevos rumbos a ese pensamiento profundo. El pensamiento social tiene en estos días abundante literatura al respecto, especialmente en las grandes encíclicas que en diversos 15 de mayo fueron saliendo después de la *Quadragesimo anno*: la *Octogesima adveniens*, la *Mater et magistra*, la *Populorum progressio*, (que salió más bien en marzo), la *Pacem in terris*, y la *Laborem exercens* del papa Juan Pablo II: en ellas se encuentran testimonios que no son de mera cortesía para León XIII, sobre la vigencia actual de los principios fundamentales. Porque es indudable que la *Rerum novarum* no cubre muchos campos. Incluso, hemos oído decir que contempla más el panorama europeo, el panorama de la revolución industrial que campeaba en los países de Europa y en su primera proyección no llega plenamente a la realidad latinoamericana. Se llegó a publicar aquí en *La Religión*, en una nota editorial que posiblemente escribiera nada menos que monseñor Juan Bautista Castro, que nosotros afortunadamente no teníamos la cuestión social y que la encíclica en cierto modo no nos llegaba porque aquí no se había presentado el movimiento socialista que se había producido en Europa. Pero al pasar el tiempo se fue viendo que ese documento, con una construcción perfecta, traza la fundamentación precisa para la doctrina social, con elementos tales

como la dignidad humana del trabajador, la primacía del trabajo sobre el capital, la característica del salario, que no es el pago de una mercancía sino la dotación indispensable para la defensa y sostenimiento de la persona humana y de la familia del trabajador; es decir, una serie de normas esenciales en una posición que reitera su santidad Juan Pablo II en su reciente encíclica, de una necesaria armonía entre el capital y el trabajo, difícil de lograr pero indispensable porque como dice León XIII “ni el capital puede subsistir sin el trabajo, ni el trabajo sin el capital”.

El haber traído la *Rerum novarum*, que en cierto modo hace su aparición en Venezuela hacia los años treinta (creo como los colombianos que es correcto el plural, como en inglés: *the thirties*), cuando aparece la *Quadragesimo anno* (antes, ni en los colegios católicos ni en la opinión general se le daba tanta importancia ni tanta divulgación, a las encíclicas pontificias) da curso a una preocupación social, y es importante ya en los años finales del gomecismo, en los cuales cualquier afirmación podía dar lugar a una reacción policíaca del régimen, que era de un hermetismo feroz, y que quien no vivió entonces no es capaz de imaginar, por más de que lea las descripciones que se hagan. El padre Ugalde leyó párrafos de una carta del padre Iriarte para el padre Aguirre, en que hace referencia a mí. En realidad, un joven peruano, amigo mío, en Roma, me escribió una carta en que decía: “tenemos que prepararnos para la hora del heroísmo”, “tenemos que asaltar el magisterio”, y estas dos frases parecieron una consigna revolucionaria, un complot tremendo y fue a buscarme la policía secreta. Tuve la suerte, según ellos dijeron después (el prefecto de Caracas lo dijo a mi padre), de que me llevaran primero a interrogar, porque generalmente el sistema era llevarlo primero a uno a La Rotunda y después de que se aclimatara ahí empezaban los interrogatorios. Pero con la circunstancia más curiosa, de que de entonces en adelante yo no recibí una carta del exterior y las cartas mías tampoco llegaron a sus destinos. Supe con el tiempo que las tenían allá, guardadas en el Palacio de Miraflores.

Bueno, estos recuerdos... quizás son importantes porque el que no tiene una visión clara de los hechos antecedentes a veces no tienen suficiente lucidez para comprender las circunstancias actuales. Pero no quiero terminar estas palabras sin insistir en que un homenaje de reconocimiento al padre Manuel Aguirre es un deber de la conciencia cristiana venezolana. Fue un hombre que renunció a lo que más podía envanecerlo en la vida, a ocupar la Cátedra de la Historia de la Iglesia en la Universidad Gregoriana de Roma, la más importante de los jesuitas en el mundo, por venir a trabajar aquí y después de haber estado trabajando con sacerdotes, o futuros sacerdotes, con dirigentes o futuros dirigentes políticos, escogió trabajar con los obreros, donde realizó una labor que perdura, que quizás no llegó a tener las dimensiones que merecía por su propia significación y por su propia autoridad, pero que indudablemente está vigente: con él, con su figura, con su recuerdo y con una obra que indudablemente se ha multiplicado en el tiempo y como el grano de mostaza tiende a multiplicarse más y más.

Me siento muy complacido de que me hayan dado la oportunidad de expresar ante un auditorio tan calificado estos sentimientos de afecto, de respeto y de admiración que tuve, tengo y conservo para ese excelente amigo, gran educador, y sobre todo cristiano profundamente preocupado por la realidad social de Venezuela, que fue el padre Manuel Aguirre.

Imagen de Pedro Pablo Barnola*

Fue cruel el año de 1986 arrebátándonos gente que teníamos hondamente sembrada en nuestros corazones. Al despuntar enero, una de las primeras cifras cobradas por la muerte fue, precisamente, Pedro Pablo Barnola, académico, maestro, humanista, patriota y (denominador común de todas estas cosas) sacerdote. Fue su vida entera la de un hombre de Dios; y al acercarse al fin de su existencia, parecía ya anhelar el paso a la eternidad. Cuando por última vez le visité, acababa de cumplir la orden médica de hacer un sencillo ejercicio caminando por el corto pasillo de la clínica: me dijo que el esfuerzo había sido para él como si hubiera remontado el Ávila. Su generoso corazón no soportaba más el peso de su magro cuerpo. Había vivido intensamente para servir a Dios y al prójimo, le había ofrecido a Aquel sus penas, que eran hondas, y consideraba llegado el tiempo de que el Señor lo recibiera en su seno.

* Discurso en el acto de colocación de un busto del Pbro. Dr. Pedro Pablo Barnola, en el Palacio de las Academias, Caracas, 12 de enero de 1987.

Pedro Pablo Barnola ha sido una de las personalidades más brillantes y fecundas de la Compañía de Jesús en Venezuela. Nació en Caracas el 26 de junio de 1908, hijo de Pedro Barnola y de Antonia Duxans. Cursó estudios en el Colegio San Ignacio. En mayo de 1925 viaja a España para ingresar al Colegio de Loyola. En 1932 recibe el título de doctor en Filosofía por la Universidad Católica de Lovaina en Bélgica. Viene a Caracas y enseña en el Colegio San Ignacio de 1933 a 1935. Viaja luego a Estados Unidos para estudiar Teología en la Universidad de Santa Clara en California. Se ordena sacerdote el 15 de junio de 1938. Regresa a Venezuela donde ocupa el cargo de prefecto y profesor en el Colegio San Ignacio (1940-1952). Dirige la revista *SIC* desde 1948 hasta 1953. Doctor en Filosofía y Letras por la Universidad Javeriana de Bogotá, es desde 1954 hasta 1958 rector de la Universidad Católica Andrés Bello. Por su oposición a la dictadura, fue detenido por la Seguridad Nacional en noviembre de 1957 y sometido a régimen de presentación.

Recibido como individuo de número en la Academia Venezolana de la Lengua en 1952, la preside de 1967 a 1975, condición en la cual organizó el VI Congreso Internacional de las Academias de la Lengua celebrado en Caracas en 1972. Miembro de la Comisión Asesora para la edición de las *Obras completas* de Rafael María Baralt, publicadas en 1964, colabora en la comisión editora de las *Obras completas* de Andrés Bello. Entre 1968 y 1973 fue rector de la Iglesia de San Francisco. Columnista del diario *El Nacional*. Recibió el Premio Nacional de Literatura (mención investigación y ensayo) por su libro *Afirmaciones de cultura* (1973). Entre sus obras pueden mencionarse: *Eduardo Blanco, creador de la novela venezolana: estudio crítico de su novela Zarate* (1963); *A propósito* (1965); *Al encuentro de Bolívar* (1970); *Altorrelieve de la literatura venezolana* (1970); *Estudios sobre Bello* (1970). Horacio Jorge Becco preparó una bibliografía del padre Barnola (1935-1985), publicada por la Universidad Católica Andrés Bello (1986). A los setenta y ocho años, fallece en Caracas el 8 de enero de 1986.

Dio ejemplo de pureza, de rectitud y de sinceridad. A los diecisiete años decidió ingresar como novicio a la Compañía de Jesús. Venía de una ejemplar familia: un padre dedicado al trabajo y una madre consagrada al hogar. Vivían una profunda religiosidad. Eran siete hijas y dos hijos: el menor de estos, José (mi compañero de colegio, mi médico y mi amigo) fue respetado como positivo valor de la ciencia venezolana. Cuando Pedro Pablo resolvió hacerse religioso, esto fue una prueba severa para sus progenitores. Don Pedro, especialmente, tuvo que superar el impacto demostrando entereza aunque mucho le costaba su ausencia ya que —como el mismo Pedro Pablo diría en una entrevista que salió publicada después de su muerte—, puesto que era el mayor de los hijos varones “era como su esperanza”.

La Compañía de Jesús y Venezuela fueron los grandes amores de su vida. Ningún esposo amante y fiel podría haberlo superado en fidelidad y amor por la Orden a la que consagró su existencia. Era el primer jesuita venezolano, después de siglo y medio de la Real Orden de Carlos III, que sacó a los jesuitas de sus dominios. En la referida entrevista, Barnola dijo: “Primero que todo soy y me presento como sacerdote jesuita”.

Por la Compañía sufrió penas y soportó dolores. En su condición de jesuita le tocó experimentar por primera vez lo que significa el exilio. Porque, después de sus primeros estudios en Loyola y en Oña, tuvo que salir para continuarlos en Marneffe, en Bélgica, por la errada decisión de la República Española que, basándose en el artículo 26 de su Constitución, declaró en enero de 1932 disuelta la Compañía y nacionalizados sus bienes y decretó: “Los religiosos y novicios de la Compañía de Jesús cesarán en la vida común, dentro del territorio nacional, en el término de diez días de la publicación del presente decreto... Los miembros de la disuelta Compañía no podrán en lo sucesivo convivir en la misma casa en forma manifiesta ni encubierta, ni reunirse o asociarse para continuar la extinguida personalidad de aquella”.

En Caracas lo encontramos en 1935 publicando *Las cien mejores poesías líricas venezolanas*, en cuya presentación dice: “No hemos querido hacer distinción alguna entre las diversas escuelas literarias, sino con sano eclecticismo insertamos las páginas de positivo mérito, vengan de la escuela que vengan”. Para 1976 este indispensable librito, inspirado en el de Menéndez Pelayo *Las cien mejores poesías (líricas) de la lengua castellana*, llevaba cinco ediciones. Publica también, en 1935, un trabajo premiado, sobre la Santa Sede y las Naciones Hispanoamericanas.

El mismo año sale para California. En Alma College, de la Universidad de Santa Clara, hace su licenciatura en Teología. Se ordena sacerdote. Hace su tercera probación en Boston. Obtiene el doctorado en Filosofía y Letras en la Universidad Javeriana, de Bogotá, en 1954, con una tesis: *Eduardo Blanco, creador de la novela venezolana, estudio crítico de la novela Zarate*.

Vuelto a Caracas, enseña en el Colegio de San Ignacio. Es prefecto de estudios. Su propósito dominante es fomentar en los alumnos el sentido de responsabilidad y el patriotismo, el amor a Bolívar, a Bello, a los próceres militares y civiles de la Independencia y la República. Lo mismo hará después en la universidad. Por ello, al imponerle el grado honorario de doctor en Derecho, el rector de la Universidad Católica Andrés Bello, Guido Arnal, que había sido discípulo suyo, afirmó: “De él hemos aprendido lo que debe ser un venezolano integral”.

Esta preocupación, “decidida e inmovible” como diría también el mismo Arnal, era nota constante en todas sus actividades. Así lo fue en la tertulia que se ha ido estableciendo cada sábado en la casa de Pedro Grases (Quinta Villafranca de La Castellana) a la que han asistido destacados personajes de las letras y de la vida venezolana.

Mientras tanto, su actividad académica es intensa. El 8 de octubre de 1951 es electo individuo de número de la Academia Venezolana de la Lengua, correspondiente de la Real Española para suceder a monseñor Rafael Lovera Castro en el sillón “endiablado”

que originalmente ocupó Antonio Leocadio Guzmán. En el discurso de incorporación, el Día de Bello de 1952, trató sobre “Andrés Bello en los escritos de Menéndez Pelayo”. Sincero hispanista, a fuer de venezolanista apasionado, no es extraño que hubiera fortalecido su admiración por Bello a través de los juicios del insigne don Marcelino, a quien dedicó sesudos ensayos en la ocasión de su centenario.

En 1965, en Madrid, con motivo del centenario de la muerte de Bello, disertó sobre “Andrés Bello y la cultura hispánica”. Ese hispanismo fue también aliento para su sentir latinoamericano: ello explica el que escogiera como tema del discurso de orden en las bodas de plata sacerdotales del nuncio Armando Lombardi, el de “Raíz y sustancia de la civilización latinoamericana”.

Por otra parte, escribe importantes estudios sobre nuestros orígenes y acontecimientos históricos. Por encargo del doctor Cristóbal L. Mendoza redacta, en 1960, el estudio preliminar de los *Textos oficiales de la Primera República de Venezuela*, con que se inicia la colección del Sesquicentenario de la Independencia, de la Academia Nacional de la Historia. En su libro *Senderos de patria*, editado en 1979, se recogen hermosos discursos de profundo contenido patriótico, algunos de ellos pronunciados en Lima, Curazao o diversas poblaciones de Venezuela. Uno de ellos en el Parque Canaima, frente al Salto Ángel, compara la cascada, hablando al padre de la patria, con “la inmensa cola de tu caballo, que no otra cosa parece semejar con su larga, esbelta y continuada ondulación esa catarata, la más alta del mundo, ese Churún-Merú”. También publicará en 1979 el volumen *Entonces dije*, en 1981 *Tiempo logrado* y en 1982 *Otras páginas*, repletos de interesante material.

Simultáneamente, se esfuerza en cumplir un papel que no ha tenido siempre en Venezuela toda la significación e importancia que requiere: la de crítico literario. Repudia el oficio de gacetillero, le choca el mutuo bombo y le molesta el incienso fuera del altar. Escribe en la revista *SIC*, a la que entrega unos cuantos años de trabajo como colaborador y director, sobre las producciones literarias que iban

apareciendo. Sus artículos tienen como característica fundamental la seriedad y la sinceridad. No estaban hechos de carrera, a través de festinadas lecturas y de informaciones de segunda mano: tampoco los motivaba el deseo de granjearse simpatías o de aplaudir por aplaudir y silenciar lo que en su concepto se debía censurar. En el prólogo de sus *Estudios crítico-literarios* (Editorial Cecilio Acosta, 1945), dijo el doctor J. M. Núñez Ponte: “El Padre Barnola es maestro excelente de literatura que, guiado por una dialéctica clara y firme y una psicología honda, penetra sin dificultad a lo interior, analiza y juzga con sereno consejo, alaba con discreción y sin mezquindad, y amonesta o castiga sin virulencia”. Por supuesto, en el Barnola crítico hay siempre una visión del aspecto ético de las obras que analiza y ello es connatural a su propia formación. Al hacerlo, así como al juzgar la parte propiamente artística de la obra demuestra impresionante valentía.

Dentro de esa función, es perenne y creciente su admiración y afecto hacia Andrés Bello. En una carta desde California, con motivo de mi ensayo biográfico del sabio, ya me decía estar “chiflado” por el incomparable maestro. Hemos dicho que en su discurso de incorporación académica lo enfocó a través de Menéndez Pelayo. En 1953 habló a los estudiantes del Colegio de San Ignacio, un día de Bello, sobre la “historia de su gran ausencia y de su gran amor”. En 1957 disertó en la Asociación de Escritores de Venezuela, el 29 de noviembre, sobre el “bellismo que necesitamos”. Estos y otros *Estudios sobre Andrés Bello* fueron recogidos en volumen de la colección *Vigilia* del Ministerio de Educación en 1970: entre ellos, el magnífico prólogo que preparó para el tomo II de las *Obras completas* editadas en Caracas por la comisión que tuve el inolvidable honor de presidir, sobre los *Borradores de poesía*, que constituyen una de las novedades que enriquecieron esa nuestra colección de un modo extraordinario. El prólogo fue también reproducido en hermoso volumen editado por la Fundación Eugenio Mendoza con el título *Silvas americanas*.

Admirador de Rafael María Baralt, escribió el prólogo de sus *Poesías*, tomo IV de las *Obras completas*, editadas por la Universidad

del Zulia, con asesoría de una comisión de la cual Barnola formó parte. En 1970 compiló y publicó un repertorio de *Poesía sucrense*. Y en materia de novela, dentro de su rica contribución al conocimiento y evaluación de este género en la literatura venezolana, recogida mayormente en las dos series de *Estudios crítico-literarios* se destacan su reivindicación de Eduardo Blanco como el iniciador de la novela vernácula y su admiración ferviente por Rómulo Gallegos y por Teresa de la Parra. Por cierto, al salir publicada *Sobre la misma tierra*, una de las últimas novelas galleguianas, le hizo un análisis saturado de entusiasmo y de observaciones técnicas y la calificó como “mejor que *Doña Bárbara*”. Con todo el respeto que me merece su autorizado criterio y sin otra credencial que la de lector devoto de Gallegos, me atrevo a confesar que, para mí, no obstante los grandes méritos de *Sobre la misma tierra* o los de *Cantaclaro* y *Canaima*, *Doña Bárbara* sigue siendo, no solo la mejor de Rómulo Gallegos, sino la mejor novela venezolana.

Uno de los últimos artículos críticos del padre Barnola fue para *La piedra que era Cristo*, de Miguel Otero Silva. Su estupendo y muy sentido elogio, fue a la vez que el dictamen del crítico literario, el desbordamiento de su corazón de amigo y de cristiano.

Juan Arcia, Mario Briceño-Iragorry (a quien llamó “caballero de la pluma”), Luis Eduardo Henríquez, Alberto Arvelo Torrealba, Héctor Guillermo Villalobos, así como Tulio Febres Cordero, J. M. Núñez Ponte, son apenas algunos de los muchos nombres que deberíamos enumerar, pues viven en las páginas de Pedro Pablo Barnola; y con ellos, José Fernández Madrid, y José Joaquín Olmedo, o Pedro Henríquez Ureña, a los cuales lo llevó el culto a Bello, por la amistad de este con los dos mencionados poetas, colombiano y ecuatoriano, y por la veneración que hacia él tuvo el humanista dominicano, en cuyo haber reivindicó Barnola la primera mención de Andrés Bello como el libertador artístico de nuestro continente. Deberíamos también mencionar al peruano José Faustino Sánchez Carrión, a quien llegó por su pasión bolivariana, y de quien se dijo que solo había sido

dominado “por una clase de ambición: la de aventajar a todos en la práctica del bien”.

En 1953, Pedro Pablo Barnola recibió el Premio Municipal de Prosa. Fue director de la Academia de la Lengua por casi un decenio, de 1967 hasta 1976. En cierto modo, llenó para la corporación el vacío que había dejado el egregio doctor Núñez Ponte; muchos vieron en él algo así como al padre Félix Restrepo venezolano. Fue presidente del Colegio de Humanistas y vicepresidente de la Sociedad Bolivariana de Venezuela, en la que por cierto pronunció estupendos discursos, entre ellos el de la inauguración de su nueva sede. Habló del Bolívar de la libertad y en la elocuencia de sus palabras comprobó lo que después diría: “me apasiona Bolívar”. Le dio por título *¿Por qué Bolívar?* y tomó como pie para desarrollar su tesis la evocación de la puesta de un busto del Libertador en el más alto pico de la Sierra Nevada por un grupo de jóvenes andinos.

Como director de la Academia llevó el mensaje viviente de Andrés Bello a Santiago de Chile, en el VII Congreso de la Asociación de Academias de la Lengua Española, en 1975; y habló en diversos años en el “Día del idioma”, calibrando con abundantes hechos y razones la importancia de la lengua común.

En los últimos tiempos, a través de una columna que sostenía en el diario *El Nacional*, planteaba en forma amena y pedagógica cuestiones tendientes a combatir la perversión del idioma. *Noto y anoto*, volumen que recoge por iniciativa de la Academia sus primeras cuarenta columnas, aunque fechado en octubre de 1985 vino en cierto modo a ser su libro póstumo.

Su bibliografía, por supuesto, es mucho más extensa de lo que aquí hemos pergeñado, y sería impropia de la ocasión una enumeración exhaustiva.

Lo dicho bastaría para justificar la decisión de las Academias de colocar su busto en esta casa, para perennizar su memoria. Le asistía el derecho, como académico, como humanista, como venezolano probo, de que su figura permanezca en estos viejos claustros que su

vida supo honrar. Pero hay mucho más, y es necesario referirnos, por una parte, al universitario y al demócrata, y por la otra, al espiritua- lista cristiano de honda sensibilidad.

El padre Barnola fue designado el 15 de agosto de 1955 rector de la Universidad Católica, para suceder a otro ilustre jesuita vene- zolano, el doctor Carlos Guillermo Plaza. Su rectorado fue fecundo.

El nombre de Andrés Bello, que distingue a la institución, fue debido principalmente a iniciativa suya. Durante su rectorado se crearon, además de las facultades de Derecho, Ingeniería y Far- macia ya existentes, las de Humanidades y Educación y Econo- mía, y las escuelas de Psicología, Administración, Contabilidad y Arquitectura, además de los laboratorios de Química, Biología, Microbiología y Farmacia, Resistencia de Materiales, Hidráulica y Electrotécnica.

El volumen *Entonces dije*, de 1970, recoge sus principales inter- venciones de carácter universitario; otras aparecen en *Tiempo logra- do*, de 1981.

Pero, además de lo dicho, le correspondió la insigne tarea de calificar inequívocamente a la UCAB como una institución al servi- cio de la libertad, de la justicia, de la democracia y de los derechos humanos. En emotivo y documentado discurso, el padre Herman González Oropeza hizo, el 12 de mayo de 1986, un apasionante relato de la conducta del rector Barnola entre 1957 y 1958.

1957 fue el año en que hizo crisis la dictadura derrocada el 23 de enero de 1958. El 1° de mayo emitió el inolvidable prelado mon- señor Rafael Arias Blanco, tan infausta como prematuramente des- aparecido, aquella célebre Carta pastoral, redactada en su borrador original por el después obispo de Maracay, hoy dolorosamente falle- cido también, Feliciano González Ascanio, que sacudió los ánimos de los venezolanos e inició el proceso que culminaría el 23 de enero. Ante el peligro y el temor, el padre Barnola tomó una actitud abier- tamente solidaria con la del arzobispo y todo lo que ella suponía, en la exposición y defensa de los principios.

En la apertura del año académico, el 1° de octubre, dijo el rector, después de citar a un viejo pescador que afirmaba que “el primer temporal prueba cómo será la barca”: “La Universidad, digámoslo así, debe ensamblar y calafetear al joven para que esté en capacidad de adentrarse a alta mar en la vida de su tiempo y de su patria; y para que llegado el primer temporal en uno u otro orden de sus actividades, sepa sostenerse imbatido en sus principios y firme en sus responsabilidades”... “Hombres de principios macizos bien asimilados, y hombres de voluntad responsable y auténticamente varonil, a los que ni venza el halago ni corrompa el dinero o el puesto público, ni se debiliten ante los maretazos del temporal, son los que por encima de todo otro adelanto o prosperidad material hacen la grandeza de la patria y le aseguren el máximo de bienestar y armonía a todas las clases de la sociedad”.

Después, dio facilidades a los profesores que tenían el coraje de enfrentar la situación. Dirigió un valiente telegrama al dictador reclamando la libertad de quien aquí habla, “a los tres meses de lamentabilísima y severa prisión”.

Arreció la tormenta. La reacción fue inmediata. Se buscó amedrentarlo. Se le aplicó un sistema especial de restricción de la libertad: lo buscaban en la mañana para llevarlo a la *Seguranal*, lo sentaban en cuartos que se usaban para interrogatorios y lo dejaban salir en la noche para volverlo a buscar el día siguiente. Con sorna lo calificaban de “preso semi-interno” y hablaban un lenguaje especialmente adoptado para asustar al “cura”. “No me amedrentaban, todo lo contrario —diría después Barnola—, era un signo para mí de gloria: por encima de todo mi carácter sacerdotal”.

Sus superiores no supieron darse cuenta del gran rol que él estaba cumpliendo. Cedieron a la presión de separarlo de hecho del rectorado y enviarlo para Barquisimeto. Él sabía que estaba “jugándose el todo por el todo”. Y respecto al “exilio de silencio”, supo dar lo que el padre González Oropeza califica de “formidable ejemplo de silencio y obediencia, cuando los que no le comprendieron lo relegaron del gobierno de la UCAB”.

Al volver lo recibieron, profesores y estudiantes, como el héroe que había encarnado su momento histórico. Pronunció un inolvidable discurso de graduación de los primeros abogados de la UCAB, el 2 de setiembre de 1958.

“Vosotros, queridos graduados, tenéis en el presente caso un motivo y un estímulo que han de servir mucho para observar siempre una conducta cívica y responsable. Porque precisamente os tocó estar en tareas estudiantiles en momentos en que la patria marchaba por un camino vergonzoso de opresión y dictadura, y reclamaba de todos sus hijos una actitud digna y valiente que se enfrentara ante aquella situación de ignominia”.

“Y en aquellos momentos críticos, cuando todo podía creerse como perdido, y parecía reinar doquiera un conformismo vil o al menos una amenazante indecisión, de pronto surgió el ejemplo dignificador y generoso; pues como bien lo recordamos todos con indisimulable emoción, en un momento heroico esta Alma Mater universitaria, unida toda como en un solo corazón y una sola voluntad en sus autoridades, profesores y alumnos —y si acaso hubo alguna excepción, no es del caso tomarla en cuenta—; esta universidad digo, haciendo honor a su nombre y a la misión educativa que le corresponde, supo comportarse con la valentía y decisión que reclamaban los trágicos momentos que vivía la patria. No hubo temores ni vacilaciones; sin imprudencias, pero también sin cobardías, estuvimos prontos a jugarnos el todo por el todo. Y si este todo que se ponía en juego era la vida misma del instituto, no temimos por su desaparición momentánea o temporal, pues sabíamos bien que la vida de las universidades no se cuenta por años sino por siglos, y que por graves que fueran las circunstancias del presente, al fin los hombres pasan, ¡pero las instituciones quedan!”.

“No temimos jugarnos el todo en un momento crítico de deber muy honroso para con la patria y para con la Iglesia, porque sabíamos que si estas puertas se cerraban y estos muros quedaban abandonados y silenciosos por un tiempo, sería emocionante que si

andando los años algún transeúnte o viajero al ver la casona cerrada preguntase la causa, poder con la frente muy alta y la voz muy firme decirle que los que entonces procedimos sin temor al cierre fue porque estábamos convencidos de que hacíamos más por la patria y por la Iglesia si conservábamos íntegro el honor sin Universidad Católica, que si se conservaba abierta una ¡Universidad Católica sin honor!”.

Fueron largos y prolongados los aplausos. La batalla se había ganado a fuerza de decisión y dignidad. Estuvieron recompensados los sufrimientos de nuestro personaje. Después, por otras causas, se vio obligado también a dar muestras de la misma entereza, en los artículos que publicó en *La Religión* en enero de 1978, con el título “Cada palo que aguante su vela”. Se vio obligado a decir con claridad, aunque sin imprudencia, lo que tenía que expresar. Y responder a los que “recurren al simplista cuanto ofensivo expediente de desacreditar todo lo hecho en años anteriores”.

Quiero, por otra parte, hacer mención de textos inéditos que revelan el profundo sentir espiritual del ser humano a quien estamos rindiendo este homenaje.

Una es una carta que me escribió el 21 de octubre de 1962 desde Roma, adonde había ido por primera vez y por cierto, para observar la marcha del Concilio Ecuménico Vaticano II. “El concilio —me dice— ha entrado de lleno en sus tareas. Es ahora la labor de colmena, en cada comisión. Y cada una de estas, cual pequeños concilios, laboratorios de estudio, es muestra admirable de ecumenismo. Aquí anda visible, en los hechos, el Espíritu Santo, por sobre cualquier pequeñez que los hombres pudieran tener. Y aun estas no han aparecido en ninguna forma egoísta: sino —cosa admirable— en un plan de preocupación pastoral y sobrenatural”.

“El Padre Santo —(Juan XXIII, por supuesto)— es un gran jefe espiritual; Dios supo escoger su vicario para tan trascendental concilio; su innata bondad no es bonachonería de anciano, ¡qué va!, es el gran resorte psicológico que aúna voluntades y las lleva a su fin” (la

expresión “¡qué va!” pone una nota de caraqueñismo en el interesante análisis).

Y en la misma carta hay esta bellísima manifestación: “Ya con los días que llevo aquí, no es solo ver tanto, tan sagrado y bello, como ofrece Roma: ni solo la ocasión solemne del concilio, lo que me hace el viaje provechoso; es lo mucho que en pocos días he aprendido en el trato con personalidades de los puntos más disímiles del globo, con quienes descubre uno panoramas que ni sospechaba, en cosas tan esenciales como la vida de la Iglesia, la siembra del Evangelio, y los problemas peculiares dentro de la esencia filosófica y social de esas naciones surgidas casi de repente a la vida autónoma e internacional. Qué cosas tan nuevas sobre África e India, por ejemplo, he podido conversar con obispos y sacerdotes de tales regiones. Es impresionante la fecundidad de la Iglesia, tras la obra misionera, en la jerarquía africana. Solo el ex-Congo belga tiene casi doble episcopado que Venezuela. Nada cabe decir en una carta, de todo esto. Pero en estos días es materia muy interesante de mis pensamientos”.

Y no quiero terminar sin hacer referencia a algo muy particular. El padre Barnola tuvo la generosidad de aceptarme, con todo y su alta jerarquía de director de la Academia de la Lengua, el cargo de capellán de la Presidencia de la República. Con tal carácter le correspondía participar en la bendición de obras o instituciones para las cuales se había ofrecido la asistencia presidencial y observábamos la inadecuación de fórmulas rutinarias. Oigámoslo a él mismo: “Durante el ejercicio de la Presidencia de la República sugirió el doctor Rafael Caldera al Servicio de Capellanía la conveniencia de contar con un elenco de oraciones litúrgicas apropiadas a las bendiciones públicas y oficiales que a menudo se ofrecía hacer en circunstancias diversas de objeto y de lugar. Secundando aquella sugerencia y con la participación personal del propio señor presidente, se ha preparado el presente elenco, cuyos textos más adecuados a los casos más generales de tales bendiciones, puedan fácilmente adaptarse, con leves cambios, a otros parecidos y resultar así de más amplia utilidad

práctica. Se ha procurado, conforme al espíritu de la actual liturgia, hacer la referencia evangélica apropiada, como también la indicación de sentido escatológico que debe regular toda la vida cristiana. Ojalá que estas preces sirvan para facilitar ese bello acto, tan tradicional y significativo, de bendecirlo todo, que nuestro pueblo mira con tan sencilla devoción cristiana, y al cual puede unirse con toda facilidad dado el providente uso que ahora hacemos de la lengua vernácula en estas actuaciones rituales”.

No pretendo —sería inoportuno— transcribir todas las oraciones contenidas en el *Elenco*; pero pienso que al menos dos pueden servir para mostrar los profundos sentimientos que albergaba su alma. Por ejemplo, debía decirse para bendecir una escuela: “Dios, que con tu palabra todo lo iluminas y con tu presencia todo lo santificas, concédenos que por mi intercesión entre tu luz en esta casa destinada a la educación de los niños y permanezca siempre tu presencia, a fin de que quienes aquí enseñan lo hagan inspirados en el mandato de Tu Hijo Jesucristo: ‘Id y enseñad a todas las naciones’ y animados por el afán de la Verdad, por el Bien, el Amor y la Justicia, para que las mentes de los niños que aquí concurren adquieran los conocimientos que les permitan progresar, ser útiles a sí mismos y a sus semejantes y para que sus corazones se formen con recta intención en el amor al prójimo y a la solidaridad social. Protege, Señor, de todo peligro a quienes aquí trabajan, estudien y moren, líbralos de todo mal, tanto en el orden corporal como en el espiritual y bendícelos con el aliento infinito de tu nombre. Por Jesucristo Nuestro Señor”, etc.

O para bendecir un liceo u otro instituto de educación media o superior: “Dios, que con tu palabra todo lo iluminas y con tu presencia todo lo santificas, concédenos que por mi intercesión entre tu luz a esta casa, destinada a la educación de los jóvenes y permanezca en ella siempre tu presencia, a fin de que quienes aquí enseñan lo hagan inspirados por el afán de la Verdad, por el Bien, el Amor y la Justicia, a imitación del Maestro de todos, Jesucristo, Tu Hijo; y haz

que las mentes de los jóvenes que aquí estudien se abran de par en par al tesoro de los conocimientos y se estimule en ellos el deseo de investigar y de saber, así como el dominio de la técnica y de los procedimientos inventados por el hombre para ponerlos al servicio de la humanidad y para que sus voluntades se fortalezcan en el propósito de servir a la Justicia, a la solidaridad social, a la cooperación con sus semejantes y al progreso de las comunidades de que forman parte. Protege, Señor, de todo peligro a quienes aquí trabajan, estudien y moran”, etc.

El *Elenco* contiene oraciones para bendecir un edificio público (“para que quienes aquí trabajen y moren estén siempre inspirados por la voluntad de servir a la comunidad, buscar la verdad y la justicia y obrar con rectitud”), un banco, un negocio u otra entidad de carácter económico (“que recordando las enseñanzas de tu Hijo Jesucristo, sobre el uso de los bienes temporales, no priven en ellos el egoísmo y el afán de lucro sino el deseo de buscar tu justicia y someterse a ella”), una vía pública, un parque recreacional, un acueducto, una planta eléctrica u otro servicio público, un hospital, una clínica u otro centro asistencial, un barco, un avión u otro medio de transporte, un asilo, hogar o albergue para niños, dependencias castrenses, una biblioteca, sala de lectura o aula de conferencias, etc., un comedor, restaurante, etc., dependencias de guardianes del orden público, de la justicia y de la ley (“actúen siempre movidos por sentimientos de rectitud y a la vez guarden aquella moderación propia de los verdaderos cristianos que ven y aman a toda persona como a un hermano, aun cuando hubiese en algo faltado, a fin de ganarlo de nuevo para la vida social en el orden comunitario”), y para bendecir todas las cosas.

¿Verdad que el sacerdote que ha escogido tan bellas palabras y expresado tan elevadas ideas revela la nobleza de su corazón y la pulcritud de sus intenciones?

Ahí está retratado el corazón de Pedro Pablo Barnola. Ahí está reflejada su conciencia. Ahí está expresada la pureza de su vida. Por

ello, además de todos sus méritos como humanista, como maestro, como académico y como patriota, es más que justo el homenaje que en esta tarde le rendimos.

PEDRO GRASES*

Para un número no pequeño de venezolanos será motivo de sorpresa la noticia de que Pedro Grases se incorpora a la Academia de la Lengua. Todo el que le conoce, todo el que tiene aunque sea alguna idea de su obra debe considerarlo desde hace tiempo —y hasta me atrevo a decir: desde siempre— como un habitante de esta casa, como un individuo de número, como un ocupante por derecho propio. Prácticamente desde que llegó a Venezuela, hace ya más de cuarenta años, no hay empresa bibliográfica, no hay indagación sobre las fuentes de nuestra cultura, no hay actividad tendiente a la valorización de las grandes figuras de nuestra historia y de nuestras letras en que no esté asociado en alguna forma. Arduo trabajo, hecho con seriedad, a la vez que con una sólida formación filológica. No es él, por cierto, el único catalán que ha descollado en el conocimiento de la lengua castellana, al igual y aun por encima de muchos filólogos nativos de Castilla. Es un fenómeno muy característico de la vida española en todas partes de la península.

* Discurso de contestación en la incorporación de don Pedro Grases a la Academia Venezolana de la Lengua, 24 de marzo de 1980.

Pedro Grases González (Villafranca del Panadés, 17 de septiembre de 1909-Caracas, 15 de agosto de 2004), polígrafo español, se licenció en Filosofía y Letras y en Derecho en la Universidad de Barcelona. Colaboró en *Acció* y *Gasete de Vilafranca*, de la que fue codirector. Fue uno de los fundadores de la revista catalana de vanguardia *Helix*. En 1932 es catedrático de literatura en el *Institut Escola* y profesor de lengua árabe en la Universidad Autónoma de Barcelona. Ejerció también como abogado.

Desde la proclamación de la Segunda República Española, fue secretario del alcalde de Barcelona Carlos Pi Suñer, lo cual le permitió salvar a muchas personas al comenzar la Guerra Civil Española. Exilado en 1936, en 1937 se estableció en Caracas, donde fue profesor del Instituto Pedagógico Nacional hasta 1946, y catedrático de la Facultad de Humanidades de la Universidad Central de Venezuela desde su fundación.

Realizó importantes estudios sobre Andrés Bello, en la edición de cuyas obras completas tuvo parte decisiva. Sus estudios sobre la historia de la imprenta y sobre la bibliografía venezolana son de referencia obligada. Sus *Obras* abarcan veinte volúmenes, pero son incontables las ediciones que promovió a lo largo de su fecunda existencia. En 1976 donó su biblioteca particular, de unas 65000 piezas, a la Universidad Metropolitana de Caracas, donde puede consultarse en un edificio que lleva su nombre.

Formó parte de varias academias americanas y europeas. Recibió numerosos honores y condecoraciones, entre los cuales el título de doctor honoris causa de las universidades de Mérida, Santiago de Chile, San Marcos de Lima, Coral Gables y Barcelona. El Amherst College de Massachusetts creó en 1982 el Pedro Grases Prize para estudiantes de lengua y cultura hispánicas.

Nada menos que Jorge Basadre, el ilustre historiador peruano, dijo de él: “El gran maestro en la capacidad, en la exactitud, la minuciosidad y el rigor técnico que la verdadera disciplina bibliográfica demanda, es hoy, en América de habla hispana, el polígrafo español radicado en Venezuela, Pedro Grases, que tiene en su haber muchas contribuciones ejemplares referentes a ese país y a nuestro continente”³⁰. Solo que debemos hacer, con todo respeto, una corrección al maestro Basadre, ya que en vez de decir “polígrafo español radicado en Venezuela”, consideramos más correcto afirmar “polígrafo venezolano nacido en España”.

Nació, realmente, en Villafranca del Panadés. No he olvidado la ocasión en que me llevó por aquellos parajes para que viera su ciudad natal, para que admirara su Museo del vino, para que me acercara a su historia y a su geografía, para que compartiera con él en San Miguel de Olérdola un inolvidable “conejo al ajo” y reposáramos un rato en su casita campesina. Pero Pedro Grases es venezolano y sin Venezuela no podría entenderse su obra, ni siquiera su figura. Cuando pasa una temporada en Barcelona, no es para descansar, sino para trabajar con más tranquilidad, con menos interrupciones. Como lo dijo una crónica muy iluminadora sobre los antecedentes de Grases³¹: “De vez en cuando vuelve a Cataluña. Le gusta, claro, bañarse de nuevo en la suave luz mediterránea, oír que el pueblo conserva el viejo idioma catalán, hasta hace poco proscrito por otros golpes y limitado aun en su vuelo. Pero sin renunciar a respetables orígenes regresa a América, donde nacieron los nietos, se proyecta la obra y está atado el corazón”.

De sus antecedentes europeos guarda su veneración por gente como Milá y Fontanals, o como Carlos Pi Suñer; el recuerdo del magisterio de un Millás Vallicrosa, de Jordi Rubió-Balaguer o Pedro Urbano González de la Calle; pero fueron sus trabajos de Caracas

30 Esta y otras citas han sido tomadas del libro-compilación *La obra de Pedro Grases*, Caracas, Editorial Arte, 1976.

31 Granier-Barrera, “Pedro Grases antes de Caracas”.

los que le abonaron la amistad con su antiguo maestro don Ramón Menéndez-Pidal, con Amado y Dámaso Alonso, este último director de la Real Academia Española, o con Alonso Zamora Vicente, secretario perpetuo de la misma institución-crisol.

Vino a Venezuela, aventado por los horrores de la Guerra Civil, en 1937. Pudo haberse hecho un honorable comerciante de inmuebles, o haber fundado una empresa de construcciones, o acometido alguna de las muchas actividades que numerosos paisanos suyos, o inmigrantes de otras nacionalidades, abordaron con éxito y sin tacha; pero su vocación era la enseñanza, la investigación, la infatigable búsqueda que le vinculó indestructiblemente a los pensadores, a los escritores, a los forjadores de la historia venezolana, cuya actualización y reevaluación han sido en muchos casos resultado de sus afanes.

Cuando llegó a Caracas, mi ensayo biográfico sobre Bello, presentado, por cierto, a esta misma Academia en concurso por el Premio Andrés Bello, estaba recién aparecido, ya que fue publicado en julio de 1935. A través de ese librito surgió nuestra amistad. Una amistad sin sombras, iluminada por los infinitos resplandores de la gloria del “primer humanista de América” (como Grases se gozó en llamar a don Andrés) y renovada constantemente a través de los caudalosos motivos que nos ofrecían la vida y obra del insigne caraqueño.

Fue posiblemente él quien sugirió mi nombre a don Julio Planchart, llamado a su vez por don Rómulo Gallegos para que encabezara la nueva edición de las *Obras completas* de Bello, idea del patronato pro-estudios de Andrés Bello que Pedro Grases motorizaba en el Instituto Pedagógico de Caracas, adoptada luego por la Asamblea Nacional Constituyente a proposición de Andrés Eloy Blanco unánimemente acogida, y finalmente, por el presidente Gallegos y su ministro de Educación el doctor Luis Beltrán Prieto. La sugerencia de incluirme en la comisión editora, presidida por Julio Planchart e integrada además por Augusto Mijares, con Grases como secretario, fue apoyada por don Julio, quien la tramitó ante Gallegos. Este la

acogió con generosidad y, no obstante ser yo ardoroso vocero de la oposición parlamentaria a su gobierno, no pensé sino en aceptar. Con ello quedó abierta para siempre la vía de una amistad y trabajo en común con Pedro Grases. Fallecido don Julio Planchart, ejerciendo Mijares el Ministerio de Educación, este decidió que yo asumiera la presidencia y que Enrique Planchart fuera nombrado como el otro miembro de la comisión. Hoy, a través del decurso del tiempo, la comisión subsiste, pero solo quedamos Grases y yo. Muchas horas dedicamos juntos a decidir el nuevo plan de las *Obras completas*, a formar los nuevos volúmenes, a escoger los prologuistas y estimularlos y prestarles apoyo para el cumplimiento de sus importantes tareas, a descifrar manuscritos de Andrés Bello, a concebir y ejecutar la edición coordinada del Código Civil de la República de Chile, una de las más laboriosas fases de la labor cumplida. A corresponder con quienes en Santiago de Chile, en Bogotá, en Londres o en otros lugares podían investigar la huella bellista y enviarnos periódicamente material para incorporarlo al resultado de nuestros afanes; a realizar, en suma, una empresa bibliográfica que ha sido calificada por autorizadas opiniones como la más importante en los últimos tiempos en las letras hispanoamericanas. Día tras día, bajo la emoción de estas labores y con la colaboración de jóvenes promesas que ahora son autoridad en el mundo de las letras venezolanas, como Oscar Sambrano Urdaneta, actual director de la Fundación de *La Casa de Bello*, y Rafael Di Prisco, decano de la Facultad de Humanidades de la Universidad Central, o también, durante algún tiempo, José Santos Urriola, decano de Estudios Generales de la Universidad Simón Bolívar, o el hoy senador Valmore Acevedo Amaya; lo cierto es que la comisión, que tuvo su sede, hasta la creación de *La Casa de Bello*, en la propia residencia de Grases, se vino a convertir en centro de actividades bellistas, no solo de Venezuela, sino, podríamos decir sin temor, de todo el mundo.

La contribución personal de Pedro Grases al conocimiento de Bello es fabulosa. Una de las aventuras bibliográficas más apasionan-

tes que he conocido es su identificación del “Resumen de la Historia de Venezuela”, publicado en el *Calendario Manual y Guía universal de forasteros en Venezuela para el año 1810*, y atribuido por explicable confusión a Francisco Javier Yanes, quien lo insertó parcialmente en su *Compendio de Historia patria*. Bello-historiador fue una gran novedad para los conocedores de su figura; Grases no solo rescató en forma indubitable este fruto de la formación caraqueña de Bello, sino que pudo con razón llamar al *Calendario* “el primer libro impreso en Venezuela”.

La devoción de Grases por el Libertador, por Andrés Bello, por el precursor Miranda, por el mariscal Sucre, por don Simón Rodríguez, por Juan Germán Roscio, por Miguel José Sanz y los otros fundadores de la patria, así como por Cecilio Acosta, Valentín Espinal, Juan Vicente González, Rafael María Baralt, Lisandro Alvarado, o por Miguel Antonio Caro o Rufino José Cuervo, redondean su robusta personalidad, que se califica además por su respetuosa adhesión a Vicente Lecuna, a Julio y Enrique Planchart, a don Manuel Segundo Sánchez, a Luis Correa, a Cristóbal L. Mendoza y a tantos otros insignes compatriotas. Lo mismo lo vemos publicando los libros de “La Semana de Bello”, de la que él fuera inspirador, que colecciones como las del *Pensamiento político venezolano del siglo XIX*, emprendida de consuno con el doctor Ramón J. Velásquez, para entonces secretario general de la Presidencia de la República, o como la obra *Documentos que hicieron historia*, con la cooperación de Manuel Pérez Vila, o como otras publicaciones, de la Academia de la Historia, de la Fundación Mendoza, del Banco Central de Venezuela, o de la Fundación Vicente Lecuna, o como la colección de la Gaceta de Caracas o del Cuatricentenario de Caracas, o como el Archivo de Sucre, o como la labor cumplida en forma tenaz y persistente en la edición de los *Escritos del Libertador*. Lo mismo se ha ocupado de la historia de la imprenta y del periodismo, que de la divulgación del original del Discurso de Angostura, con anotaciones del propio Bolívar. Son numerosas sus conexiones con historiadores

e investigadores de este y del otro continente, y todo lo mueve su trabajo, en verdad incansable, sin el cual no sería posible explicar su rica y abundante producción, que para ser recogida en la edición que se prepara de sus *Obras completas* va a demandar el número respetable de catorce tomos.

Pedro Grases se levanta en plena madrugada. Es habitual su diario deslizarse por las calles de nuestra congestionada capital, libres a esas horas de tránsito, para despachar, antes, en la Casa Natal del Libertador, o ahora, en la Casa de Bello. En este sentido, es un anacoreta; su empecinado madrugar lo hace caerse de sueño cuando llegan las diez de la noche, así se trate del más importante espectáculo o aun de cualquier acto en el cual se le rinda uno de los incontables homenajes que se le han tributado en algún aniversario señalado, como el más reciente, al cumplir setenta años llevados con renovados bríos. Pedro Grases no es un “septuagenario”, en cuanto tiene este término de algo que suena como peyorativo o decadente. Que la Academia me perdone si las raíces con que construyo este vocablo no encajan totalmente en la ortodoxia filológica, pero me suena mejor, dado su dinamismo, dada su irrenunciable vocación de servicio, llamarlo “septuagénico”.

Sus cuarenta y tres años en Venezuela no los ha dedicado exclusivamente a su propia y personal actividad. Él ha sido consejero de todos, amigo de todos, consultor de todos los intelectuales venezolanos y de todos los estudiantes que han necesitado de él información acerca de algún libro venezolano de una edición poco conocida, de un autor venezolano, de un episodio cualquiera de la cultura de Venezuela; por lo que afirma con justicia Luis Beltrán Guerrero: “le deben lecciones no solo sus discípulos directos, sino todos los que en sus trabajos encontrarán gaje y bitácora, así propios como extraños; le somos deudores todos los que le hemos pedido un dato, un libro o un impreso raro, alguna erudita referencia”. Y para rematar la magnitud de su tarea, fue formando una estupenda biblioteca en especial de obras venezolanas y de libros sobre la literatura latinoamericana y

española, y con el respaldo solidario de su esposa y sus hijos, la donó a la Universidad Metropolitana, que dispuso darle su nombre para perennizar su gesto.

Tuvo tal vez sus detractores (no es raro que los haya tenido, porque hasta don Andrés Bello los padeció durante sus primeros tiempos en Chile), pero hace tiempo que ya Grases está por encima del bien y del mal. Gente de todos los partidos, de todas las corrientes del pensamiento, de todos los sectores sociales le reconoce y admira; y en la fecha, llena de general contento, de su septuagésimo cumpleaños, el presidente de la República, doctor Luis Herrera Campíns, le hizo el mejor homenaje que el país podía rendirle: el decretar la construcción de un edificio para la biblioteca que llevará su nombre, en la institución universitaria a la que cedió generosamente sus libros. Así se amortizó de algún modo aquella deuda de la que habló Pedro Sotillo: “Pedro Grases es hoy un criollo neto, un venezolano por los cuatro costados y con el cual la nueva patria tiene contraída una deuda, que es deuda de su alma y de su eternidad”.

Esa deuda la tiene con él en mayor o menor grado cada uno de nosotros. Yo podría, por ejemplo, citar la que me corresponde, entre otras, por la magnífica colaboración que me prestó como director de Publicaciones de la Presidencia de la República durante el ejercicio de mi mandato. Pero la deuda principal es la deuda del país, al que a su vez Grases le debe el cariño, la receptividad, el amplio ambiente que le ofreció para desarrollar hasta grados insospechables, desde el primer momento de su llegada a Venezuela, su personalidad y su obra.

Muchas universidades extranjeras lo han tenido en su seno, exponiendo sus vastos conocimientos en torno a la vida cultural de América Latina. La cátedra Simón Bolívar, en Cambridge, Inglaterra, obtuvo de él un sobresaliente rendimiento. Pero, en medio de las tentaciones, que podrían ser por un lado la de regresar a la Península ibérica, o, por el otro, la de quedarse para siempre a investigar en la cómoda serenidad del ambiente universitario de alguna institución norteamericana, en definitiva decidió —como siempre confíé que lo

haría— regresar a esta tierra donde se le quiere, donde se le aprecia, donde se le respeta y donde está sembrada con raíces profundas su fructífera actividad intelectual. No hay ningún venezolano que se emocione más que Grases cuando descubre un nuevo documento del padre de la patria o un nuevo matiz en la vida de alguno de sus héroes. No hay ningún compatriota más orgulloso que él por la densidad y brillo de nuestra genuina cultura.

Y para rematar este lazo indisoluble, aquí, en Venezuela, está su familia, el mayor de sus tesoros, la presea de la que siente más orgullo. Porque esa unidad familiar, ejemplar en toda forma —con una esposa fiel que lo ha acompañado a través de todas las circunstancias, que ha compartido con él los sinsabores y las satisfacciones y que ha velado con él largas horas, y con sus hijos, cada uno de los cuales descuella en la profesión escogida, y con la hija nacida en Venezuela, venezolana siempre, ya esté aquí o al otro lado del océano, y quien supo inspirarle a su esposo un sincero amor por nuestra patria, y con los nietos que despuntan en las etapas iniciales de la formación y del estudio— constituye para él el mejor de sus logros. Puesto a escoger entre los catorce tomos de su producción literaria, y, por otra parte, su familia, no vacilaría en responder que es esta lo que vale más para él; solo que para su mujer y sus hijos, esa obra es venerada y amada como él mismo, porque la saben parte indisoluble de su propia vida.

Es difícil, muy difícil, recoger en un discurso toda la obra de Pedro Grases, que le daba desde siempre pleno derecho de entrar a la Academia y que constituirá timbre de orgullo para esta corporación. Sinteticemos este elogio con palabras de Augusto Mijares: “Digamos de una vez categóricamente: en la actualidad ninguna obra histórica de alguna importancia puede escribirse entre nosotros sin el recurrir a los estudios documentales y bibliográficos de Grases; y así será también dentro de cincuenta o cien años. ¿No indica por sí mismo este hecho irrefutable cuánto le debe la cultura venezolana a este infatigable investigador?”

He escogido, para redondear esta síntesis, esas palabras del común amigo desaparecido, el insigne escritor y noble cultor de los valores patrios don Augusto Mijares, porque, precisamente, Grasas toma el sillón que con lujo de méritos ocupara aquel académico de brillante y densa producción, dedicada a exaltar los aspectos positivos de la realidad venezolana y a estimular, a través de la justa apreciación de nuestra riqueza humana, el deber de las generaciones presentes y futuras de engrandecer nuestro país.

Mucho quise a Augusto Mijares y le agradecí la amistad que me manifestó casi desde mi adolescencia y el aprecio que en más de una ocasión me dispensó. Una vez me escribió manifestándome el deseo de proponerme para la Academia de la Historia. La verdad dicha, no me atreví. No me he creído con méritos para formar parte de aquella corporación. Mucho después, Mijares tuvo la generosidad de presentar, con inolvidables expresiones, la segunda edición de un libro mío, *Moldes para la fragua*. En numerosas ocasiones conversamos sobre el drama venezolano, y a pesar de la tristeza que a veces lo invadía y la desesperanza que dejaba trascender su ánimo, lo más valioso de su obra estuvo encaminado siempre a señalar y destacar todo aquello que debe alimentar nuestra esperanza en el gran destino nacional.

A mi modo de ver, la mejor de sus producciones la constituye *La interpretación pesimista de la sociología hispanoamericana*, publicada primero por entregas en un diario de esta capital, de donde la fui recortando para esgrimirla, en virtud de su argumentación concluyente, ante la nefasta especie de que los pueblos hispanoamericanos por motivaciones sociológicas estamos condenados a una perpetua inferioridad. Mijares refutó, punto por punto, los sustentáculos de esa teoría y su ensayo constituye una de las piezas claves para la valoración cabal de nuestra realidad.

Dentro de este mismo propósito, vale decir, en el mismo orden creativo, hemos de colocar su biografía *El Libertador*, que ha tenido varias ediciones y ha recibido excelente acogida. Dice Fernando Paz Castillo: “es singular virtud de este libro la de mostrar junto

a la grandeza del héroe, la sensibilidad del hombre”, “un Bolívar tiernamente preocupado por lo que ama”³². Su importante volumen *Lo afirmativo venezolano* fue inspirado por el deseo de enarbolar lo positivo frente a lo negativo, para fundamentar el optimismo, contra el pesimismo que invade a veces gravemente el alma nacional.

Es esa preocupación la que alienta sus meditaciones. Así, *Hombres e ideas en América* es, también, un libro ejemplar. Aquella afirmación, por ejemplo, de que la regeneración argentina no la hicieron los inmigrantes sino los criollos, la de que la independencia de América es americana, no yanqui, ni francesa ni española, o la de que la obra de Bello es rotundo mentís a la interpretación pesimista de nuestra sociología, rebosan en nacionalismo latinoamericano. A Mijares lo lee uno con facilidad, pero hay que hacerlo con atención para sopesar cada una de sus consideraciones: tales, las que considera que las instituciones bolivarianas constituyen esfuerzos desesperados por sintetizar las realidades en pugna, y la frase final de su ensayo sobre un difícil tema, “El fracaso del Libertador como político”: “Desesperado porque creía que la sociedad, tal como había sido transformada por la guerra, no podría dar una base estable para la reorganización del Estado, quiso invertir temerariamente los términos y forjar un Estado que fuese la base de una nueva sociedad”.

En toda su obra de escritor prevalece el sentido docente. Ello ha sido observado acerca de su novela *Los adolescentes*. Pero más aún resalta en sus ensayos sociales, críticos e históricos, y en sus numerosos artículos de prensa.

Sus discursos de incorporación a tres Academias Nacionales tuvieron significación trascendente. A la Academia de la Historia, en 1947, presentó un notable ensayo: *Libertad y Justicia Social en el pensamiento de Fermín Toro*. Para la Academia de Ciencias Políticas y Sociales, en 1960, preparó *El proyecto de América*, que considera “como parte de una doctrina que puede darnos también un plan de

32 Del prólogo de Paz Castillo a la obra de Beyra Amarista de Cumare *El humanismo del profesor Augusto Mijares*.

trabajo para el porvenir”. Séame permitido recordar aquí con satisfacción, que me cupo la honra de haber sido uno de sus postulantes para dicha Academia; y transcribir dos o tres párrafos de aquel discurso, que son trasunto fiel de su pensamiento dentro de la misma línea de los otros libros a que he hecho especial referencia. “Se nos ha dicho —recuerda— que somos los hispanoamericanos, inconstantes, engreídos, desordenados, imprevisivos, deshonestos, que carecemos de capacidad política, que nuestro porvenir es la violencia como anarquía o como despotismo. ¿Y si no fuera verdad? ¿Y si fuera solamente una verdad transitoria? A lo menos por una vez tenemos derecho a preguntárnoslo. Quizás no nos falta capacidad política, sino educación política”.

En otra parte observa: “no creo que sea demasiado jactancioso decir que América se salvó por una virtud que puso sinceramente por encima de todos sus defectos: el ideal igualitario. Bajo él amparó a nacionales y extranjeros, a todas las creencias y a todas las tendencias políticas, a todas las razas; y en el campo internacional, a débiles y poderosos”. Y por allá exclama: “Mucho se habla hoy de los pueblos subdesarrollados. ¿No sería más sincero llamarlos pueblos superexplotados?”

En cuanto a esta Academia Venezolana de la Lengua, en 1971, para su incorporación presentó un magnífico estudio sobre el romanticismo que intituló: *Vida romántica y romanticismo literario*. Con fino sentido crítico distinguió entre el romanticismo como forma de vida y el romanticismo como expresión literaria y artística. Fue una magnífica aportación para la autoridad y prestigio de este cuerpo y para la mejor interpretación de nuestra historia y de nuestra cultura.

Estoy plenamente seguro de que si don Augusto hubiera podido ser interrogado acerca de quién debería sucederlo en la Academia, difícilmente habría escogido otro candidato más grato a su espíritu que Pedro Grases. El antiguo colega de la comisión editora de las *Obras completas* de Andrés Bello se habría regocijado de saber que le

sucedería el secretario y alma de aquella comisión; el antiguo contertulio de los afanes culturales y patrióticos se habría sentido satisfecho de que ocupara su sillón quien va a rendir desde él el mejor culto a su memoria mediante una continua y provechosa actividad.

Para cumplir el requisito formal de incorporarse a la Academia, Pedro Grases nos ha traído un tema con el que se vinculan el problema de la más difícil de las traducciones, la traducción poética, y el de la función de la crítica ejercida con ánimo constructivo y generoso: en relación a uno de los más brillantes aedas del romanticismo alemán, vertido al castellano por uno de los más sobresalientes representativos del romanticismo venezolano y orientado por el consejo de uno de los más ilustres críticos que ha tenido la literatura hispánica.

El nombre de Juan Antonio Pérez Bonalde es para nosotros familiar desde los años de la escuela. Su poema *La vuelta a la patria* nos emocionó intensamente. Lo veíamos muy cerca de la altura de *La oración por todos* de don Andrés Bello. Hermosísimas palabras pronunció sobre él Andrés Eloy Blanco, en la oportunidad en que los restos de Pérez Bonalde encontraron definitivo reposo en la solemnidad del Panteón Nacional. Dijo el poeta cumánés del otro gran poeta: “Ya lo veis: estamos celebrando la gloria de un poeta que anhelaba el regreso a la patria; pero no era solamente un regreso geográfico de simple travesía por el mar. Era algo más y esto lo prueba su destierro y su anhelo de encontrar su patria perdida. Es lo que quise decir en un poema: no sabemos a veces si es que se va el marinero de la patria o se va la patria del marinero. A veces son los hijos los que se apartan, irresponsables, del camino de lograr la patria; a veces es la patria misma en manos de esos mismos irresponsables, la que llega a apartarse del ideal de sus profetas y de la ley de sus apóstoles. Así, cuando se aleja este poeta, anhela el regreso de él a algo o de algo a él”³³.

33 Andrés Eloy Blanco, *El poeta, el pueblo*. Discurso pronunciado en el Panteón Nacional, en el acto de ser inhumados en ese recinto los restos del Poeta J. A. Pérez Bonalde. Caracas, 14 de febrero de 1946.

Me atrevo a pensar que sería difícil, por no decir imposible, hallar para la poesía un traductor tan fiel, y a la vez, con tanta alma de poeta como Pérez Bonalde. Estupenda ha sido considerada la versión bonaldina del célebre poema de Edgar Poe *El cuervo*. Lo mismo ocurre con sus traducciones de Heine. Pedro Grases, sumido en su función irrenunciable de investigador, nos trae una documentada historia de la versión del *Cancionero* (*Das Buch der Lieder*) de aquel gran poeta romántico europeo. En su relato se muestra un momento de incomprensible pequeñez de otra gran figura de las letras españolas, don Juan Valera, movido quizás por un poco de celos, por la prevalencia que Pérez Bonalde le dio a los consejos y juicios de aquel monstruo de las letras españolas, Menéndez y Pelayo. Según nos ha relatado Grases, Pérez Bonalde se dio cuenta de la superioridad de este crítico y siguió sus consejos; Menéndez Pelayo supo apreciar la calidad del poeta venezolano, le dio algunas indicaciones y le escribió una carta-prólogo con categóricos elogios. La traducción, a pesar del juicio adverso de Valera, resultó una de las mejores del *Cancionero* en castellano, y la amistad entre el santanderino y el caraqueño quedó como símbolo de una ejemplar cooperación amistosa entre los valores literarios de España y Venezuela. Esa relación entre Pérez Bonalde y don Marcelino, forjada al calor de las letras, y el estímulo y reconocimiento que Menéndez Pelayo supo darle a nuestro poeta, peregrino en sus andanzas de ultramar constituye un hecho lleno de significación, cuya divulgación, seguida a la investigación precisa, viene a constituir un título nuevo en la producción bibliográfica de Pedro Grases, a quien le faltan por llenar todavía quién sabe cuántos más, después de los catorce gruesos tomos que han de encontrarse pronto en nuestras manos.

Bienvenido a esta su casa el nuevo individuo de número, Pedro Grases, ya desde mucho antes consustancializado con la Academia Venezolana de la Lengua. Sabemos que en frescas mañanas sabatinas, en su hogar de La Castellana, desde donde se admiran las montañas que a Caracas circundan, nuestro recipiendario suele reunir una es-

pecie, como él diría, de “gremio de discretos”; animado por una taza de aromático café como las tertulias caraqueñas del 1800, para comentar e incentivar iniciativas movidas por una devoción al prestigio de las letras venezolanas. En la Academia, su voz y sus observaciones vendrán a enriquecer otra tertulia, pero muy emparentada con aquella. No hay nadie entre nosotros que no se sienta feliz hoy por la incorporación de Pedro Grases a las tareas de la corporación. Él trae las alforjas llenas, y no solo está la Academia de plácemes, sino que la opinión de todos aquellos que tienen que ver con la cultura dicen, a una sola voz, que en esta ocasión sí hemos acertado cien por ciento.

¡Bienvenido, señor! Acabe usted de entrar, que esta casa es suya y le pertenece, y usted la conoce y la estima en toda su integridad y hasta en sus menores detalles.

JOSÉ RAFAEL PULIDO MÉNDEZ*

La personalidad de monseñor José Rafael Pulido Méndez era de aquellas que una vez conocidas no es posible olvidar. No sé si lo que más impresionaba era su lúcida inteligencia o su cálida sensibilidad: pienso que ambas formaban una conjunción poco común y se transmitían fácilmente a través de su natural y fluida simpatía.

Tuve la fortuna de ser su amigo. Le profesé admiración y cariño: no siempre se tiene afecto por lo que se admira, ni siempre se admira lo que goza de nuestro afecto. En él, sí. Su trato inspiraba confianza: a poco de departir con monseñor brotaba su desbordante condición humana, y aun cuando su peculiar estilo de habla familiar hacía a veces difícil captar de inmediato su razonamiento, deslumbraba con el brillo de su talento y difundía en torno suyo una clara luminosidad.

Me llamaba “tocayo”, porque nació un 24 de octubre, día dedicado por los viejos calendarios litúrgicos al Arcángel que acompañó a Tobías en su aventura bíblica. Vio la primera luz en Capacho en 1907. Le dieron como segundo nombre el del patrono; sus hermanas, tan despiertas y agradables como él, por lo mismo lo llamaban “Rafito” y lo hacían con una naturalidad tal, que parecían no darse

* En el acto de inauguración de la estatua del arzobispo José Rafael Pulido Méndez. Mérida, 20 de junio de 1987. José Rafael Pulido Méndez nació en Capacho, municipio Independencia del estado Táchira, el 24 de octubre de 1907. Estudia en la Pontificia Universidad Gregoriana, donde culmina la carrera con el doctorado en Filosofía, Teología y Derecho canónico. Fue ordenado sacerdote en la Catedral de Mérida por monseñor Acacio Chacón, el 10 de agosto de 1930. De brillante inteligencia, tuvo actuación destacada en el mundo eclesiástico y en la sociedad venezolana. Al igual que los presbíteros Sánchez Espejo y Rojas Chaparro, participó en la Asamblea Constituyente de 1947 donde su intervención en los debates acerca del Patronato Eclesiástico fue muy importante. Preconizado cuarto obispo de Maracaibo por su santidad Pío XII el 21 de junio de 1958, es ordenado como tal el 19 de octubre siguiente, en la recién bendecida Catedral de Mérida. Con el traslado de monseñor José Humberto Quintero a la arquidiócesis de Caracas, Pulido Méndez fue llevado a Mérida como coadjutor del arzobispo Chacón Guerra. El 22 de noviembre de 1966 asumió en plenitud las funciones de tercer arzobispo de Mérida. Monseñor Pulido murió el 30 de agosto de 1972, en Adicora, estado Falcón. Los funerales fueron oficiados en Mérida, en su propia catedral el 2 de septiembre.

cuenta de que “Rafito” iba escalando, sin proponérselo y hasta contra sus deseos, los peldaños de muy elevadas jerarquías.

Fue un gran hombre. Fue un gran venezolano. Fue un gran sacerdote. Amaba su familia, amaba su país, amaba la naturaleza; amaba la Iglesia de Cristo y estuvo presto siempre a salir en su defensa, pero con una elegancia, con un saber decir, con una decencia tal para sus adversarios, que no podía provocar enojos sino respetuoso acatamiento.

He dicho que fue un gran venezolano. En un discurso en la Asamblea Nacional Constituyente tuvo un desahogo patriótico, de esos que en la circunstancialidad de un momento ponen a flor de piel recónditos sentimientos. “Tuve el honor de contemplar en febrero de 1938 —dijo— al lado de una de las figuras más destacadas de Venezuela, el doctor Gil Fortoul, el momento en que sobre el mástil de un barco se erguía la bandera tricolor. Yo confieso que si no fuera porque tantas otras oportunidades me han hecho sentir la patria, creería que en aquel momento había reconocido más que nunca a Venezuela: en tierra extraña, el pabellón tricolor se movía con una elegancia que significaba volver a la tierra italiana para clamar con el Libertador por la libertad de América” (10 de marzo de 1947).

Nacido en Capacho, escolar en Táriba, hijo de familia en Rubio, seminarista en Caracas y en Roma, fue un gran merideño. Amó a Mérida como a su propia tierra; se empapó de la vida y el ser de esta ciudad de las cinco águilas blancas, de su historia y de su destino, hasta que sus restos venerandos fueron colocados en su catedral, donde había sido ordenado sacerdote el 10 de agosto de 1930. Para llegar a la capital del estado tuvo primero que palpar la realidad interiorana, vivir la vida de un párroco de pueblo, en Ejido y en Santa Cruz de Mora. En Mérida desempeñó largos años la Secretaría del inolvidable arzobispo Acacio Chacón: de aquí salió a estrenar sus funciones episcopales como administrador apostólico en Cumaná, como vicario general en Trujillo y como gobernador eclesiástico en Guanare y aquí lo consagró el nuncio Forni el 19 de octubre de 1958

como obispo de Maracaibo. Entró a su nueva sede el Día de la Chinita, la Virgen amada cuya protección le ayudó a ganarse el corazón de los zulianos.

Muy querido era monseñor Pulido en Maracaibo; muy querido en Cumaná; muy querido en Guanare y Trujillo: era un privilegio natural de su modo de ser el hacerse querer.

Debo admitir, sin embargo, que el afecto que se le daba no era sino la contraprestación del afecto que repartía. Dentro de los lugares cultivados por su cariño estaban los ya mencionados, más Rubio, la ciudad pontálida del abuelo Gervasio, más Barinas, vinculada al recuerdo, que orgullosamente cultivaba, de don Manuel Pulido, el del Hato de La Calzada donde se forjó el intrépido y combativo José Antonio Páez, más Adícora, la humilde y bella población de la península de Paraguaná, donde murió el 30 de agosto de 1972. Pero Mérida tenía en su pecho sitio privilegiado; la vivía intensamente; recorría en soledad y en silenciosa discreción estas calles que ahora lo tendrán siempre en bronce, y andaba con frecuencia por todos los riscos y caminos de la diócesis, distribuyendo el don de su palabra, el regalo de su consejo y de su enseñanza, sin que faltara, cuando los juzgaba necesario, el de la dádiva de su admonición.

Amaba la naturaleza y se sentía obligado a defenderla. La Universidad de Los Andes le otorgó un doctorado honorario en Ciencias Forestales como reconocimiento al apóstol que fue de la ecología y de la reforestación. En diversos apuntes biográficos que se han hecho, se ha destacado esta característica; uno de ellos, el de Valmore Acevedo Amaya, lo interpreta con algo que seguramente él decía: “Con los pecados de los campesinos reforestó una parte importante del estado Mérida, pues la penitencia que imponía a quien se confesaba con él era sembrar árboles”³⁴.

Se consideraba solidario de la Mérida de los Caballeros, y no ocultaba su enojo cuando absurdas actitudes en tiempos de discordia

34 *Gente del Táchira*, Tomo III, p.337.

y atropello le hacían soltar alguna imprecación contra la Mérida “de los cabilleros”. Si aquí ciñó por primera vez la mitra del pastor, aquí también se la colocaron por última vez en sus sienas yertas, cuando ya como arzobispo después de haber sido coadjutor, dimos a su cadáver la final despedida recorriendo las calles inmediatas a la Plaza Bolívar en el desplazamiento hacia la sepultura.

Aquí trascurrió la mayor parte de su vida, pero tuvo importantes actuaciones en otros lugares. Por ejemplo, en Roma, donde, residente del Colegio Pío Latino Americano, obtuvo con honores sus borlas doctorales en la Universidad Gregoriana y donde después participó con notada importancia en el desarrollo del Concilio Ecuménico Vaticano II. Y en Caracas, donde tuvo reconocida actuación, como representante de Mérida, en la Asamblea Nacional Constituyente que se instaló el 17 de diciembre de 1946 y clausuró sus sesiones el 22 de octubre de 1947, dos días antes, por cierto, de cumplir el padre Pulido cuarenta años. Fueron, precisamente, esos diez meses los que me dieron la mejor oportunidad para conocerlo y compartir con él muchas vivencias.

La presencia activa de miembros del clero en las sesiones de aquella Asamblea constituyó un hecho de significación histórica, que recordaba días memorables de la Gran Colombia. Puedo decir, por lo que a nuestro partido corresponde, que los tres sacerdotes que honraron nuestras listas de representantes fueron figuras de excepción, y como tales supieron comportarse. El presbítero José Rafael Pulido Méndez, capachero, era representante por el estado Mérida; el presbítero Carlos Sánchez Espejo, rubiense, y el presbítero José León Rojas Chaparro, queniqueo, representantes por el estado Táchira. El primero de los tres fue después obispo de Maracaibo y arzobispo de Mérida; el segundo es protonotario apostólico y figura de excepción de la diócesis de San Cristóbal; el tercero fue obispo de Trujillo. Los tres cumplieron brillantemente su tarea como personeros del pueblo y al mismo tiempo como defensores del derecho, de la espiritualidad cristiana y de la Iglesia.

He estado relejendo, para la preparación del discurso, las intervenciones parlamentarias del entonces Padre Pulido en la Constituyente, y a fe mía que valdría la pena recogerlas en volumen aparte para que puedan ser más conocidas. No fueron demasiado abundantes, ni demasiado extensas; no fueron elusivas de los planteamientos problemáticos, ni débiles en la defensa de los puntos de vista que le correspondió sostener. Algunas tuvieron mayor profundidad, al exponer, naturalmente y sin esfuerzo, los fundamentos metafísicos y lógicos y los argumentos históricos de la posición cristiana, (sin que rehuyera hacer, en algunas circunstancias en que lo juzgó necesario, planteamientos de alta política sobre la situación del país) haciendo suya la afirmación de Andrés Eloy Blanco de que “no le debemos tener miedo ni a lo pasado ni a lo futuro” (18 diciembre 1946); y también algún reclamo de interés regional, como el relativo a la dotación necesaria para el Hospital de Mérida (25 de febrero de 1947).

Defensor sincero de la libertad, no ocultó su preocupación por lo que pudiera acontecerle a esta en lo adelante. Así, por ejemplo, afirmó: “Aceptando en parte la pintura que hizo el diputado Rangel de nuestra trayectoria histórica, debo recordar que esa trayectoria la ha sufrido no solamente el pueblo, sino también los que mandan, y que no ha desaparecido actualmente por el acto de la Revolución de Octubre la posibilidad de que se repita el abuso del poder en aquellos que conducen la nación” (20 diciembre 1946). Y al defender la libertad de educación, censurando lo que podría envolver un control estatal, después de decir que “la libertad de los pueblos se aprende en la libertad de la escuela” y de recordar la nefasta experiencia del fascismo y el nazismo concluyó: “indiscutiblemente, los hombres de Venezuela no podemos pensar jamás en la tiranía de Hitler, pero la prepotencia de un partido fue llevando al gobierno hasta tal extremo que cuando menos lo pensó había sobrepasado la línea, y entonces la organización se hizo lucha, se hizo armas, se hizo muerte. El pensamiento de los dictadores ha empezado siempre por poco; lentamente se puede levantar una casta que el día de mañana interprete esa

orientación como una fuerza en sus manos para empujar la república al desastre. Podemos nosotros tener la buena fe de que eso no sucederá, pero es mejor que no pongamos en la Constitución esa bomba peligrosa. Yo creo que la patria nuestra debe fiarse más bien de la palabra del Libertador al Constituyente de Bolivia en 1826: Dios ha destinado al hombre a la libertad. Él lo protege para que ejerza la celeste función del albedrío. Pongamos las limitaciones que son de justicia, pero no pongamos tales limitaciones con las cuales renegemos del principio de la libertad de educación que hemos asentado” (10 de marzo 1947).

Sus intervenciones en torno al Patronato Eclesiástico fueron sólidas y convincentes; su intervención en las negociaciones, callada y discreta, fue factor primordial para que se llegara a la fórmula que dejó abierta la puerta al acuerdo bilateral que finalmente quedó formalizado en 1964, entre el Estado y la Iglesia. “Es indudable, expresó, que en esta fórmula se encuentra, con carácter constitucional, una cosa que pudiera llamarse una puerta de salida para el espinoso problema de las relaciones entre la Iglesia y el Estado. Ello representa un esfuerzo innegable, un punto de partida para llegar a aquella inteligencia entre los dos poderes, que ha propiciado la Iglesia desde el tiempo de la Independencia. En este sentido, merece destacarse el paso dado. Puede decirse que se ha comenzado por sacudir el polvo de la puerta de la comprensión: ello, no obstante, debo recordar que la autoridad máxima eclesiástica en Venezuela, el episcopado, exigió dos cosas respecto de este punto: que se eliminara toda referencia al Patronato Eclesiástico y que se nombrara una comisión para estudiar un proyecto de convenio con el Estado. No ha sido posible ver satisfechas estas dos aspiraciones. Por eso, la proposición, no obstante la puerta de salida que quiere dejarse abierta, no me satisface como sacerdote, plenamente, y por lo mismo, al formar un todo la proposición, no me es posible votarla en forma indiscriminada. Reconozco el esfuerzo hecho debido a conversaciones que se han tenido entre la autoridad eclesiástica de Caracas y miembros relevantes del partido de la mayo-

ría; conversaciones que han procedido en un terreno, si no completamente de comprensión, sí de buena voluntad para llegar a un punto de entendimiento mutuo. Yo creo que si desde mucho tiempo atrás se hubieran intentado estos caminos de entendimiento, desde hace mucho tiempo se hubiera llegado a una solución que está pidiendo la mayoría inmensa de los católicos venezolanos” (2 julio 1947). Felizmente, podemos acotar, no murió monseñor Pulido sin tener la satisfacción de ver celebrado el acuerdo por el que tanto abogó.

La lectura de sus intervenciones despierta el deseo de citar muchas expresiones felices. Provoca hacerlo, pero resultaría desproporcionado con la prudente longitud que no debe sobrepasar este discurso. Recordamos solamente su defensa de la caridad, la “caridad social”, ante la expresión de un orador que la calificó de anacrónica. “Cuando se dice que es anacrónica la caridad social —explicó— puede muy bien significar eso que se llama caridad porque se da alguna cosa a quien lo necesita y con esto se cree haber cumplido un gran precepto. Esto no es la caridad. La caridad parte del concepto fundamental de que todos los hombres son hijos de Dios y de que por los hombres tenemos que preocuparnos. Cuando se procede por motivos sobrenaturales, como lo es por el concepto de caridad cristiana, es un movimiento que parte de lo más hondo del corazón y que nos obliga a cada instante a pensar en nuestro prójimo... En este concepto yo defiendo y defenderé siempre el concepto de la caridad social” (5 de marzo de 1947). Y mencionemos, apenas, la importancia de sus discursos en defensa y loa de la educación cristiana y en pro de una auténtica libertad de educación. “Educar —afirmó— es función de amor y de altura moral; la política la enturbia toda. Es verdad que nuestra educación del siglo pasado, de la cual venimos casi todos nosotros, partió de un principio espiritualista, pero fue un espiritualismo a medias, como todo espiritualismo que ha querido vivir el liberalismo. Aquí se trata de saber, si lo que debe reglamentar la libertad de enseñanza es una *voluntad de poder* o es una *voluntad de justicia*” (10 de marzo de 1947).

Por supuesto, puso calor en la defensa del mantenimiento del nombre de Dios al comienzo de la Constitución “porque le conviene y lo pide el pueblo venezolano”; “por eso, no es ninguna ilusión que aquellos que creemos en Dios, como lo es la inmensa mayoría del pueblo venezolano, pida a este Padre que está en los cielos, proteja y dirija las actuaciones de esta Constituyente” (22 de mayo de 1947).

Y tendrán que perdonar mis oyentes que no resista a la tentación de citar otro párrafo, dicho al defender la libertad de enseñanza: “Nosotros sostenemos el concepto de ‘democracia cristiana’ donde a todos los individuos, como hijos de Dios, les corresponden iguales derechos y tienen facilidades y deben tener facilidades para poder elevarse a un nivel cultural correspondiente a sus aspiraciones. Todos quedamos en libertad de cultivar las artes y las ciencias y de fundar establecimientos para la enseñanza. Aunque entiendo muy bien que el Estado debe también observar esos laboratorios del arte y de la ciencia, encuentro un poco inadapta la cláusula en que se consagra la intervención del Estado en esta función. Pienso que tanto la ciencia como el arte son productos del esfuerzo personal e intransmisible. Podrá vigilarse la aplicación que se haga de ello, pero nunca se podrá decir que al dictar cátedra de ciencia o de arte se puede vigilar el pensamiento fecundo que crea” (29 mayo de 1947).

Desde su juventud, el presbítero Pulido Méndez gozó de una amplia respetabilidad. Su rectitud, su honestidad, su cultivada inteligencia, su palabra maciza, lo imponían, cuando tuvimos, por ejemplo, que adoptar una posición en la denuncia hecha ante la Constituyente de que un cráneo tirado en el suelo de la cripta de la familia Bolívar en la Catedral de Caracas podía ser el del Libertador, sus consejos, sus razonamientos y su presencia como miembro de nuestra comisión fueron elementos de gran importancia para fortalecer el criterio que sustentamos.

Pero esa rectitud y esa firmeza no fueron nunca incompatibles con el buen humor. En sus labios estaba siempre presta a florecer una sonrisa, y su amena charla se salpicaba con expresiones de aguda

sutileza. El mayor elogio que tenía para alguien era: “¡ese cree en Dios!” Y no lo ahorra cuando quería elogiar hasta a prelados de alta jerarquía. Alguna vez le escuchamos decir, hablando nada menos que del papa Bueno, Juan XXIII, “¡ese cree en Dios!”. Y cuando nos veíamos obligados en la intimidad a formular un juicio desfavorable acerca de la conducta de alguno, nos decía que su profesor de Teología Moral aconsejaba: “piensen mal, y pecarán... pero acertarán”.

Ciertamente, hablar con monseñor Pulido era disfrutar de goces del espíritu. Eso no le impidió, mas le facilitó la delicada función de consejero. Numerosos civiles y eclesiásticos se beneficiaron de ella. Amaba su clero; amaba los niños; amaba sus hermanos y hermanas, cuyos hijos eran sus verdaderos hijos. Fue intensamente humano; frágil en su salud, desde temprana edad, no vaciló nunca en imponerse duras pruebas y acometer los recios viajes de las visitas pastorales de su época. No descuidó el cultivo del conocimiento, que se remontaba hasta las mayores alturas de la filosofía y se movía ágilmente por los laberintos de la ciencia y de la técnica. Formó parte de aquel cuarteto de prelados, capitel de la brillante pléyade sacerdotal de la Mérida del siglo XX: con Silva, primero, luego Chacón, y después, Quintero y Pulido, la historia de esta arquidiócesis tomó indiscutible sitio de preeminencia en la Iglesia venezolana. Muchos y muy brillantes han sido sus discípulos y sus continuadores, como muchos fueron sus colaboradores: Pulido se sintió siempre uno de ellos, con incomparable modestia.

Sus pasos firmes nunca se hacían sentir. Por ello, tal vez se ponía a veces las populares alpargatas para andar en horas solitarias por estos mismos sitios donde va a quedar perennizado. Quizás el escultor, Aldo Macor, al empaparse de sus reminiscencias para interpretarlo cabalmente en este noble bronce, sintió la tentación de dejar sus pies de peregrino desnudos sobre la dura base.

En sus últimos días, severamente enfermo, ausente en busca del aire marino y del templado calor paraguano, a la vez que de refugio tranquilo para evitar a su grey los cuidados de su presencia

diaria, quién sabe cuántas veces pasó por su mente la imagen de esta catedral, de este palacio, de esta plaza... de su seminario. Ahora está cerca de ellos, para siempre. La universidad, que lo honró con su última honorificencia en vida —recogida celosamente, sin duda, por el profesor Tablante Garrido en sus admirables memoriales—, que ofreció este bronce, ha hecho bien al darle a Mérida este testimonio escultórico.

Es la señera imagen del fiel amor que tuvo por ellos ese merideño ilustre, nacido en Capacho y fallecido en Adícora, que la contempla ahora al lado del Padre Eterno a quien invocaba con filial familiaridad, embebido como siempre lo estuvo en su belleza, desde su morada de los cielos.

Carlos Sánchez Espejo*

Al recibir el programa de la celebración de las Bodas de Oro Sacerdotales de monseñor Carlos Sánchez Espejo, mi secretaria me la entregó con esta observación: “parece, más que de la celebración de unas Bodas de Oro Sacerdotales, el programa de unas fiestas patronales”. Creo que la observación no estaba descaminada. Para el Táchira, y especialmente para San Cristóbal, ha sido la oportunidad de demostrar todo el afecto, toda la admiración, toda la simpatía, toda la gratitud acumulada durante estos diez lustros de constante transformación social y de afanoso palpitar de la existencia colectiva; es un acontecimiento de tal magnitud, que solo puede compararse con la policromía de las fiestas dedicadas anualmente al patrono. En cierto modo, monseñor Carlos Sánchez Espejo, que ha sido custodio del “Guardián de la Ciudad”, de esa hermosa y venerada imagen del Crucificado que él ha cantado y cuidado en la Catedral de San Cristóbal, está tan unido a esta tierra, que pienso, y cada vez me compenetro más con esta idea, que sería difícil conocer al dedillo y entender a cabalidad la vida de esta pujante capital andina durante el

* Palabras del expresidente doctor Rafael Caldera con motivo de la sesión solemne de la Asamblea Legislativa del estado Táchira en honor de monseñor Carlos Sánchez Espejo.

Carlos Sánchez Espejo, nacido en Rubio, Estado Táchira, en noviembre de 1910, heredó de su padre periodista la afición por las letras, y de su madre la piedad cristiana. Su posterior formación humanística y sacerdotal en Caracas y Roma le abrió horizontes para una fecunda labor intelectual. Ordenado por monseñor Tomás Antonio Sanmiguel a los veinticinco años de edad, fue ejemplo de vida sacerdotal, dedicado al servicio del pueblo. Evangelizó como docente, escritor, periodista y comunicador. Dotado de una gran cultura, sobresalió por su vasta obra periodística y literaria. Desde 1930 fue director del *Diario Católico* y luego asiduo columnista de los diarios *La Religión*, *La Verdad* y *El Universal*. Académico de la Lengua, de Ciencias Políticas y de la Historia. Fue diputado por el Táchira en la Asamblea Nacional Constituyente de 1947, donde tuvo participación importante en la discusión del Patronato Eclesiástico, tema de su tesis doctoral. Orador sagrado y autor de numerosos libros, se calcula en más de dos millones de palabras el volumen de sus obras. Ocupó los cargos eclesiásticos de vicario cooperador y párroco, fundador y director de colegios, profesor en institutos públicos y privados, catedrático universitario. Era doctor en Derecho Canónico y fue designado protonotario apostólico de su santidad Juan Pablo II. Cargado de años y méritos entregó su alma al creador en el año 2005. Lo recordamos agradecido —escribe monseñor Baltazar Porras— por su ejemplo sacerdotal, su dedicación a evangelizar desde la cultura, su incansable labor intelectual, su amor incondicional a la Iglesia.

medio siglo trascurrido, sin tomar en cuenta la vida y hechos de este sacerdote, que ha dado tanto brillo y ha ejercido con tanto decoro la personería de su región nativa en los escenarios en los que le ha correspondido actuar.

La historia es larga, pero hermosa. Podemos iniciarla, como punto de referencia, el día que llega a tomar posesión de su diócesis el primer obispo de San Cristóbal, monseñor Tomás Antonio Sanmiguel. En torno a aquella inolvidable ocasión, dijo nuestro homenajeado de hoy, Carlos Sánchez Espejo: “Conservo vivo en mi memoria el recuerdo de la entrada triunfal del primer obispo de San Cristóbal a esta sede episcopal. Fue el 25 de noviembre de 1923. Cielo limpio de nubes, aire de fe. Atmósfera cargada de esperanza y de amor. Por todos los caminos tachirenses habían llegado racimos de seres humanos con la dulce ilusión de ver y oír al pastor que de lejanas tierras venía como mensajero de Dios. Eran los días de las grandes jornadas, de las barreras infranqueables, de los periódicos cansados y perezosos, de la ausencia de noticias, de la privación de todo ese conjunto de servicios y menesteres que el avance de la civilización ha traído, y en gracia de los cuales hoy sabemos al minuto los sucesos de Sidney o Chicago y contemplamos la fisonomía de los más distantes personajes. Eran los días de la ciudad recatada y diminuta, con sus aceras de ladrillo y sus calles empedradas, con sus hombres buenotes y sus mujeres hacendosas, limpia y sana de influencias y costumbres extranjeras y dueña y señora de su propia y envidiable fisonomía. La presencia de un mandón, de entrañas duras y procedimientos bárbaros pesaba en la ciudad como una losa de sepulcro. Pero aquel día era un día excepcional. Algo extraño sacudía los espíritus y ponía en todos los rostros, aun en el del bárbaro, una como sonrisa de alegría. Dijérase que era un toque de Dios en cada alma y una presencia de Dios en cada espíritu”.

Monseñor Sanmiguel, hijo ilustre de Valencia y párroco ejemplar en Caracas, venía con el propósito de forjar en la nueva jurisdicción que se había creado y que la Santa Sede le confió, un

clero activo, responsable, preparado en la ciencia y fortalecido en la virtud. También quería empezar a proyectar a la Iglesia a través de los medios de comunicación social. Por eso, de los catorce años de su extraordinario episcopado salió una promoción de ministros del santuario que fue orgullo de la diócesis y de toda Venezuela; y fundó *Diario Católico*, uno de los periódicos que cuotidianamente ha ido esparciendo en Venezuela la semilla de la fe y defendiendo los derechos y principios de la religión cristiana. En ese clero, una de las figuras descollantes fue sin duda Carlos Sánchez Espejo; y en el periódico, al poco tiempo de su ordenación estaba allí, primero al lado del presbítero J. Maximiliano Escalante como director que en realidad, en aquel tiempo era ser a la vez redactor, administrador, y hasta corrector de las pruebas y distribuidor del periódico, porque de todo había que hacer para sacarlo adelante y consolidar aquella empresa acometida por el admirado obispo.

Venía Sánchez Espejo de la ciudad pontálida, de una familia de inquietud intelectual y de profunda devoción cristiana. Su padre intentó con un inmenso mérito trajar el camino del periodismo de provincia. Su madre, doña Juanita, imprimió en su espíritu una profunda fe y una firme vocación de servicio. A ellos les corresponde también el homenaje que su gente rinde hoy a su hijo.

Del obispo Sanmiguel heredó el amor a la Iglesia, la fidelidad al sacerdocio, el interés por la prensa, el afán por la educación, el culto a la verdad y a la justicia, la vocación de servicio por el pueblo. Porque como una vez dijera el doctor Amenodoro Rangel Lamus: “yo puedo rendir testimonio de cómo monseñor Sanmiguel supo dar a su altísima misión un contenido social en perfecta armonía con los más puros fundamentos del cristianismo. Candor y justicia fueron el lema de su apostolado. En conversaciones que con su Ilustrísima sostuve allá por el año de 1928, pude apreciar cuán honda, cuán sentida, cuán grande era su preocupación por muchos de los aspectos que presenta el panorama social, el más candente que se puede ofrecer hoy a la consideración de un conductor consciente de su responsabilidad”.

Por aquellos mismos días se había logrado la creación de otras nuevas diócesis: Coro, Valencia y Cumaná, lo que fue un gran impulso de renovación para la fe católica; y alcanzó también un sólido esplendor el Seminario Interdiocesano de Caracas, confiado a los jesuitas de entonces y puesto bajo la recia dirección del Padre Evaristo Ipiñázar. Sánchez Espejo descolló por su inteligencia y su consagración al estudio y demostró, ya desde sus tiempos de seminarista, una fácil elocuencia, una disposición de transmitir con fluida y cálida elegancia los pensamientos y sentimientos que bullían en su joven espíritu, sacerdotal y venezolano.

Monseñor Sanmiguel murió en 1937. Ya antes había tenido la satisfacción de consagrar con sus propias y santas manos a nuevos sacerdotes, entre ellos, el 11 de agosto de 1935, a Carlos Sánchez Espejo y a su compañero, el siempre bien recordado Ángel Ramón Parada Herrera. A Sánchez lo orientó hacia el periódico y en este de inmediato comenzó a destacarse y a identificarse con el sentimiento colectivo de la población tachirense. Desde el primer día, hace cincuenta años, se hizo notar el brillo de su personalidad.

Lo conocí —después de fugaces encuentros de los adolescentes ignacianos que nos preparábamos para el bachillerato con los seminaristas, a los que llevábamos conferencias científicas que preparaban nuestros profesores— cuando vine a San Cristóbal con otros estudiantes a promover la Unión Nacional Estudiantil. De entonces se puede datar una amistad que a través del tiempo nunca ha desfallecido; al contrario, se ha fortalecido, estrechando vínculos, compartiendo afanes e inquietudes, y buscando de buena fe caminos para alcanzar, cada uno en su área pero animados ambos por el mismo fervor, lo que hemos creído mejor y más sano y más justo para el pueblo de Venezuela.

En el Padre Carlos Sánchez Espejo, querido y respetado a través de las generaciones, tiene la Iglesia de Venezuela y la Iglesia del Táchira en particular, una de sus cifras más valiosas. Le ha correspondido ejercer su ministerio al lado de tres grandes obispos; porque,

hay que decirlo, el Táchira ha sido afortunado y el Espíritu Santo generoso al enviar a su sede episcopal a hombres de tan recia talla intelectual y espiritual como lo fueron monseñor Sanmiguel, monseñor Rafael Arias Blanco, después arzobispo de Caracas y primado de Venezuela, a quien una hora infausta le arrebató cuando más estaba dando y más tenía que dar a su Iglesia y a su patria, y monseñor Alejandro Fernández Feo, cuya brillante actividad pastoral ha sido fecunda y constructiva, siguiendo a mayores alturas la ruta de sus predecesores y con cuya labor, entre muchas obras relevantes, ha tenido la satisfacción de lograr el moderno Seminario de Palmira y de ver florecer la Universidad Católica del Táchira. En verdad, esta trilogía de obispos ha sido inmejorable preámbulo para la misión que empieza a cumplir el actual Ordinario, el primer tachirense en ocupar la sede, ese extraordinario hombre de Dios que es monseñor Marco Tulio Ramírez. Acabo de estar en Cabimas asistiendo a la recepción del nuevo obispo de aquella sede, monseñor Roberto Lücker León; y debo decir que en medio del júbilo con que fue acogido y de la emoción que ocasionaron su presencia y sus primeros mensajes a su feligresía, no se podía contener el recuerdo de la estupenda labor que realizó su antecesor en la Costa Oriental del Lago de Maracaibo, tan rica en recursos naturales como golpeada en la pobreza de sus sectores marginales. Monseñor Ramírez, quien como Vicario de esta Diócesis había andado mucho por las quebradas y compartido el sufrimiento de los humildes en los barrios de San Cristóbal, cumplió una labor inmensa en aquella porción de la tierra zuliana, cuyo afecto por el Táchira es y será indestructible por la razón de haber tenido preladados tachirenses de la pasta humana de monseñor José Rafael Pulido Méndez, del insigne Arzobispo actual de Maracaibo, monseñor Domingo Roa, y del nuevo Obispo del Táchira. Estoy seguro que para este, monseñor Sánchez Espejo será un auxiliar y consejero invaluable.

En estas “fiestas patronales”, la Iglesia, desde luego, tiene la parte principal. De toda Venezuela han venido obispos y monseñores a

compartir mañana la celebración de la liturgia, con monseñor Sánchez Espejo, para testimoniarle su afecto, su admiración y su reconocimiento por la labor cumplida. Magna será la concelebración en la Catedral de San Cristóbal; y seguramente, para monseñor Sánchez Espejo tocarán también las fibras más delicadas de su corazón la Santa Misa ofrecida a los humildes a quienes atiende espiritualmente, los ancianos del San Pablo, y la función en su amada ciudad natal de Rubio, donde celebró su primera misa la semana siguiente de haber recibido la ordenación sacerdotal de manos de monseñor Sanmiguel.

En el prólogo que por deseo de monseñor tuve el honor de escribir para el vigésimo tomo de sus *Ráfagas*, dije que Sánchez Espejo el periodista, Sánchez Espejo el escritor, Sánchez Espejo el orador y el docente, Sánchez Espejo el ciudadano y el representante del pueblo en la Asamblea Nacional Constituyente, ha sido fundamentalmente, a lo largo de este medio siglo, un sacerdote. Su fidelidad a la Iglesia se ha probado, especialmente en épocas de confusión, en las que muchas vocaciones se frustraron y carreras sacerdotales se interrumpieron por la fuerza de los acontecimientos. Cuidadoso de mantenerse apuesto, no se ha quitado nunca la sotana y apenas ha usado el traje de *clergyman* cuando ha viajado al exterior. Si ha ido al Club Táchira a jugar dominó, jamás ha pasado más allá de una elegante y sobria cordialidad. Lo vi intentar jugar al boliche en alguna ocasión dominical en La Casona, aunque no con tanta destreza como la del papa Juan Pablo II al esquiar en los Alpes. Sánchez Espejo, siempre dotado de una abierta bonhomía, en medio de la cordialidad de su trato y de la jovialidad de su carácter, que para algunos podrá tener acentos de una cierta mundanidad, no ha vacilado nunca en su solicitud eclesiástica; y por ello, ha aparecido siempre al lado de las grandes figuras de la Iglesia en los momentos de alegría y de pena. Es imposible no verlo, en ceremonias tan trascendentales como la inhumación del primer cardenal o los ritos consagratorios de las más altas autoridades eclesiásticas, presente, con sencillo roquete, dando tributo de solidaridad en los acontecimientos que han señalado el

mundo de la vida eclesiástica venezolana; y, como para él es un culto la amistad, no le proporciona nada mayor placer que trasladarse en viaje que no es corto a participar en el acto de solemnizarse el sacramento del matrimonio de hijos o hijas de dilectos amigos o en la liturgia de la eucaristía en ocasiones familiares de aquellos. Por eso, es justo que hayan venido de Caracas y de otros lugares, amigos dilectos a compartir con él esta celebración.

Dentro de esa característica sacerdotal, actuó con extraordinario lucimiento en la Asamblea Nacional Constituyente de 1946 y 1947, pues fue una de las tres figuras eclesiásticas que el Partido Social Cristiano llevó al parlamento, con el respaldo decisivo de las mayorías populares del Táchira y de Mérida. Todavía se recuerdan las intervenciones de aquellos descollantes diputados: llenas de sabiduría las de monseñor José Rafael Pulido Méndez, después administrador apostólico de la diócesis de Cumaná, obispo de Maracaibo y arzobispo de Mérida; encendidas las oraciones de monseñor José León Rojas Chaparro, después obispo de Trujillo, en defensa de la fe; fogosas, pero al mismo tiempo atildadas, llenas de elegancia y de vigor, las intervenciones de monseñor Carlos Sánchez Espejo, para quien la prelatura conferida por el papa en 1965 constituyó un reconocimiento a su personalidad y a sus méritos. Curiosamente, eran tachirenses los tres; cada uno tenía su propia manera de expresarse y estilo peculiar; pero entre ellos y con los demás miembros de la fracción parlamentaria a que pertenecían, hubo siempre una relación franca, cordial y respetuosa, en aquellas jornadas que en cierto modo fueron como el prelude de lo que doce años más tarde iba a ser la iniciación en firme del proceso democrático venezolano.

Después de su ejercicio de parlamentario, presentó en Roma como tesis doctoral para recibir el grado de doctor en Derecho Canónico, una excelente obra jurídica sobre *El patronato en Venezuela* (que recibió el premio Luis Sanojo en 1953). Escogió un tema que habíamos abordado en las sesiones ardorosas de la Constituyente, cuando en histórico debate parlamentario demandamos que el régi-

men de patronato eclesiástico fuera sustituido por un entendimiento bilateral entre la Iglesia y el Estado. Este fue quizás uno de los momentos más hermosos en el proceso de la democracia venezolana. Su Eminencia el cardenal José Humberto Quintero recogió después en un volumen la historia del Convenio con la Santa Sede celebrado por la República de Venezuela. En este siglo ese proceso (con algunos antecedentes notables, entre ellos las clases de Caracciolo Parra León en la universidad, un *memorandum* del propio Quintero al presidente López Contreras y el discurso que el mismo pronunció en el Panteón Nacional ante los restos del arzobispo patriota Ramón Ignacio Méndez) comenzó en firme cuando se planteó en la Asamblea Nacional Constituyente aquel debate, novedoso pero esclarecedor: el cual, a pesar de lo encendido de los ánimos y de lo abundante de las tergiversaciones, culminó en la introducción al texto constitucional de una disposición que, repuesta en la Carta Fundamental de 1961, abrió el paso para esta solución feliz. Una solución que ha contribuido y contribuye a alejar a la Iglesia de las controversias políticas y a hacer que todas las corrientes, que todos los partidos se esfuercen por mostrar acatamiento a una institución que tiene elevada puntuación en el reconocimiento admirativo del pueblo venezolano.

Cuando, después de haber introducido este punto programático en el acuerdo que se conoce en la historia política venezolana como Pacto de Puntofijo y haberle recordado el Directorio Nacional del Partido Social Cristiano COPEI en enero de 1963 al presidente Rómulo Betancourt que este compromiso estaba todavía por cumplirse, y cuando, con el auspicio decisivo del propio presidente Betancourt y a través de largas conversaciones en las que tuve la honra de participar, se firmó en la Casa Amarilla el trascendental documento y se distribuyeron condecoraciones pontificias entre los representantes de las diversas corrientes políticas, no pude menos que escribir a monseñor Sánchez Espejo, diciéndole que en espíritu había estado él presente en aquella ocasión, como uno de los pioneros de esta lucha de sentido moral e ideológico, que tuvo tan feliz culminación y que

se puede presentar como uno de los ejemplos que honran a nuestra etapa democrática.

Por supuesto, la celebración de las Bodas de Oro sacerdotales de monseñor Sánchez Espejo abarca los más variados sectores. La Cámara de Diputados aprobó unánimemente un bello acuerdo de congratulación. El Concejo Municipal de San Cristóbal lo ha declarado hijo adoptivo. Las Academias de la Lengua, de Ciencias Políticas y Sociales y de la Historia, de las que es miembro correspondiente, no podían estar ausentes. Así mismo, hacen acto de presencia para testimoniarse su cariño el Liceo Simón Bolívar y la Universidad Católica del Táchira. Se editan varios libros que recogen parte de su abundante producción literaria. Se ha recordado al periodista; se ha rendido homenaje al conferenciante que semana tras semana, en “un momento con su pueblo”, recogido en veinte tomos de *Ráfagas*, ha ido sembrando sin cansancio semillas de bondad y de bien en el ánimo de sus oyentes. La Asamblea Legislativa del Táchira ha querido participar de manera relevante en el programa de festejos. Cuando recibí la invitación del presidente de la Legislatura para llevar la palabra en este acto, acepté emocionado y no pude menos que recordar en mi telegrama de aceptación la repetida frase, que en este caso tiene una manifestación muy especial: “honrar, honra”. Porque el honramiento que se le hace con esta sesión solemne y el acto de esta noche a monseñor Sánchez Espejo, ornamentado con las relevantes condecoraciones que se le otorgan, en especial la gloriosa Orden del Libertador, son de aquellas cosas que nos permiten refutar las afirmaciones peyorativas que con frecuencia y con dolor oímos o leemos sobre la democracia venezolana. Es verdad que esta tiene muchas fallas; que es mucho lo que hay que hacer, y renovar, y depurar, y corregir, y enmendar, y dinamizar, para que sea lo que debe ser en el corazón del pueblo venezolano; pero lo cierto es que la democracia en nuestro país mantiene la elegante relación humana adquirida en la persecución, en las mazmorras y el exilio, y manifestada en las jornadas de 1958, cuando la primera preocupación y el primer

interés de todos era el de recordar que por encima de las controversias, inevitables y hasta necesarias, se impone el reconocimiento de los valores humanos que hay en filas distintas de las nuestras, el propósito de afirmar la unidad de la patria y su prevalencia sobre las corrientes y grupos que luchan entre sí encarnizadamente. No solo el hecho de rendir homenaje solemne a monseñor Sánchez Espejo, que si alguna vez tuvo una posición dentro de la lucha política fue en la trinchera opuesta a la de los que tienen hoy mayoría en los cuerpos deliberantes del país, sino también el de pedirme a mí, militante de una organización opositora, que lleve la palabra en elogio de este preclaro tachirense, demuestran que la Asamblea Legislativa no ha perdido ese sentido de solidaridad. Es algo que renueva la esperanza, que revive la fe, que nos hace sentir que sí hay la posibilidad de reconocernos todos como parte integrante de esta indestructible patria, a la que tanto debemos y que tanto padece cuando la incomprensión, la incapacidad o el sectarismo predominan por encima de los sentimientos positivos que la impulsan a su engrandecimiento.

Carlos Sánchez Espejo es gloria del Táchira. No lo digo yo solamente. Lo han dicho ilustres figuras nacidas en esta misma porción del territorio venezolano. Lo dijo Amenodoro Rangel Lamus; lo proclamó Tulio Chiossone; lo han afirmado Ramón J. Velásquez, y Aurelio Ferrero, y podría seguir citando nombres, pero con ellos basta para dar fuerza a mi palabra. Aun cuando me atrevo a afirmar de que me siento tan tachirense como ellos y que la confianza y amistad que el pueblo del Táchira me ha brindado en circunstancias muy difíciles no solo me permiten ejercer el derecho sino que me asignan el deber de hablar como un hijo más de esta formidable porción de nuestra patria; y sobre todo, en una ocasión como esta, en que se va a exaltar a quien en tan alto grado lo merece, porque mucho significa y ha hecho para ennoblecer el gentilicio de su patria chica, lo mismo cuando ha estado en Caracas o en Roma, o en los otros lugares del mundo en los cuales le ha correspondido actuar.

La designación hecha en mí me permite hablar en nombre de todos los tachirenses, sin distinción alguna, representados en este honorable cuerpo, para decirle que es de la comunidad entera el día feliz de su jubileo. Estamos todos muy contentos. Están contentos los que le han tratado y le tratan a diario; están contentos sus discípulos, que oyen de sus labios lecciones llenas de sabiduría y aliñadas por el patriotismo; están contentos los sacerdotes de su generación y de sucesivas promociones, y los estudiantes que aspiran a recibir el orden sacerdotal y se fortalecen en sus propósitos cuando ven ejemplos de constancia incansable en el ejercicio de ese sagrado ministerio; están felices los hombres y mujeres humildes de la ciudad y el campo, que le ven con respetuoso afecto; están contentos los intelectuales, y los empresarios, y los trabajadores y los políticos, porque, hoy mismo, esta celebración rumbosa y entusiasta confirma la verdad de que el Táchira ha sido un almacigo de valores humanos, muchos de los cuales han ido a sembrarse y crecer con esplendor en otros horizontes, pero otros de los cuales aquí se quedan para dar testimonio, para mantener y renovar en el trato diario con sus paisanos, el recuerdo de los grandes objetivos nacionales que es necesario asegurar para ganar el porvenir.

Reciba monseñor Carlos Sánchez Espejo la seguridad del afecto, de la admiración y del respeto de todos sus paisanos; reciba el fraternal mensaje de quienes se sienten muy felices de tenerlo y muy orgullosos de contar con él.

Ciudadanos diputados: si en alguna ocasión ha interpretado este cuerpo a cabalidad el sentimiento unánime del pueblo que representa ha sido en este, al ofrecerse para trasmitirle el saludo de este pueblo con sana alegría a este insigne valor tachirense, lumbré de la Iglesia y de la patria. En cuanto a mí, si en más de una ocasión me he considerado portavoz de los sentimientos del Táchira, en este así lo siento doblemente, porque este homenaje lo inspira el cariño, lo ilustra la verdad y lo califica la justicia.

Monseñor Carlos Sánchez Espejo: el Táchira se siente orgulloso de usted, y aspira a que usted, cuando se retire a hacer un momento de meditación, esté seguro del afecto y solidaridad de su pueblo, al coronar un excepcional medio siglo de sacerdocio. Su figura recia y limpia será un molde más para la fragua, en que como aleación encendida está plasmando su nueva imagen la juventud venezolana.

ADELITA ABBO DE CALVANI*

La tragedia del 18 de enero, que nos arrancó a Arístides Calvani, se llevó también a Adelita Abbo de Calvani y a dos de sus hijas.

Dispuso la Providencia que la unión de aquel matrimonio hasta el fin llegara en forma permanente e indisoluble; pero, sin duda, la personalidad extraordinaria de Arístides, su relieve continental y mundial, su talla de pensador, de luchador y de constructor, en cierto modo no ha dejado medir en toda su intensidad lo que fue la pérdida de esa mujer insigne que se llamó Adelita Abbo de Calvani. Por eso considero esta iniciativa, del homenaje que se le rinde hoy, un acto de reconocimiento y de justicia. Cuando Amalio Fiallo me invitó a participar en él, desde luego inmediatamente acepté.

Me sentí muy vinculado a Adelita desde cuando era mi alumna en la Escuela Católica de Servicio Social.

En el año 1945, Inés Ponte, una gran mujer de Venezuela, llevó a cabo la constitución de ese instituto que produjo notables resultados. Acompañada por la condesa de Hemptine, por María Baers, por Alicia Baena, por Marta Ezcurra, por Elsie Missong, por Margarita Calvento, por el padre Manuel Aguirre Elorriaga, por el padre Ángel

* En el homenaje a un año de su trágico fallecimiento, organizado por el Centro de Promoción Humana PRO-HOMBRE, Caracas, 20 de enero de 1987, acto en el cual se presentó el libro *Las bases de la participación social en Venezuela*, donde se recoge su experiencia en materia de promoción popular.

Adelita Abbo de Calvani (1919-1986). Hija de Tito Abbo, empresario y comerciante, y de Adela Fontana, realizó estudios en Italia, Francia y Estados Unidos. En 1948 egresó de la Escuela Católica de Servicio Social. Contrajo matrimonio con Arístides Calvani el 17 de septiembre de 1949. Tuvieron seis hijos. Participa con su esposo en la fundación del Movimiento Familiar Cristiano y consagra su vida al servicio social y comunitario. Sentó las bases de la participación social en Venezuela y de la promoción popular como herramienta para la superación de la pobreza y la exclusión, cuando ejerció la Secretaría de Promoción Popular en el primer periodo presidencial de Rafael Caldera, del cual su marido era ministro de Relaciones Exteriores y estrecho colaborador. Fue luego la primera mujer que presidió el Concejo Municipal de Caracas (1979-1981), donde dio inicio a los Cabildos Abiertos de consulta al pueblo. Fundó y dedicó su incansable actividad al Centro de Promoción Humana PRO-HOMBRE, desde 1974 hasta su fallecimiento en un accidente de aviación ocurrido en la región de El Petén, Guatemala, junto a su esposo Arístides y dos de sus hijas, Graciela y María Elena.

Sáenz y por algunos profesores seculares, entre los cuales nos hizo el honor de señalarnos a Arístides y a mí.

Adelita, entre un grupo de alumnas excelentes, destacaba de una manera singular. Era una muchacha bonita, fresca, inteligente, activa. Hija de padre italiano y de madre venezolana, había nacido al lado de nuestra frontera, en la ciudad, que me atrevería a llamar colombo-venezolana, de Cúcuta, donde pasó unos cuantos años y donde fue una reina de belleza, según nos lo revelaron después recortes de prensa que circularon cuando fue la esposa del canciller de la República. De familia acomodada, era resaltante su sencillez. No hacía gala de lo que era aditivo y externo y trataba de servir y de ayudar, y se compenetró íntimamente con Inés Ponte en la preocupación de eso que en un homenaje que se le rindiera a aquella venezolana realmente excepcional llamé “la técnica de la caridad”, porque el servicio social allí enseñado y aprendido era realmente la técnica de la caridad.

Arístides estaba soltero; profesor apuesto, sin duda no sería la única de las alumnas que acarició la idea de que pudiera interesarle, Adelita, quien indudablemente lo captó; y quizás, de esa Escuela Católica de Servicio Social que tuvo tantos frutos, el mayor fruto fue el matrimonio de ellos dos. Procrearon una bella familia, pero no abandonaron el trabajo por la comunidad: él y ella, cada uno dentro de su radio específico, los dos íntimamente compenetrados con un gran fondo de religiosidad y con una inagotable vocación de servicio.

Ha recordado, con justicia, Enrique Pérez Olivares, que en el programa de gobierno de 1968, el capítulo sobre la promoción popular fue ponencia de Arístides. Ese programa, resultado de un proceso de conferencias que se reunieron en un volumen llamado *Venezuela 68*, de un Congreso de Profesionales y Técnicos que constituyó una verdadera novedad en la política venezolana, tuvo su redacción casi final en manos de una comisión que integraron Arístides, Hugo Pérez La Salvia y Luis Enrique Oberto y en él estaba la idea de la Promoción popular, que no era una improvisación, ni una afirmación

demagógica, sino la expresión de lo que Arístides y Adelita habían concebido y en lo cual habían trabajado y por lo cual se habían preocupado a lo largo de no poco tiempo. Dice Enrique también, en el prólogo del libro que se presenta hoy, que muchos pensaron que Arístides iba a ser el encargado de la Promoción popular. Yo pensé que sería un buen ministro de Relaciones Exteriores y resultó, afortunadamente, quizás uno de los mejores cancilleres que ha tenido el país en toda su historia. Entonces, como una cosa lógica, se designó a Adelita Calvani, primero como delegado de la Presidencia de la República para el Estudio, Organización y Estructuración de la Secretaría de Promoción Popular, en el decreto número 13 de 17 de marzo de 1969, y después, secretaria de Promoción popular. Se hizo constar en algunas de las ruedas de prensa que la secretaria no quiso remuneración.

El congreso, dominado por preocupaciones políticas, lamentablemente subalternas, negó la partida que iba en el proyecto de Presupuesto para la Promoción popular. En una rueda de prensa del 8 de mayo se adelantaba algo. Se decía: “la Promoción popular está trabajando. Hay un equipo organizado, un equipo que está trabajando con mucha seriedad y con muy buena voluntad, con un gran desinterés, un equipo todavía pequeño”. Y le decía al periodista: “Usted sabe que la Promoción popular representa esta idea, de acuerdo con su misma denominación: promoción, es decir, estímulo para que los sectores marginados puedan encontrar acceso e incorporación a la vida social. Esto supone crear una serie de vínculos y de nexos con los organismos que se ocupan de la vivienda popular, con los organismos que se ocupan del desarrollo de la comunidad y la cultura popular, con los organismos que se ocupan de la juventud y del pueblo. Es un programa largo y mientras menos escándalo se haga, mientras menos publicidad tenga, mayor sinceridad y mayor posibilidad habrá”.

Más adelante, el 15 de enero, aprobado el nuevo presupuesto, hubo que declarar lo siguiente: “La Promoción popular, en los

primeros diez meses de gobierno, ha funcionado sin presupuesto, prácticamente. Se han aprovechado funcionarios de aquí y de allá, pensando que es una tarea que fundamentalmente requiere corazón, mucho más que dinero. Desde luego, si el congreso hubiera aprobado los cinco millones de bolívares asignados para el presupuesto, que no son una suma exorbitante en comparación con las otras partidas de gastos, esta labor habría podido multiplicarse. Abrigo la esperanza de que en el curso de este año podamos convencer a todos los partidos representados en el Poder Legislativo, por lo menos a la mayoría de ellos, de que la promoción popular no es una tarea partidista ni proselitista, sino que es una labor de colaboración por parte del Estado hacia quienes se encuentran en situación de marginalidad, para que puedan encontrar camino hacia una mayor participación dentro de la vida social”.

Lo cierto es que Adelita hizo el milagro de trabajar cinco años sin recursos propios, sacando de aquí y de allá, como se expresó en esta cita, aprovechando las buenas voluntades de funcionarios adscritos a otros organismos oficiales y sin escándalo, sin publicidad. Por eso, son quizás muchos los venezolanos y hasta quizás, desgraciadamente, muchos los copeyanos, que ignoran todo lo que se hizo, todo lo que se cumplió y la profundidad y trascendencia de la obra cumplida por la Secretaría de Promoción Popular a cargo de Adelita Calvani.

Por supuesto, mientras tanto, Adelita era también la esposa del canciller y, como lo anuncié cuando presenté al país el equipo inicial de gobierno, no era una cancillera para estar preocupándose mucho de organizar saraos, pero sí de buscar relaciones, amistades, sentido humano de la vida. Cuando estuve en visita de Estado en el Perú, la esposa del primer ministro, que era el general Edgardo Mercado Jarrín, quien había sido varios años canciller del Perú, me dijo lo siguiente: “Nosotros, cuando Edgardo fue canciller, nos hicimos amigos de todos los cancilleres de América Latina, pero Arístides y Adelita —no Arístides solo— son una cosa aparte”. Y esto realmente se realizó con una sencillez, con una humildad, con una nobleza, con

una generosidad extraordinaria. Por eso, el recuerdo de Adela Abbo de Calvani no es solo un mensaje para PRO-HOMBRE. Su figura moral y social tiene necesariamente un puesto de honor en la galería de las esposas de los cancilleres de Venezuela.

Pasó el tiempo. En 1979 el resultado electoral nos llevó nuevamente a la responsabilidad del gobierno. Yo fui uno de los que puso mayor interés en que Adelita fuera la presidenta del Concejo Municipal del Distrito Federal. Considero que le dio prestancia y dignidad al cargo. Fue a ella a quien le tocó iniciar, de acuerdo con la nueva legislación orgánica de régimen municipal, los cabildos abiertos. Se empeñó en realizar una labor, pero al cabo no hubo poder humano para convencerla de seguir en la Presidencia del Concejo. Había advertido que la mayor parte de su tiempo la consumía una especie de tarea parlamentaria, en los largos y a veces inútiles debates que se hacen en el organismo municipal, y que las tareas burocráticas le arrebataban la posibilidad de trabajar en lo que a ella le gustaba, en lo que ella quería: en el Centro de Promoción Humana PRO-HOMBRE, que se fundó precisamente en 1974, cuando terminó sus labores la Secretaría de Participación Popular.

En el libro que se presenta hoy hay unos párrafos que pido la benevolencia del auditorio para que me los permitan leer, porque los considero de gran valor. Dice:

Se puede considerar a la Secretaría de Promoción popular como la Institución que emprendió por primera vez en Venezuela la tarea de realizar experiencias que sirvieran de base para precisar un proceso de participación de la población en el desarrollo del país y para formular una metodología al respecto. Los esfuerzos cumplidos durante los cinco años de vida de la Secretaría de Promoción popular (1969-1974) se dirigieron fundamentalmente a la experimentación de métodos, técnicas y logros que permitieran abrir un camino y establecer las bases para una transformación social fundada en la persona humana. A los efectos de conocer más de

cerca los resultados de esa experiencia, su influencia y su aporte en la búsqueda y formulación de una metodología de educación para la participación, se hace necesario un breve análisis de la misma. Lejos de nuestra intención el analizarla global y exhaustivamente. La amplitud de las actividades realizadas, la diversidad de campos transitados y la magnitud de la labor desarrollada por Promoción popular, escapa a nuestro alcance y, en definitiva, al propósito de este libro. Nos limitaremos a aquellas realizaciones que de algún modo mantienen una estrecha relación con la metodología que aquí presentamos, en cuanto constituyen su origen y fundamento. En este sentido ponen de manifiesto la continuidad, seriedad y realismo del trabajo hasta ahora efectuado y que aquí presentamos. Abordaremos el estudio de la labor de Promoción popular de acuerdo a las cuatro líneas consideradas como indispensables para realizar un trabajo global e integral acerca de la participación, y en función de las cuales está estructurada la metodología de educación y organización para la participación: investigación, organización, coordinación, educación.

Aspiramos poner así de relieve la importancia que ha tenido para nuestro trabajo y para cualquier labor verdaderamente social, el conocimiento del estudio y la vivencia de la realidad misma de nuestra población, el deseo siempre renovado de hallarle solución a sus necesidades y problemas y por sobre todo, la inquietud permanente de encontrar nuevas formas de abordar su promoción y desarrollo, respetando y permaneciendo fiel a lo que hay en ella de auténtico y verdaderamente humano. Omitiremos en nuestro estudio las actividades realizadas con respecto a la formación y adiestramiento del personal de la Secretaría, así como las experiencias en el campo agrícola, asentamiento campesino El Páramo, y pesquero, Puerto de Güiría, y todos aquellos aspectos y detalles de orden operacional y descriptivo, con objeto de ser breves y evitar la dispersión. Los datos que a continuación presentamos se refieren exclusivamente al área metropolitana de Caracas. Las experiencias

y resultados obtenidos por Promoción popular en sus cinco años de vida, constituyeron el punto de partida de un trabajo que se prolongó durante diez años más a través de PRO-HOMBRE, con objeto de revisar, experimentar, completar y fundamentar nuestros procedimientos metodológicos.

Los datos utilizados como referencia para presentar la actividad de Promoción popular han sido extraídos de las Memorias y Cuentas de la Presidencia de la República durante el período 1969-1974.

Este libro es realmente admirable: es una mezcla de ciencia y experiencia, de idealismo y realismo, de técnica y de espíritu; aquí está realmente un camino marcado para realizar una labor indispensable dentro de la promoción popular: desde los fundamentos teóricos y jurídicos de la participación, antecedentes históricos, sindicales, promoción humana, desarrollo de la comunidad, diagnóstico de la marginalidad, la promoción popular en Venezuela, la participación y el cambio social, la concepción humanista y la participación, definición de la participación, características del proceso de participación, activo, consciente, libre, responsable, eficaz; condiciones: modernización de la sociedad, Estado promotor, marco legal, cambio de actitudes, globalidad del proceso, metodología operativa, organización social, ámbitos de la participación, en los aportes y en los beneficios; aspectos jurídicos de la participación: Constitución, Ley Orgánica de Régimen Municipal, Reglamentos; luego, aproximación antropológica de Venezuela, aspectos psicológicos y todo lo que viene después, en cuando a la metodología de la educación y de la organización.

Ha dispuesto también la Providencia que este libro, que en tal manera refleja la vida, la preocupación y la experiencia de Adelita sea un libro póstumo y creo que el mayor homenaje que puede tributarle PRO-HOMBRE, y que le ha tributado, es su publicación. Su publicación, porque no tiene solamente el carácter de un reconocimiento, sino también la proyección, muy firme, de una obra

en la que está comprometido este Centro que ella fundó y en la que estamos comprometidos todos a quienes permanentemente nos motivaba sobre sus labores, sobre sus esfuerzos, sobre sus tareas en PRO-HOMBRE.

En cierta manera me atrevo a considerar que este libro es el testamento de Adelita Abbo de Calvani; que este testamento, en el cual deja un mensaje profundo y claro, hará que una labor indispensable, reclamada con urgencia por el porvenir de Venezuela, se realice en forma planificada, en forma consciente, previo el análisis a fondo de la realidad y de los mecanismos que deben ampliarse, e inspirados por un profundo sentir de espiritualidad, transmitido a la lucha por elevar las condiciones materiales, pero también las condiciones morales de nuestro pueblo. Este libro, pues, es el testamento de Adelita Abbo de Calvani, un bello testamento, un noble compromiso; aquí está retratada de cuerpo entero en su sentir, en su aspirar, en su devoción permanente e incontenible de lucha por el bienestar del pueblo venezolano.

JEANNETTE ABOUHAMAD HOBAICA*

Una huella fina y profunda

Breve fue el tránsito de Jeannette Abouhamad Hobaica por el mundo. Pasó como una exhalación, dejando el perfume de su elegancia, de su simpatía, de su magnetismo personal. Pero dejó algo más: una huella profunda en muchas vidas, la marca de una acción fecunda en el campo de la ciencia, un ejemplo lleno de vivencias en la cátedra, en la que supo demostrar que ser maestro no es solo dar clases sino mucho más: fomentar el amor por el estudio, el interés inagotable por el conocimiento, el sostenido afán por la investigación y una lealtad insobornable a la verdad.

El libro que me han hecho la deferencia inestimable de pedirme prologar es una evidencia de esa huella profunda, aunque muy fina, que Jeannette Abouhamad supo dejar en el campo de la Sociología, y especialmente en la rama venezolana de la Sociología. De esa disciplina admirable y contradictoria que desde que Augusto Comte acuñara el híbrido grecolatino se ha ido enseñoreando, en todos los países, de muchas mentes. De esa actividad movida por el

* Jeannette Thérèse Abouhamad Hobaica, descendiente de libaneses llegados a la Isla de Margarita en los albores del siglo XX, nació en Porlamar el 15 de enero de 1934 y falleció el 8 de mayo de 1983 en Caracas. Completó sus estudios de primaria y secundaria entre el Colegio Santa Rosa de Lima y el Liceo Andrés Bello donde en 1951 obtuvo el título de bachiller en Filosofía y Letras. Al año siguiente, comenzó sus estudios en el departamento, luego escuela, de Sociología y Antropología de la Universidad Central de Venezuela. En 1956 se graduó en la primera promoción de sociólogos y antropólogos, y en 1969 obtuvo el título de doctora en Sociología, con mención especial, en la Facultad de Letras y Ciencias Humanas de la Universidad de París, La Sorbona. Ya había iniciado entonces la carrera académica que desarrolló a plenitud en la docencia, la investigación y la ampliación de los horizontes de la Sociología y de la comprensión sociológica de Venezuela.

De esos empeños da cuenta una amplia obra escrita en la que destacan, como hitos de su reflexión en diferentes momentos, *Amuay 64, su gente, su vivienda* (1966), *Los hombres de Venezuela: sus necesidades, sus aspiraciones* (1970), tesis doctoral presentada en La Sorbona y reconocida con mención especial, y su último trabajo de ascenso bajo el título *El psicoanálisis: discurso fundamental de la teoría sociológica* (1978). Su participación en la organización de congresos internacionales de Sociología en Caracas (1961 y 1972), en la creación de la Escuela de Ciencias Sociales en la UCAB (1959) y, particularmente, en la concepción y dirección del doctorado en Ciencias Sociales de la Universidad Central de Venezuela (1979) son, igualmente, muestras de la variedad de formas que asumió el compromiso académico de quien tanto entregó a la docencia.

permanente deseo de conocer el acontecer social, de interpretarlo, de mensurarlo, pero también, en lo posible, de ahondar sus causas, motivos y valores, y hasta de pretender —con frecuencia ingenua y equivocadamente— predecir su marcha en el futuro y sus derivaciones hacia el infinito.

Jeannette Abouhamad perteneció al grupo de los primeros profesionales de la Sociología que recibieron en nuestro país una formación especial y desarrollaron a base de esa formación una línea científica de insobornable adhesión a las normas del conocimiento sociológico. De quienes recibieron el legado de las generaciones anteriores, que incursionaron en el quehacer de la Sociología más por vocación que por formación técnica, más por intuición que por rigor científico, más por experiencia que por preparación teórica. Así lo expresé en la instalación del VI Congreso Latinoamericano de Sociología, en cuya organización y desenvolvimiento prestó Jeannette una colaboración invaluable: “Algunos de los promotores de la Asociación Latinoamericana de Sociología no somos sociólogos profesionales. La vida nos ha impuesto otras actividades conexas, o compromisos anteriores nos han ubicado preferentemente en disciplinas científicas cercanas, adonde hemos llevado el mensaje sociológico como deber de estudio serio y objetivo de los hechos sociales dentro de los cuales se producen y actúan los fenómenos que nos toca indagar. Pero tenemos todos el concepto claro de que el proceso de tecnificación y especialización de la Sociología no debe solamente admitirse, sino reconocerse e impulsarse. Y nos sentimos honradamente satisfechos cuando vemos surgir sociólogos profesionales que integrarán las nuevas promociones de ALAS (Asociación Latinoamericana de Sociología), y pensamos que nuestro esfuerzo contribuyó a ofrecerles un instrumento capaz de multiplicar sus energías y de ponerlas en relación fecunda con los colegas de las diversas parcialidades de la gran patria latinoamericana”.

Entre los sociólogos de la nueva generación ocupó Jeannette Abouhamad un lugar destacado. Graduada en Caracas y en París,

estaba destinada vocacionalmente a la docencia. El testimonio de cómo la ejerció corre fluidamente en las páginas del presente libro, por expresiones estupendas de discípulos suyos. Uno de ellos, por ejemplo, dice: “Conocí a Jeannette Abouhamad cuando yo tenía diecisiete años y estudiaba primer año de Sociología. Un día, después de una de sus clases en la cual se relacionaron autores, teorías, corrientes y títulos de tan variado género y tanta sofisticación para el precario saber, recuerdo con claridad que me acerqué a la tarima y le dije: —Profesora, sus clases me crean muchas angustias... Jeannette quiso subsanar la situación, pedir disculpas, pues pensó que me hacía daño. Pero la verdad es que no había nada que disculpar, pues era una angustia productiva, una angustia que me provocaba ansias de estudio y de saber. Desde ese entonces Jeannette Abouhamad ha sido para mí, como creo que para muchos de los que aquí estamos, una fuente inagotable de búsqueda, un apoyo continuo de tareas emprendidas, un estímulo para el conocimiento que nunca se acaba y un ejemplo de moral y rectitud en el comportamiento universitario” (Briceño León).

Provocar esa angustia creadora: ¿qué más puede pedirse a un maestro? Pero no era para dejar al discípulo perdido en el piélago de sus inquietudes. Hay otro vocablo en la cita trascrita, que es el complemento indispensable sin el cual la profesora habría corrido el peligro de lanzar al alumno en el vacío: —*apoyo*. “Apoyo continuo de tareas emprendidas”, que para tener validez sustantiva se manifestaba además en “un estímulo para el conocimiento que nunca acaba”, y en la lección de la conducta: “un ejemplo de moral y rectitud en el comportamiento universitario”.

Tenía el don de ganarse a aquellos con quienes le correspondía trabajar. A los que por alguna circunstancia se encontraran en un nivel de autoridad, a los que compartían su posición y sus faenas, pero también, y sobre todo, a los estudiantes, “Un día —cuenta una de estos— un tropel de amigos sociólogos cumple su promesa, presentarme a Jeannette Abouhamad. Rápidamente se convirtió en mi

amiga, también mi guía en los caminos del quehacer científico. Su rigor, su respeto, su vehemencia, cuántas cosas admiré en la amiga que se fue, cuántas cosas aprendí” (Teolinda Bolívar). “Decir que el contacto con Jeannette —expresa otro— fue un estímulo es una redundancia, pues esta amiga poseía la rara cualidad de electrificar todo lo que la rodeaba (...) Jeannette Abouhamad fue para mí el clímax de la pasión por saber y la cima de la dignificación del intelecto” (Rigoberto Lanz).

No hay duda de que leer estas confesiones hace revivir en el recuerdo la presencia de aquella gran mujer. Por eso Domingo Maza Zavala, al describir su paso por las aulas docentes de la Universidad Central y de la Andrés Bello, y del Consejo Nacional de Investigación Científica y Tecnológica, comenta: “En esos recintos de enseñanza e investigación aún se escucha su voz, su trajinar humano, su risa; aún se vislumbra la estela de sus angustias creativas; aún se disipa en él el humo de su cigarrillo; aún se consultan sus notas rápidas, nerviosas, sobre teorías y proyectos, sobre encuestas y estadísticas, sobre exposiciones y pruebas de examen, sobre ponencias y relatos del complejo y apasionante mundo de la sociología y de la ideología. Este es el recuerdo, la labor que perdura, el trabajo que se lleva adelante. Es el recuerdo vibrante y actuante, no el que se desprende del retrato colgado en el muro, o el del nombre que debe dársele a una cátedra. Es el recuerdo de su presencia, no de su ausencia, el recuerdo de su vida, no el de su muerte”.

Al pasar el océano, no solo encontró ciencia, sino amistad, en afamadas instituciones de ultramar. Allí, sus anfitriones, sus guías en el ascenso académico y en el quehacer científico, encontraron en Jeannette “una camarada, una amiga, una personalidad cautivante, apasionada y expresiva” (P. H. Chombart de Lawe). Aquí y allá, su bondad es ostensible: “Me conmovió la atención que prestaba a quienes establecían contacto con ella. Evocando un viejo dicho, yo afirmaré que era una de esas personas que con su presencia justifica un poco la existencia del mundo y le permite durar” (Zdemeck Struiska).

Y si su permanente preocupación fue similar a la que Roscio recomendó a Bello cuando le escribió a Londres: “ilústrese más para que ilustre a su patria”, ella no solo alcanzó en su corta vida algo que muchos no llegan a lograr ni con largos y duros esfuerzos —que fue formar discípulos—, sino también elaboró importantes trabajos sobre su materia vocacional, la Sociología, dedicados a su tierra y a su gente, a Venezuela y los seres humanos que la habitan.

Interesada en fomentar el estudio sociológico, imprimió a sus estudios y enseñanzas una gran amplitud. Sostener sus ideas y sus puntos de vista nunca fue para ella difícil, pero tampoco fue motivo para excluir o alejar a los discípulos que sostuvieran otros diferentes. Eso sí, reclamaba en todos seriedad, sinceridad, objetividad. En el VI Congreso Latinoamericano de Sociología, reunido en Caracas en 1961, se preocupó por el estado de la Sociología en nuestra América Latina. Señaló como una falla de la Sociología contemporánea “el que gran parte de las llamadas Teorías Sociológicas no están basadas en la realidad empírica, sino que son teorías desvinculadas de dicha realidad”. Y en cuanto a América Latina, dijo, “no existe ningún conjunto sistemático de principios sociológicos basados en la investigación de la realidad latinoamericana, conforme a un riguroso método científico” (...) “una teoría importada, no basada en la realidad, la más de las veces no puede ofrecerle nada a esa realidad” (...) “En resumen, corroborando nuestro argumento, la América Latina tiene que construir sus propios principios sociológicos, si los existentes no resultaren adecuados a su realidad, y la resolución de sus problemas requiere el conocimiento previo de lo que ella es, mediante la investigación, realizada siguiendo una metodología científica rigurosa, tomando prestado de la Sociología extranjera lo que de ella pudiera ser aplicable, sin dejar de tener en cuenta las consecuencias negativas que pudieran resultar de las acciones emprendidas para la resolución de sus problemas reales”.

Valdría la pena disponer de espacio y tiempo para analizar las producciones de Jeannette Abouhamad contenidas en el presente

libro. El lector sabrá hacerlo con interés y afectuosa devoción. En la clase inaugural del doctorado de Ciencias Sociales de la Universidad Central desahogó muchas preocupaciones sobre la realidad social de Venezuela. “Su pasaje —observa, por ejemplo— de la sociedad agro-exportadora, en las primeras décadas de este siglo, a exportadora de hidrocarburos, ingresando, por un aparente azar del destino, al sistema capitalista mundial y con ello a una cierta ‘modernidad’ signada por la dependencia del afuera, sin desarrollo de las fuerzas productivas, sin apropiación transformadora de la naturaleza externa, confieren a los procesos de socialización caracteres peculiarmente contradictorios: no solo por el predominio de actividades instrumentales ajenas, con respecto a las estructuras normativas fundadas en valores tales como justicia, conveniencia, etc., sino que al conflicto provocado por la modernidad con los dogmas, creencias e imágenes del mundo provenientes de la tradición, se agrega la oposición, encubierta por la idealización ideológica, entre estas y las otras imágenes del mundo, de sociedades que siguieron otra lógica histórica”. Y señala algo muy importante: “El Estado rentista deviene planificador y gestor sin soberanía. La influencia y el control directo o indirecto de firmas extranjeras, hasta la seudonacionalización del hierro o del petróleo, alcanza el 75 por ciento de la economía. Las corporaciones trasnacionales penetran nuestra economía, inciden aún más en la tecnología empleada cada vez más sofisticada, con sus consecuencias conocidas, e imponen mensajes con nuevos sentidos uniformes y ajenos a nuestra significación. El carácter básicamente importador de la economía, salvo algunas exportaciones e intentos de sustitución de importaciones a partir de la segunda mitad del siglo, nos trasmutan en adquirente de bienes de consumo colectivo de las sociedades capitalistas avanzadas, aún irresuelta nuestra producción, no dominada la naturaleza, quizás por ello agresivamente tratada y, además, devastada por el lucro y el beneficio. Se accede al consumo desenfrenado, sustituyendo quizás en la posesión de objetos tantas carencias de identidad”.

Su excelente tesis sobre “el habitante venezolano” está llena de consideraciones sobre las cuales vale la pena meditar. Me ha llamado la atención su afirmación de que el subdesarrollo es producto del impacto de la civilización industrial. De que “no es una fase *previa* al desarrollo sino una realidad *contemporánea* del desarrollo. En consecuencia, las sociedades subdesarrolladas no pueden jamás *reproducir* la experiencia de aquellas y están confrontadas a la construcción desafiante y experiencia creativa de un molde propio de sociedad a alcanzar y de su propio destino, dentro de la autenticidad que fundamenta la historia activa” (subrayados míos).

Señala cómo el desenvolvimiento histórico venezolano es simbiosis de profundas heterogeneidades culturales; y al recorrer los distintos sectores sociales, se detiene en los marginados, que “se caracterizan también por su diversidad” y formula muchas consideraciones sobre este sector. “En realidad, expresa, el concepto de marginalidad, hoy tan común en el léxico latinoamericano, es el testimonio científico de una realidad presente y desgarradora”.

Este trabajo indudablemente merece una exhaustiva y profunda consideración.

Por supuesto, en el volumen que hoy se ofrece al lector hay como nota característica un emotivo acto de presencia de la inolvidable Jeannette Abouhamad. Las páginas que se le dedican y las que contienen algunos de sus ensayos sociológicos integran un conjunto que dibuja con nitidez aquella personalidad.

Pero también se entiende que, para redondear el homenaje, se incluyan importantes trabajos dedicados a la misma faena que llenó la vida intelectual y activa de la figura a quien el libro se dedica. Trabajos importantes sobre distintos aspectos de la realidad social venezolana están dentro del orden de las preocupaciones fundamentales. También lo están los ensayos que se dedican a diversas situaciones y problemas de la sociedad actual, tales como la “privatización” de los servicios públicos, la crisis del sistema capitalista, la crisis del desarrollo y lo que uno de los sociólogos contribuyentes de la obra

llama “el progreso de la barbarie”, tema por cierto muy interesante y necesariamente controversial.

Y encajan perfectamente dentro de los estudios de la profesora Abouhamad los interesantes ensayos que sobre la teoría componen la última parte del volumen.

Considero que, en conjunto, el homenaje es digno de Jeannette; y no constituye una mera compilación testimonial, sino un texto nutrido e importante que enriquece, sin duda, la bibliografía venezolana.

Tuve con Jeannette Abouhamad una sincera, una leal, una afectuosa amistad. Más de una vez charlamos sobre los problemas de nuestro país, sobre las características de nuestras universidades, sobre los rumbos de la investigación y la enseñanza sociológicas y sobre la trascendencia que ambas deben tener, para orientar la solución de nuestras carencias y dificultades y para impulsar la búsqueda efectiva y armónica del desarrollo.

Tuve el honor de ser uno de los fundadores de la Asociación Venezolana de Sociología. Fui su secretario general bajo la presidencia de mi maestro el doctor José Rafael Mendoza Troconis; después, su presidente. El hecho de desempeñar la cátedra de Sociología en la Facultad de Derecho y de luchar por mantenerla, aun dirigiéndola hacia una visión más especializada del Derecho como fenómeno social, me asignaba una seria responsabilidad, ya que dicha cátedra fue la primera que en la vida universitaria venezolana se dedicó a la materia concebida por Comte. En la A.V.S. conté con colaboradores brillantes, como José Agustín Silva Michelena, José Lorenzo Pérez, Marco Tulio Bruni Celli. Para satisfacción mía y de todos, tuvimos a Jeannette Abouhamad, que no solo por ser mujer e innegablemente atractiva ponía una nota grata en nuestras reuniones, sino por ser profesional graduada en Sociología, trabajadora infatigable y profesora brillante de nuevas promociones de sociólogos.

Como uno de los fundadores de la Asociación Latinoamericana de Sociología (ASAS), constituida en Zürich en septiembre de 1950

bajo la presidencia del ilustre maestro argentino Alfredo Poviña, fui invitado a organizar el VI Congreso Latinoamericano de Sociología, el cual se celebró en Caracas en abril de 1961. El éxito que tuvo el congreso se debió en primer término a los colaboradores mencionados en el párrafo anterior, Jeannette entre ellos, en la primera fila.

Posteriormente, el 19 de noviembre de 1972 tuve el honor de instalar en Caraballeda el XXIII Congreso Internacional de Sociología. Para entonces, Jeannette Abouhamad era presidenta de la Asociación Venezolana de Sociología. Presidió también el Comité Organizador del Congreso, lo que le dio no poco trabajo ni le dejó de producir algunos sinsabores, pero le ofreció una oportunidad para demostrar nuevamente su capacidad y hacer brillar su personalidad. En ese momento ejercía yo la Presidencia de la República y puse el mayor empeño en colaborar con Jeannette y los demás miembros del Comité Organizador del Congreso y con los directivos del Instituto Internacional de Sociología, para que llevaran a cabo la tarea, como lo hicieron con un brillante resultado. En el discurso de instalación me fue muy grato destacar “la marcha de esta Asociación (A.V.S.) que hoy preside una mujer venezolana, como testimonio de madurez, de capacidad y de prestancia que el sexo femenino ha tomado en la vida moderna, y que no es ni debe ser en nuestra sociedad actual el regalo que se hace como gentil cumplido a su condición de mujer sino la posición conquistada por méritos, por inteligencia, por preparación”.

Desde París, en octubre de 1965, me escribió: “Recién llegada a esta comencé a trabajar por deseo del doctor Chombart de Lawe quien por su gentileza y distinción para conmigo, me compromete a merecerlas. Creo que vale la pena que Mireya considere la posibilidad de venirse. Mr. Chombart reúne la combinación teoría-práctica y filosofía-ciencia: humanismo y técnica. París sigue siendo, para mí, el escenario más auténtico de la realización humana. Cada diálogo, cada observación es un aprendizaje fructífero. Recuerdo, a menudo, ciertas frases que le escuché la noche que cené en su casa. Ese día

constaté que Vd. es un genuino intelectual y un hombre lleno de bondad al servicio del ser humano”.

En este último párrafo se revelaba la generosidad inagotable del personaje. Y su tierna sensibilidad y su manera tan noble de agradecer una expresión de solidaridad se manifiesta en este párrafo de una carta enviada a raíz de la muerte de su madre: “Las sabias sociedades, a pesar de sus ritos funcionales, parecen incapaces de prepararnos para asumir la carencia de los seres que amamos. No obstante, la especial manera suya de haber estado presente entre nosotros, no solo refleja la trascendencia de su condición humana más allá de su posición histórica, sino que nos ratifica en el valor de la amistad y de la generosidad de los seres depositarios de nuestro afecto”.

He dudado si transcribir la intimidad de estas frases y la expresión de aprecio personal que contienen. Me decido a copiarlas, sin embargo, para abonar la sinceridad de mi recuerdo, que anima los elogios que no he podido regatear a Jeannette. Mi esposa, Alicia, mis hijas sociólogas, Mireya y Cecilia, que compartieron el afecto que se le tuvo en casa, comparten este sentimiento de cariñosa admiración, por esa amable figura, extraordinariamente inteligente e infatigable en la labor, a la que corresponden altos homenajes, como el significativo de este libro, iniciativa de discípulos que no la olvidan y de familiares que no se consuelan con su muerte.

JULIO DIEZ

Elogio de un coriano ilustre*

No se puede llegar a entender a un coriano sin conocer a Coro. No es fácil definir en qué reside la fuerza telúrica de aquel ambiente a la vez seco y dulce, soñador y severo, pero su impronta es decisiva. Impacta la arena tibia y movediza de los médanos, que separa a la ciudad de Coro de las aguas del mar y a la vez la comunica con esa penetrante avanzada hacia el Caribe que es la península de Paraguaná. Y los cujíes la defienden de la arena, que de no ser por ellos la ahogaría. “Tierra seca de austeros contornos —dice alguien sentimentalmente ligado con el fascinante mundo de Falcón—, de paisaje contenido y encerrado en el sufriente clamor de una árida espera de agua. Cálida la tierra. Clima fuerte y duro. Aridez de yermos. Adustez de cardonales, tunas y cujíes. Cacimbas o jagüeyes junto a la sed viajera de unos médanos en trance de navegar. Es una tierra que se arruga con la mirada querendona del hombre y se remansa en la soledad del paisaje. Una soledad para amarrar al viento que viene cabalgando sobre los ardientes arenales. Agudas estrellas de seis, siete u ocho puntas, condecoran las figuras enhiestas de los cardones, que cuelgan rojos

* Discurso en el acto de la colocación de un retrato del doctor Julio Diez en la Academia de Ciencias Políticas y Sociales, el martes 16 de diciembre de 1986.

Julio Diez nace en Coro el 3 de enero de 1912. La educación primaria la realizó en su ciudad natal y cursó la secundaria en el colegio San Ignacio de Caracas. Luego de obtener el título de abogado, se doctoró en Ciencias Políticas en la Universidad Central de Venezuela en 1934.

Durante el gobierno de Eleazar López Contreras fue diputado al Congreso Nacional por el estado Falcón y llegó a ser primer vicepresidente de esa Cámara. En 1937 ocupó el cargo de inspector del Trabajo en el estado Zulia y desde 1938 hasta 1943 se desempeñó como director del Trabajo en Caracas. Durante la gestión gubernamental de Isaías Medina Angarita fue ministro del Trabajo y Comunicaciones. En dicho despacho desarrolló importantes iniciativas como la puesta en marcha del Seguro Social Obligatorio.

La Junta de Gobierno, presidida por Edgar Sanabria, lo nombró gobernador del Distrito Federal, cargo que desempeñó hasta fines de noviembre de 1958 cuando fue designado ministro de Minas e Hidrocarburos. Entre 1973 y 1975 fue director principal del Banco Central de Venezuela. Individuo de número de la Academia de Ciencias Políticas y Sociales de Venezuela desde 1970. Falleció en Caracas el 30 de marzo de 1985.

en la dulzura de sus ‘datos’. Las espinas —cujíes, cardones o tunas— no tienen un sentido agresivo para los chivos trashumantes, que van en busca de su magra ración de verde. Las saben amigas o las sienten protectoras, apenas una aguja para coser el calor del aire”.

Este párrafo es del historiador Lucas Guillermo Castillo, sobrino y tocayo de un eximio prelado que fue el primer obispo de la Nueva Sede de Coro, desprendida de Barquisimeto, hijo de Güiripa, en el distrito aragüeño de San Casimiro, llevado por la mano de Dios a la jerarquía de arzobispo de Caracas, y cuya figura me atreví a definir en el acto solemne de sus bodas de plata episcopales como la “recia mansedumbre”. Podríamos acotar a nuestro citado historiador que el clima tórrido se amansa por las tardes con la templada brisa; y que tal vez la sequedad, y quizás la pureza ambiental, son garantía de vidas longevas y senectudes vigorosas. Pero, con el mismo Castillo podemos preguntar: “¿Quién habrá empedrado de muros la desierta tierra, ahí junto a las líneas viajeras de los médanos, para crear este punto focal de vida que enciende la esperanza? ¿De dónde saldrían esas ansias vitales de permanencia, de calor humano, de afirmación de hombres en función de espera hasta hacerse sillar y coro de la coriana tierra? Es un milagro de asombro, repetido y multiplicado de corazón a eco que ahí, donde la vida era más dura, naciera y se mantuviera la vida. Solo hombres de mucha fe y corazón bien puesto pudieron darnos esa lección vivificante, ese ejemplo de dignidad que ha sido la ciudad de Coro. Eso que bien pudiera llamarse la corianidad”³⁵.

De la geografía invertebrada del estado Falcón, de ese medio geográfico a un tiempo áspero y suave, de su tradición de venezolanidad afincada en los propios orígenes de nuestra gestación nacional, salió para Caracas Julio Díez, con la impronta encajada en el medio del ser. Fue aquí —dijo al llevar la palabra en el acto central conmemorativo de los 450 años de la fundación de Coro— “donde

35 Lucas G. Castillo Lara, *Santa Ana de Coro, símbolo de fe*. Los Teques, Ediciones de la Asamblea Legislativa del Estado Miranda, 1977, pp. 21-22.

surgieron mis primeras impresiones del mundo exterior. La agresividad vegetal, el lamento de las cabras, el grito nocturno de las daras, el canto de la tórtola, el polvo de los médanos, la estridencia del mar, la reverberación del sol y la blancura de la luna, el río crecido, el monte azul, las salinas de planta, el brillo rutilante de las estrellas, el olor de la tierra, el ruido del viento, el color del cielo, la quietud y el silencio de las noches serenas. Como todo aquel que ha sido tempranamente arrancado de sus aledaños solariegos, he llevado toda la vida, sobre mi corazón, la obsesionante nostalgia de esta tierra. Cuando siento que me llama, con misteriosa e irresistible fuerza, aquí vengo a satisfacer el mandato telúrico y a llenar mis sentidos con los efluvios irrenunciables e imperecederos que emergen del fondo de la infancia”³⁶.

Esto también lo dije cuando rindió merecido y cálido homenaje a la memoria de su padre, el doctor Carlos Diez del Ciervo. Entonces afirmó: “el recuerdo de mi padre está identificado con mis primeras impresiones del mundo exterior... Nunca olvidaré la maravillosa impresión que hizo en mi alma de niño aquella clara mañana en que al lado de él, vi levantarse por primera vez el sol sobre los pliegues amarillos de los médanos del camino a Paraguaná y quebrar, más adelante, sus rayos de luz contra el dorso de plata del istmo refulgente, ni cuando a su lado vi por primera vez el monte azul o el río crecido, o el mar imponente y sonoro de La Vela... Al evocar su memoria viene siempre, invariablemente, a mi recuerdo la tierra que nos vio nacer. Mi afecto hacia mi padre muerto está consustanciado con el afecto a esa tierra de proyección eterna. Cómo añoro aquellos días de mi niñez, transcurridos a su lado, en la ciudad de Coro, llenos de alegre y penetrante inocencia, y el profundo silencio de aquellas noches quietas, límpidas, serenas, pobladas de luceros, en las que no se siente ningún ruido, ni siquiera el isócrono aleteo del viento, porque el aire, atónito, se inmoviliza bajo la radiante luz de las estrellas”³⁷.

36 Homenaje a Coro, 26 de julio de 1977, p. 10.

37 *Notas y notables*, Caracas. 1972, pp.139-140.

Hay, pues, en la formación del ser un enlace sutil e indestructible entre tierra y familia. Y se encuentran ambas envueltas en el orgullo de la tradición regional (la primera capital, la primera misa, el primer obispado), del blasón familiar (con qué satisfacción dibuja la semblanza del obispo Diez) y de la tradición de nobleza en el comportamiento del ancestro aborígen, pues aquellos caquetíos, al decir de los cronistas “aun los conejos y venados no los querían en caza tirar estando echados o detenidos, pues decían eran matarlos a traición”, “porque de allí, de esa entraña genuina y raigal, le viene al hombre de esta tierra coriana la conformación de su mente y de su alma para la primera de las virtudes que lo distinguen en el concierto venezolano como individuo de inquebrantable lealtad a los compromisos adquiridos, a las leyes de la fidelidad y del honor, firme y constante en la amistad e igualmente íntegro en la fortuna como en la desgracia”³⁸.

Eso dijo Julio Diez y eso es indispensable apreciarlo para valorar los elementos que integraron su personalidad. El otro elemento fundamental es el tiempo histórico.

Nacido en 1912, Julio Diez vive durante su infancia y juventud en la Venezuela hermética de Gómez (dentro de tres semanas, el 3 de enero de 1987, se cumplirán 75 años de su nacimiento). La paz gomecista fue por largos años de una rigidez asfixiante que el país soportó porque estaba hastiado y exhausto de las guerras civiles. “Paz, aunque sea la de Pozo Salado”, solía decir a sus discípulos del Colegio La Concordia de El Tocuyo el célebre educador Egidio Montesinos, después de aclararles que en la aldea de aquel nombre vivía una señora llamada Paz que tenía todas las desventuras físicas imaginables. Coja, tuerta o fea, sin embargo, era preferible a la ausencia de paz, según el ilustre maestro, que conoció la experiencia devastadora de las contiendas intestinas. En la paz gomecista se formó una generación, en la corianidad, que había tenido antecedentes

38 Discurso de 26 de julio de 1977, p. 2.

ilustres, como Gumersindo Torres, Arcaya, Antonio Smith, Andara, el propio Carlos Diez del Ciervo y otros, que se consagraron al estudio y a la enseñanza, a la investigación y al trabajo, sin negarse al cultivo de las letras, para las cuales, según Pedro Sotillo, en “aquel Coro, en que nació Julio Diez, actuaba un grupo de idealistas cuyas empresas eran amadas y respetadas”³⁹. Esa generación precedente tuvo indiscutible brillantez; y si bien el riguroso sistema de gobierno les imponía inevitablemente sumergirse en él, supieron después hacer honor a la tradicional lealtad de sus antepasados manteniendo con valiente firmeza sus anteriores compromisos. Su capacidad y su ejemplo se transmitieron a la generación de Julio Diez Tirado.

Al finalizar 1935 ocurre, no solo la muerte física del viejo dictador, sino la desaparición de toda una manera de vivir. “Fuimos testigos —dijo Julio al dar la bienvenida a Rafael Pizani en la Academia— de un hecho trascendental, de honda significación, de esos que un escritor inglés califica como determinantes y concluyentes, después de los cuales nada vuelve a ser lo mismo, es decir, que formamos parte de quienes presenciaron un profundo cambio que debía operarse en el país con la desaparición del general Gómez, hecho que abrió a la nación las puertas de un nuevo destino, de un nuevo modo de pensar, de un nuevo sistema de vida, afincado en los anhelos subyacentes de libertad y progreso del pueblo venezolano y en el ambiente de renovación estimulado por la acción del nuevo gobierno. Ese hecho se produjo cuando apenas egresábamos de las aulas; y por diversos caminos, pero con el mismo propósito de servir honesta y lealmente a Venezuela, empezamos a asomar nuestra inquietud y nuestra devoción principista por encima de la confusión de la hora”⁴⁰.

Antes de que el cambio ocurriera, la familia Diez Tirado, como tantas otras, se trasladó a Caracas. Eminente médico, el doctor Car-

39 Prólogo al libro *Lo que vi*, Caracas, 1965.

40 Recepción académica del doctor Rafael Pizani. Academia de Ciencias Políticas y Sociales. Discurso de contestación, doctor Julio Diez. Caracas, 1982, p.18.

los Diez del Ciervo ingresó a la que sería futura pléyade, reconocidamente ilustre, de sanitaristas venezolanos, cuando mi tío Plácido Daniel Rodríguez Rivero, nieto de coriano y “gran amigo suyo”⁴¹, desempeñaba la Dirección de Sanidad Nacional. Era el año de 1924; Julio contaba apenas doce años y los padres jesuitas, recientemente reintegrados al país del que estuvieron ausentes desde el Decreto de Monagas, habían abierto el Colegio de San Ignacio en enero de 1923. Allí estudió bachillerato, bajo la severa conducción de aquel equipo de hombres eminentes, como Zumalabe, como Gastaminza, como Basauri, como Arrázola, como Erraste, como Iriarte, como Arrizabalaga o López Davalillo, de recia estirpe vascongada la mayoría de ellos, acrisolados en la rectitud, inmaculados en la honestidad, rectilíneos en la conducta y sabios en la enseñanza. De allí, a la Universidad Central, a completar la visión integral de Venezuela, y a trabajar como escribiente, con su inseparable camarada y futuro concuñado Ignacio Luis Arcaya, en el Ministerio de Fomento, cuyo titular era Gumersindo Torres, amigo también y compañero fraterno del doctor Diez del Ciervo.

Graduado en 1934, vuelve a Coro. El doctor Luis Gerónimo Pietri, para entonces Consultor Jurídico del Despacho de Fomento, le dice con sabia experiencia: “La provincia es un crisol donde se depuran los valores, donde se prueban las aptitudes y se funden, con los mejores metales, las cualidades que han de distinguir y configurar después la verdadera personalidad. Esto me dijo —acota Julio Diez— cuando recién graduado yo de abogado le participé que me iba para Coro a ejercer la profesión. Si sirves, regresas, agregó. Y todavía oigo el eco estimulante de esas palabras que tanta resonancia tuvieron en mi espíritu, y que tanta influencia ejercieron en mis luchas iniciales para no quedarme sepultado en la triste anonimidad de la pobre provincia venezolana de entonces”⁴².

41 *Notas y notables*, p.136.

42 Julio Diez, *Luis Gerónimo Pietri y la codificación del trabajo*, Caracas, 1970, pp. 9-10.

Y la verdad es que regresa pronto. Apenas tuvo tiempo de probar su idoneidad, recién traspuestos los veinte años, como fiscal del Ministerio Público y como director del Liceo Federal, en el cual enseñó Filosofía y Literatura, y ya en 1936 se encuentra de nuevo en Caracas. Pero, antes de venirse, y para justificar a plenitud la breve etapa de su vuelta a Coro, contrajo matrimonio con Helena Smith, la fiel compañera de toda la vida, que le dio cuatro hijas y estuvo a su lado en todas las alternativas de su vida, durante el casi medio siglo que duró su unión matrimonial.

Electo diputado al congreso en 1936, pasa a trabajar como director de la Secretaría del presidente de la República, a cargo del doctor Francisco J. Parra, con quien había establecido en Coro una amistad que resultó larga y estrecha; y al ser designado el doctor Parra ministro Plenipotenciario en el Perú, fue como secretario de Legación a Lima y hasta actuó como encargado de negocios.

Su trayectoria en aquel tiempo en que Venezuela vivió una verdadera pero incruenta revolución de cuyas dimensiones y profundidad es ahora cuando los venezolanos parecemos comenzar a darnos cuenta, fue meteórica. En 1937, el ministro del Trabajo Luis Gerónimo Pietri lo nombra inspector del Trabajo en el estado Zulia. “Empecé mi carrera en el ramo del Trabajo, en momentos difíciles, de incomprensión y de inquietud nacional” —dice— (...)“Fue allí donde aprendí a entender a los trabajadores, a dialogar con ellos, a discutir con ellos sus problemas; fue allí donde supe que ellos también entienden el lenguaje de la verdad, de la justicia, de la dignidad, ajenos a toda violencia y a toda demagogia, cuando el brazo poderoso del Estado se alza, en formación tutelar, para defenderlos y ampararlos contra la explotación y la injusticia”⁴³.

A partir de entonces, siguió cultivando todas las ramas de la Ciencia Jurídica, pero se especializó en la rama laboral. “De todas las ramas del derecho y de todos los rumbos del servicio público —ex-

43 *Ibid.*, p.16.

presó Arturo Uslar Pietri al contestar su discurso de incorporación a la Academia de Ciencias Políticas y Sociales— hay una que va a preferir, es el Derecho Laboral. La más social de las ramas del Derecho lo reclama y se alista para siempre en las filas honradas de los que van a crear para Venezuela la Legislación del Trabajo”⁴⁴.

De inspector del Trabajo en el Zulia irá, en Caracas, a director del Trabajo en el ministerio del ramo. Participa en comisiones rectoras de proyectos de leyes; y, aunque en 1941 vuelve al congreso como diputado por el estado Falcón, continúa luego en su posición administrativa, de la cual pasa en 1943 a ocupar el Ministerio del Trabajo y de Comunicaciones. Tenía 31 años. Pero como el propio Uslar Pietri señala, “un hombre de su sensibilidad para lo colectivo y lo justo estaba llamado a ir al campo de la política”⁴⁵.

En el ministerio se anotó Julio Diez importantes éxitos y una señalada victoria. Esta fue la de lograr la aprobación de la primera reforma parcial que se hizo a la Ley del Trabajo de 1936. Desde el propio instante de su promulgación, dicha ley fue objeto de tentativas de reforma, entre las cuales las más importantes habían sido la de los proyectos de Código del Trabajo de 1938 y de 1942. Julio Diez percibió, con aguda sensibilidad política y parlamentaria, que insistir en la consideración del anterior proyecto (el de 1938 tenía cerca de 1000 artículos y el de 1942 tenía 700) iba a ser difícil de llevar a la meta en los noventa días que duraban las sesiones parlamentarias. Escogió de dichos proyectos los aspectos que se consideraron más urgentes; se incluyeron algunas disposiciones de su iniciativa, que se estimaron convenientes, y se pudo lograr en 1944 la aprobación de la reforma, la cual se promulgó el 4 de mayo de 1945. Se mejoró la regulación del contrato de trabajo, se corrigieron errores detectados en la normación del contrato por tiempo determinado, se afirmó la responsabilidad del dueño en caso de los contratistas cuya obra

44 *Ibid.*, p.73.

45 *Ibid.*

fuera “inherente o conexas” a la de aquel, y de modo general en el de empresas petroleras, mineras y de construcción; se dio una consideración más apropiada al régimen de participación de utilidades y se estableció el fuero sindical. Mucho se discutieron las normas de control del movimiento sindical, así como lo relativo al trabajo en la agricultura y en la cría, respecto al cual Julio Diez explicó que era necesario considerar una realidad precaria y dar acatamiento al precepto constitucional según el cual el trabajo agrícola sería objeto de reglamentación especial por el Poder Ejecutivo, si bien ya para 1970 manifestó que era “hora de que se pensara en su revisión” porque su texto resultaba “un tanto anacrónico ante el progreso agropecuario del país”⁴⁶. El régimen de excepción de 1945 fue derogado por mi gobierno en diciembre de 1973.

No compartía conmigo el laboralista Julio Diez la posición que he sostenido, adversa a la adopción de un Código del Trabajo. Él adhería a la tendencia codificadora. Pero hay una ancha franja de coincidencia entre ambos, ya que observa: “He llegado a la conclusión de que el dinamismo de las relaciones de trabajo provoca transformaciones tan rápidas y constantes que cualquiera sea la denominación del estatuto —código o ley— la realidad irá dejando atrás las provisiones que no sean declarativas de simples principios, porque la libre contratación de las condiciones de trabajo es la verdadera fuente creadora del Derecho”⁴⁷.

Otro de los éxitos de su gestión ministerial fue poner en marcha el Seguro Social, una vez dictado, en 1944, el reglamento para aplicar la ley promulgada en 1940.

El 18 de octubre de 1945 el ministro Julio Diez formaba parte del Gabinete Ejecutivo. Su solidaridad con el depuesto presidente Medina fue total. En febrero de 1949, desde su exilio, el general Medina Angarita le dijo: “Los que con frecuencia me escriben siempre

46 *Ibid.*, p. 49.

47 *Ibid.*, p. 30.

me dan referencia de Vd., pues bien saben que lo considero como uno de mis mejores amigos personales y de los hombres que mejor y más eficiente colaboración dieron al gobierno que tuve la honra de presidir⁴⁸. Por su parte, su más constante y reiterada muestra de adhesión se sintetiza en esta frase, publicada al cumplirse veinticinco años de la muerte del expresidente: “Reciba, presidente Medina, en estos veinticinco años de su muerte, el testimonio de mi lealtad a su obra y a su filosofía de gobierno”⁴⁹.

Firme y combativa fue su actitud en los años siguientes. Su honestidad administrativa quedó ampliamente reconocida. Su posición crítica a las nuevas administraciones fue clara y decidida. No volvió a ocupar cargos ejecutivos hasta la aurora de la democracia, en 1958. Ese año se le designó por el régimen provisorio, primero gobernador del Distrito Federal y después ministro de Minas e Hidrocarburos. En ambas posiciones jugó papel importante, en el proceso intenso y complicado de la transición. Como gobernador tuvo como secretario de gobierno a Isidro Morales Paúl, y del presidente del Concejo Municipal, José Antonio Pérez Díaz recibió, según su testimonio, una “cordial y valiosa colaboración”⁵⁰. Como ministro le tocó refrendar con el ministro de Hacienda José Antonio Mayobre, el célebre decreto en que la Junta de Gobierno, presidida por Edgar Sanabria, aumentó sensiblemente la participación fiscal en los ingresos de las compañías petroleras; y pues el presidente de la transnacional petrolera más importante le enviara una comunicación expresando “sorpresa y alarma”, pidiendo “una reconsideración” y agregando: “y mientras tanto llevaremos a su conocimiento las medidas que gradualmente tengamos que tomar en resguardo de los intereses de la compañía para contrarrestar los efectos de un aumento impositivo que no se compadece con la situación actual de un excedente

48 *Historia y Política*, Caracas, 1963, p. 268.

49 Caracas, septiembre de 1978, en: *Ensayos diversos*, Caracas, 1980, p.178.

50 Academia de Ciencias Políticas y Sociales, incorporación del doctor Isidro Morales Paúl, discurso de contestación, p. 47.

enorme de capacidad productiva mundial”, le respondió el ministro Julio Diez en los siguientes términos: “Es inadmisibile la pretensión de que el gobierno nacional reconsidere las medidas a que usted se refiere, las cuales fueron adoptadas por acto de soberanía y después de cuidadoso y detenido estudio. Dichas medidas serán mantenidas en toda su integridad”⁵¹.

Aparte los puestos que han sido mencionados, Julio Diez fue miembro y presidió el Consejo de Economía Nacional y formó parte del Directorio del Banco Central de Venezuela. Estos cargos los desempeñó con indiscutida competencia y con reconocida honestidad. Sus opiniones revistieron y aún revisten un innegable valor. Se dedicó además al ejercicio de su profesión de abogado. Al recibirlo en la Academia, en 1970, Arturo Uslar proclamó: “llega a ella sin prisa, en la madura sazón de su profesión de jurista y en el ejemplar ejercicio de su misión de abogado, entera y cabal la voluntad de servir y lleno el espíritu de serena pasión por la justicia que es la marca de los claros varones”⁵².

Fue Julio Diez atildado escritor. Su bibliografía es nutrida. En la época en que se exigía presentar una tesis para recibir el grado de bachiller y otra para el título profesional, presentó como tesis de bachillerato una “biografía del mariscal Falcón”, que según el doctor Gabriel Briceño Romero, “constituye un análisis franco, sincero y honesto acerca de la personalidad, la vida y la obra del eximio caudillo falconiano, y con sentido crítico y sin menoscabo de su admiración por su eminente paisano, señaló los aciertos y errores del hombre de armas y del estadista. Es un trabajo que podría señalarse como ejemplo de lo que debe ser la auténtica visión del biógrafo que aspira a proyectar la verdad sobre su personaje sin deformarla por el amor o por el odio”⁵³. Su tesis para el grado de doctor en Ciencias Políticas, intitulada *Nociones jurídicas sobre minas*, aprovechó inteli-

51 *Notas y notables*, Caracas, 1972, p. 182.

52 *Luis Gerónimo Pietri y la codificación del trabajo*, p.73.

53 *Personajes y temas falconianos*, Caracas, 1976, p. 93.

gentemente su pasantía en el Ministerio de Fomento y el acceso que tuvo al material legislativo y reglamentario sobre la materia.

Publicó en 1940, siendo director del Trabajo, el libro *Estudios de Derecho Social*, que contiene valiosos ensayos sobre distintos aspectos de la materia laboral. Después publicó *Historia y Política* (1963), conjunto de artículos “con fines de aportación histórica y no de contumelia política”. “La época en que fueron escritos —admite— les puso sus signos de pasión. No podía ser de otro modo... Los temas aquí tratados pertenecen a una etapa cancelada de nuestra historia, pero no deja de ser útil, para futuras investigaciones de nuestros acontecimientos políticos”. Especial interés tiene el relato, en diecisiete páginas, de los hechos del 18 de octubre, tal como él los presencié.

En nombre de las academias nacionales de Ciencias Políticas y Sociales y de la Historia pronunció el 12 de abril de 1964 un discurso de orden para conmemorar los 120 años de la promulgación de la Constitución Nacional de 1864 (la Constitución Federal). En él proclamó “la sabiduría y el espíritu de justicia que guiaron las actuaciones de los constituyentistas de 1864” pero discrepó de la elección directa de los gobernadores de estado. Opinó que “el talento y la devoción de los hijos de Venezuela deben encaminarse, con preferencia, no ya a la busca de fórmulas políticas, sino de carácter administrativo, que hagan de nuestra democracia un sistema verdaderamente efectivo y propicio a la inversión de los grandes recursos de que dispone el fisco nacional, como garantía de un desarrollo continuado y pacífico”. Debo admitir que, en este caso, el antiguo partícipe del Ejecutivo Nacional impuso su experiencia gubernativa por sobre el sentimiento federalista del falconiano integral.

Después publicó *Lo que yo vi* (1965), crónicas de un viaje por Lisboa, Madrid, Roma, Venecia, Niza, París y Londres y tres relatos nativistas de contenido social, uno de los cuales (“Cerro atravesado”) mereció mención de honor en el concurso de cuentos de *El Nacional* de 1947. Tiene este cuento como escenario la península de Paraguaná y describe “la lucha perenne que hombres, mujeres

y niños tienen que librar a diario contra la inclemencia del medio, tan pobre, tan espantosamente pobre, que es difícil explicarse cómo ellos pueden amar ese pedazo de tierra salada, estéril, erizado de una vegetación hostil, y sobre todo, cómo son capaces de amarla tanto”; si bien “cuando llueve, Paraguaná es un solo milagro verde, desde el Faro hasta la Macoya”.

Notas y notables, de 1972 (dedicado: “A mi hermano Jesús, el más noble y mejor compañero de toda mi vida, ahora y para siempre en la soledad de la muerte”), recoge una serie de “trabajos relacionados principalmente, con personajes de la vida venezolana, con quienes, en alguna forma, tuve o he tenido vinculaciones de admiración y afecto”. Allí aparecen: el obispo Diez, Luis Gerónimo Pietri, Carlos Morales, Isaías Medina Angarita, Eleazar López Contreras, monseñor Pellín, Henrique Pérez Dupuy, Pedro Manuel Arcaya, Francisco J. Parra, Antonio Smith, Carlos Diez del Ciervo y el que habla. También contiene discursos y documentos sobre asuntos diversos.

Y, además de los discursos de incorporación y de contestación en el seno de la Academia, publicó en 1980 un volumen, el N° 12, de la Biblioteca de Autores y Temas Falconianos, con el título *Ensayos diversos*, donde coleccionó artículos que conservan sorprendente actualidad.

A la Academia de Ciencias Políticas llegó el año de 1970, “sin prisa”, como dijo Uslar Pietri, y seguidamente se destacó como uno de los individuos de número más valiosos. En 1977 fue electo presidente de la corporación y en ejercicio de tan honrosa función desempeñó una intensa actividad. Fue miembro fundador del Instituto Venezolano de Derecho Social: elegido director general en 1966, recibió de mis manos la dirección del instituto y la entregó en 1970 al insigne laboralista Tito Gutiérrez Alfaro.

¿Qué más puedo decir, para no abusar de la paciencia de mis oyentes, en esta solemne ocasión? Que honró con sus huesos un calabozo de la Seguridad Nacional en los días finales de la dictadura, cuando la resistencia civil encabezada por destacados valores de la

inteligencia y del espíritu cívico la contribuyó a derrocar. Y que su palabra no la omitió nunca para censurar lo que consideraba inconveniente, para alertar contra los peligros que nos asechaban y para invitar a un amplio entendimiento nacional.

En 1969, por ejemplo, en un ensayo ponderado y meticuloso sobre la interesante figura de don Henrique Pérez Dupuy, observó: “Don Henrique fue uno de los primeros venezolanos en dejar oír su voz de protesta contra la devaluación del bolívar. Dijo él entonces que tal medida elevaría el costo de la vida y gravitaría más pesadamente sobre los hombros de las clases menos pudientes. El tiempo ha confirmado estas aseveraciones incontrovertibles”⁵⁴. En el mismo ensayo acotó: “Don Henrique es partidario decidido de las inversiones extranjeras. Ha sido uno de sus más conspicuos defensores. Las considera necesarias en el proceso de nuestro crecimiento económico y cita la experiencia de otras naciones cuyo auge se debe al aporte del capital foráneo. Por supuesto, es enemigo declarado de toda regulación de capitales. En cambio, yo he venido propugnando la necesidad de la promulgación de normas que regulan la materia, no solo por lo que se refiere a las garantías que dichas inversiones merecen, sino también para asegurar la estabilidad y expansión de los capitales nacionales, comprometidos en el fomento de nuestra riqueza, pues si, por una parte, interesa a Venezuela el ingreso de capital extranjero, como factor indispensable para su desarrollo económico, por la otra, es de gran conveniencia reglamentar su aplicación en el país con el fin de orientarla hacia la productividad técnica; y, sobre todo, con el objeto de que supla las deficiencias de la iniciativa interna. Es necesario preservar el capital criollo de competencias o desalojos dentro de nuestro propio mercado que son funestos a la iniciativa privada y a los intereses económicos de la nación. En estos pensamientos no hay idea alguna de xenofobia sino de elemental nacionalismo”⁵⁵.

54 *Notas y notables*, p. 98.

55 *Ibid.*, pp. 98-99.

En 1976 señaló claramente el peligro del endeudamiento derivado del Quinto Plan de la Nación. “Nada envuelve más riesgos contra la soberanía que una desproporcionada deuda exterior”. El financiamiento con créditos por decenas de miles de millones —afirma— “compromete el futuro económico del país”. “Se apoya, en gran parte en el ingreso petrolero que, de fallar, también podría originar desajustes en el correspondiente cuadro financiero; así como en una política de rentabilidad de las empresas del Estado, cuyos resultados han sido hasta ahora constante y dolorosamente negativos”⁵⁶.

No puedo dejar de mencionar sus consideraciones sobre la corrupción administrativa, o sus admoniciones contra el desorden administrativo. Es oportuno recordar que cuando fue gobernador del Distrito Federal puso el cúmplase a la ordenanza que creó la Contraloría Municipal.

Y en su discurso pronunciado ante la xxxiv Asamblea Anual de Fedecámaras, en Caraballeda, en 1978, advirtió severamente acerca de la “crisis de valores” existente, pero a la vez predicó el optimismo y el esfuerzo. “En medio de los más tenebrosos episodios de la vida nacional —recordó— siempre ha brillado la luz de la virtud que Dios prendió en el corazón de venezolanos venerables. Eso es lo que interesa. Mantener siempre encendida la llama, viva la fuerza del espíritu y alerta la conciencia ante las groseras tentaciones. Que una voz que nazca de lo hondo lo obligue a detenerse ante la infracción reprobable. Y para ello no es estrictamente indispensable, a mi modesto juicio, que exista el texto legal sancionado por los organismos competentes sino, de acuerdo con otro postulado bolivariano, una formación sólida en el orden moral, proporcionada por la educación”⁵⁷.

Deseo invocar, para terminar, su llamamiento en torno al “propósito de unificar los esfuerzos nacionales alrededor de determinados

56 *Ensayos diversos*, pp.72-74, 90-92.

57 *Crisis de valores*. Discurso en el foro promovido por Fedecámaras sobre Moral Pública, p. 6.

objetivos impostergables, en cuya realización no deben existir diferencias entre los venezolanos, porque tienden a cimentar la grandeza nacional que por igual nos cobija bajo su sombra bienhechora. Tales objetivos podrán ser, a título de ejemplo, el concepto de que solo se pueden lograr los superiores destinos del hombre en un régimen democrático; una clara definición de la política petrolera y su instrumentación práctica; una más eficiente organización fiscal y una honesta administración de los recursos nacionales; una noción diáfana acerca de la integración económica latinoamericana; una más justa distribución de la riqueza; y sobre todo la creación de un clima de auténtica concordia que facilite la marcha del Estado hacia las metas de la justicia social. Para acordarse sobre esos objetivos y lograr una verdadera compactación nacional en torno a ellos, bastaría poner a un lado, aunque fuese momentáneamente los intereses parciales y la activa confrontación de ambiciones políticas, la violenta reclamación de reales o pretendidos derechos y el fomento consciente o inconsciente, de la anarquía, que pone en peligro la estructura misma de nuestro sistema de vida”⁵⁸.

El retrato que hoy colocamos en el seno de nuestra academia lo recuerda tal como ingresó a esta corporación. Podemos repetir las palabras con que le dio la bienvenida uno de nuestros más ilustres colegas: “Hombre de bien, en vida y obra, con ellas como credencial llega sobrado de méritos a la sede de nuestra Academia, en plena madurez de su capacidad, con el rostro y la voluntad tan llenos de juventud como para esperar con certidumbre que lo mejor y lo más valioso está todavía por llegar”⁵⁹. Desgraciadamente, la muerte nos lo arrebató con una enfermedad relancina. Su desaparición sirvió para que se apreciara mejor cuánto se le estimaba. Su presencia aquí nos recordará siempre su encendido llamamiento y su muy justa invocación por el bien de Venezuela. Cuando fue colocado su retrato

58 Cena de entendimiento nacional, 11 de junio de 1970, *Notas y notables*, p. 145.

59 Arturo Uslar Pietri en: *Luis Gerónimo Pietri y la codificación del trabajo*, p.73.

en el Instituto Venezolano de Derecho Social, él dijo: “de las pocas cosas de las cuales puedo ufanarme, en ese tránsito ineludible, es de la consecuencia en la amistad y de la gratitud que conservo, por encima de todas las vicisitudes para quienes en alguna forma me han hecho bien o me han honrado”⁶⁰. Hacemos nuestro ese sentimiento al testimoniarle nuestra gratitud. Él se proclamó en aquella ocasión como “fervoroso venezolano, nunca desentendido de la suerte de su país”⁶¹. Expresémosle hoy, por conducto de su digna esposa e hijas, nuestra correspondencia a tan loables cualidades y proclamémosle como un ilustre venezolano cuyo nombre es timbre de honor de esta Academia.

60 *Notas y notables*, p.165.

61 *Ibid.*

CARLOS PI SUÑER*

Hace algunas horas, en el auditorio de la Sociedad Bolivariana, la Academia Nacional de la Historia conmemoró el centenario de un gran venezolano, Caracciolo Parra-Pérez, nacido el 19 de marzo de 1888. No sé por qué encuentro una relación interesante entre esa conmemoración y la que aquí estamos haciendo, de un hombre muy vinculado a nuestra tierra, de quien tenemos un grato y noble recuerdo y que nació el 29 de febrero de 1888. Recordaba Pedro Grases que en sus investigaciones en Londres, Carlos Pi Suñer se enamoró de Francisco de Miranda, recogió valiosa información sobre él y hasta preparó lo que podría ser un tomo más del archivo del precursor de la Independencia. Y Parra-Pérez fue precisamente el hombre que descubrió el archivo de Miranda, biógrafo de los más calificados de esa figura extraordinaria de los días de nuestra emancipación. Aquí estamos rindiendo un homenaje muy merecido, no solo de sus compatriotas catalanes, sino de sus compatriotas venezolanos, para un hombre que llenó un papel muy interesante en la vida de nuestra cultura.

* Palabras en el *Centre Català*, el día 24 de marzo de 1988, en el homenaje a Carlos Pi Suñer con motivo del centenario de su nacimiento.

El 15 de marzo de 1971 fallecía en Caracas don Carlos Pi Suñer. Ingeniero de profesión, se había destacado también como economista, sociólogo, profesor, político y escritor. Su obra abarca un horizonte de preocupaciones poco común. Nacido en Barcelona el 29 de febrero de 1888, llega a nuestro país en 1952 lleno de energía e ilusiones, tras trece años en la capital de Inglaterra. Vivía ya en Caracas su hermano Augusto, cuyo nombre está definitivamente incorporado a la historia de la medicina moderna en Venezuela. Don Carlos había participado en el gobierno de la República Española en Madrid. En 1934 fue electo alcalde de Barcelona. Al finalizar la guerra civil, toma la ruta del exilio y se establece en Londres. Allí una afortunada circunstancia lleva a que se le encargaran las investigaciones sobre la permanencia de Andrés Bello en Londres durante los años 1810 a 1829. Contratado por el Ministerio de Fomento al servicio de la Dirección de Industrias, le correspondió dar cuerpo al aparato documental de la Comisión Venezolana de Normas Industriales. Mantuvo, por otra parte, el interés en los estudios iniciados en Londres, dando fruto en su biografía del general Juan Robertson así como en un estimable conjunto de monografías sobre Miranda y Bello, donde encuentran lugar Blanco White, Palacio Fajardo, López Méndez, Fernández Madrid, Ker Porter y tantos más.

Uno de los decretos que dictó en su breve gobierno el presidente Rómulo Gallegos fue la creación de la Comisión Editora de las Obras Completas de Andrés Bello. Había sido un pedimento de la Asamblea Nacional Constituyente presidida por Andrés Eloy Blanco y el decreto fue suscrito por el presidente Gallegos y por su ministro de Educación, que era para entonces el doctor Luis Beltrán Prieto Figueroa. Siempre he sospechado que en la iniciativa de la Constituyente y en el decreto presidencial, de una manera u otra estuvo metida la mano de Pedro Grases, como ha estado metida en casi todas las empresas bibliográficas, intelectuales, de la Venezuela de estos tiempos. Julio Planchart designado presidente de la Comisión Editora de las Obras Completas de Bello y a quien me correspondió el doloroso privilegio de suceder por su fallecimiento, era íntimo amigo del presidente de la República, maestro y literato de gran categoría y tenía, como su hermano Enrique, mucha confianza en Pedro Grases, quien desde su llegada a Venezuela descubrió a Andrés Bello y lo hizo uno de los valores fundamentales de su rica existencia. La Comisión Editora de las Obras de Bello entendió que no había sido designada para reimprimir, para reeditar lo que con gran mérito habían hecho el siglo pasado en Chile los hermanos Amunátegui Aldunate. Se empeñó en una labor de investigación callada, intensa, tenaz, de la cual el pivote fundamental fue Pedro Grases, hasta el punto de que en su casa de La Castellana —que lleva el nombre catalanésimo de Villafraanca— funcionaba prácticamente la oficina de la Comisión. Nos reuníamos, metidos en papeles, descifrando manuscritos, buscando datos, hilando conocimientos, para tratar de darle al país y a América Latina, y a todos los pueblos de habla española, lo que es posiblemente una de las empresas bibliográficas más importantes de este siglo: la recuperación de todo el pensamiento de Bello y su presentación.

Como Bello pasó diecinueve años en Londres, escribiendo, estudiando, recogiendo sus observaciones impresionantemente valiosas sobre el Poema del Cid, o sobre la literatura medieval; como en Londres había forjado Bello su espíritu americanista, porque ya hemos

dicho alguna vez que salió de aquí como un venezolano y en Londres se convirtió en un americano, ensanchando el horizonte (tal vez, sin duda, en gran parte por la influencia del propio generalísimo Miranda); como Bello penetró en sus años de Londres en la filosofía moderna de su tiempo y en el Derecho Internacional, del que fue maestro y pionero, necesitábamos en Londres alguien culturalmente dotado y con deseo sincero de cumplir e investigar, que fuera el cerebro y el brazo de la comisión en aquella que —como lo recordara Pedro Grases en su emocionado discurso— he llamado “la incomprendida escala de Bello en Londres” (escala, porque Bello fue a Londres provisionalmente y esa provisionalidad duró todo el tiempo que él estuvo; siempre estaba deseando volver, dispuesto a volver, necesitando volver, pero aprovechando el tiempo con una intensidad que después dio los frutos maravillosos que desde Chile ocuparon todo el hemisferio latinoamericano), y surgió el nombre de don Carlos Pi Suñer.

Puedo decir que mi primer conocimiento de esa figura prócer cuyo centenario estamos conmemorando, lo tuve a través del testimonio de Grases. Grases sentía, siente y sentirá admiración, veneración, cariño, me atrevería a decir amor filial por la figura de aquel hombre a quien acompañó en sus rápidos ascensos en la vida política y en los desventurados días que condujeron a uno y a otro al exilio. Grases pronto, para venir a sembrarse aquí, Carlos Pi Suñer a pasar en Londres más de un decenio, porque no sé qué tiene realmente Londres, sobre todo qué tenía en el siglo pasado, como sitio de atracción y posibilidad de vida, no obstante las penurias y dificultades económicas, no obstante la manera especial de ser de la gente inglesa; sería a causa de la libertad de que se gozaba como bien inestimable del ser humano, que los refugiados encontraban allí la posibilidad de vivir, podían pensar, podían hablar, podían tratar de preparar la lucha para que triunfaran sus ideales y sus esfuerzos en sus países que por la necesidad habían tenido que abandonar.

Digo esto porque don Carlos Pi Suñer y esa venezolana singular, extraordinaria, que es Miriam Blanco Fombona de Hood, encontra-

ron en sus investigaciones de Londres, cosas extrañas que no podíamos imaginar. Bello iba todos los días al British Museum a estudiar, a leer, a trabajar. Y en el Diario del Conservador, señor Ellis, que relata las cosas más nimias y las aventuras más intrascendentes, no aparece una sola vez mencionado: no aparece un átomo de curiosidad por aquel indiano que iba día tras día y se embebía en el estudio, recogiendo datos y conocimientos para enseñar después a sus compatriotas latinoamericanos. Para excusa del señor Ellis, pues falta un tomo de sus *Memorias*, queremos pensar que tal vez en ese tomo aparece la figura de Bello. Pero Andrés Bello, que se casó dos veces con mujeres inglesas, posiblemente irlandesas (se casó con Mary Ann Boyland, enviudó, se caso con Elizabeth Dunn, dos señoras muy distinguidas por sus condiciones morales, por sus prendas sociales) no quiso nunca que sus hijos fueran ingleses, sino que realizó todos los esfuerzos posibles por regresar a América, hasta venirse a los que llamaron, precisamente ellos, los “toto divisos orbe” chilenos y que Bolívar calificó el país de la anarquía; para encontrar en el extremo sur de nuestro hemisferio, tierra fecunda en la cual una generación, que tenía conciencia de lo que era construir un país, lo puso todo en sus manos para que construyera uno de los estados más cultos, más adelantados, dentro de las relatividades humanas, de toda la América del Sur.

Don Carlos Pi Suñer tenía ya más de diez años en Londres cuando yo tuve el privilegio de conocerlo. En el segundo semestre de 1950 pasé quizás más de una semana allá y nos reuníamos casi todos los días examinando los trabajos, los hallazgos, cosas que a veces para el análisis de un hombre frío no significaban demasiado, pero que para nosotros, que cada vez nos íbamos metiendo más en el culto de la figura de Andrés Bello, significaban mucho; como encontrar la pequeña iglesia de Saint-Aloysius, que se conserva casi como en los tiempos en que Bello vivía y traer como una pieza de museo para nuestra Casa de Bello la pila bautismal donde se bautizaron sus hijos nacidos en Londres, en medio de una situación difícil, porque la Reforma había creado condiciones muy duras y solo *in articulo mortis*

se permitía administrar los sacramentos conforme a los ritos de la Iglesia Católica. Don Carlos le regaló a Alicia una copia de su célebre poema a la Virgen Negra de Montserrat y tuvimos la oportunidad de hablar como verdaderos amigos.

Conversé con don Carlos Pi Suñer muchas veces. Y hay algo que he recordado muchas veces y he mencionado en algunas ocasiones. Fue su relato de su vida en Londres en los días dramáticos de la Segunda Guerra Mundial, dormir todas las noches en las estaciones del *underground*, salir de las cuevas del ferrocarril subterráneo a ver qué había quedado en pie después del *raid* que habían realizado los aviones de la Luftwaffe, a ver qué les había tocado a ellos de aquella tremenda situación, después de haber pasado una noche que nos podemos imaginar por el hacinamiento, por las condiciones adversas de todo género, de la guerra que sufrió aquella capital. Pues bien, don Carlos Pi Suñer me dijo algo que se me grabó profundamente y creo que ayudó a hacer dentro de mí un propósito que en algunas circunstancias determinaba un rumbo a seguir: que aquello, con todas las penurias, con todos los sufrimientos de la Guerra Mundial, no era comparable con la Guerra Civil. La Guerra Civil era peor. Era el no saber si el amigo era enemigo, si el hermano para algunos estaba en contra del hermano, era sentirse sumergido en una atmósfera de odios, es ver convertidos en fieras a hombres tranquilos, honestos en su vida normal. Con todo el sufrimiento que un exilado pobre en aquella ciudad maltratada y atacada como fue la Londres de la guerra, decía don Carlos que no fueron esos años peores que los de la Guerra Civil. Porque allá estaba un pueblo unido, todos juntos haciendo frente al enemigo. Se sentía la solidaridad humana. Y confieso que ese testimonio tan valioso y tan hondo contribuyó en mucho en mí a forjar una promesa: que en cuanto de mí dependiera haría todo el esfuerzo posible para que Venezuela no padeciera los horrores de una guerra civil.

Don Carlos, en las conversaciones de Londres, aceptó la idea de venir a Venezuela, donde ya estaba don Augusto. La situación, sin

embargo, no era del todo favorable; había un gobierno surgido de un hecho de fuerza. Don Augusto había llegado en un momento de intensidad democrática, y manteniendo como la mantuvo don Carlos esa vertical posición, tuvo —esto debemos reconocerlo— un respeto permanente de parte de las autoridades, que supieron valorar el mérito de su actitud. Yo le pedí al ministro de Fomento, que era mi amigo personal, que es mi amigo personal, el que lo invitara a venir al país. Conocedor a través de Grases de su experiencia como ingeniero industrial, de sus conocimientos económicos, de todo lo que había representado como esperanza y posibilidad de gobierno, me atreví a hacer esa petición. Yo era un hombre de oposición y debo proclamar aquí la nobleza con que el doctor Pedro Emilio Herrera lo trajo, lo incorporó a su despacho y le manifestó el más acrisolado respeto. Respeto que de allí en adelante en cualquier alternativa hubo siempre para don Carlos Pi Suñer.

De su estada en Londres, en sus últimos años de Londres, como representante de la Comisión Editora de las Obras Completas de Bello y de la Academia de la Historia, quedó un resultado sumamente importante y valioso. El conocimiento de los últimos años de la vida de Miranda, de ese Miranda en La Carraca, que una tradición imaginativa nos presentaba en una forma tan distinta a lo que fuera en la realidad. Porque Miranda no fue el prisionero que imaginó el gran pintor Arturo Michelena, amarrado a una cadena, sobre un jergón de paja. Miranda fue tratado allá como un general, respetado, honrado. He visitado La Carraca; en la habitación donde murió hemos colocado una bandera nacional y unos restos, entre los cuales podría haber algunos suyos. Porque a pesar de haber anunciado las autoridades que se iba a demoler el cementerio tipo nicho en el cual estaba enterrado Miranda con muchos otros, en ese entonces, desgraciada Venezuela, nadie reclamó sus restos. Y por eso fue después a una fosa común, dentro de la cual muchos de los restos se han perdido. Una misión de la Universidad de Cádiz, con un profesor de Medicina Legal que tiene por cierto entre uno de sus apellidos Miranda, pudo descartar todos

aquellos que sin duda no pudieron ser de Miranda y dejar los otros, que están allí en una caja de plomo sellada, en el sitio donde trascurrió la prisión de nuestro generalísimo, esperando que alguna decisión se tome, en ese difícil asunto en el que hay opiniones encontradas.

Don Carlos, pues, se hizo un verdadero enamorado de Miranda y un enamorado de Bello; y hubo la coincidencia de que él pasó en Caracas diecinueve años, los diecinueve que Bello había pasado en Londres. Circunstancia que sin duda a través del tiempo le haría sentir mucho más lo que fuera aquel emigrado venezolano, mitad funcionario cuando las armas de la República triunfaban, mitad exilado cuando las armas de la República fallaban, que en ese exilio acabó de lograr la formación de su robusta personalidad.

El recuerdo de don Carlos Pi Suñer es un recuerdo que muchos venezolanos comparten con admiración y con cariño. En agosto de 1979, el Senado de la República, por iniciativa del senador vitalicio Rómulo Betancourt, rindió un homenaje a don Augusto, en la ocasión del centenario de su nacimiento. Algunos, al intervenir en el debate, no pudimos menos que recordar también a don Carlos, en el momento de rendirle homenaje al sabio fundador de los estudios de una rama importante de la Medicina y padrino de varias promociones médicas en nuestro país. En aquella ocasión no pude menos que recordar la amistad y admiración que me ligó a la figura que hoy honramos aquí y al fin y al cabo recordar también que la catalanidad ha dado a Venezuela en este siglo XX (que empezó, según Picón Salas en 1936) notorias contribuciones. A veces no se atreve uno a mencionar nombres porque se pueden quedar tantos sin nombrar. Pero Pi Suñer, Augusto y Carlos; Vandellós, iniciador de la estadigrafía; Cruzent, de la antropología; Marco Aurelio y Pan Vila, creadores de un concepto nuevo de la geografía venezolana; Mario Cortés Lladó, gran médico internista; Manuel Pérez Vila, académico, historiador, investigador; Domingo Casanovas, brillante profesor de Filosofía del Derecho y Pedro Grases, con cuyo nombre es forzoso encontrarse si se anda por los caminos de la cultura y de

la bibliografía en la Venezuela de estos tiempos. Muchos más que en este momento se me escapan, pero que indudablemente han dado una valiosa contribución.

Entre ellos el caso de don Carlos Pi Suñer me produce una sensación especial, no solamente de afecto sino de cierta cariñosa nostalgia, porque pienso que después de más de treinta años de exilio faltaba apenas menos de un lustro para que hubiera visto una situación distinta en su Cataluña amada, en su Cataluña a la que fue siempre tan fiel, y en la Península española en la que tantas cosas han ocurrido en los últimos años. Quizás podemos decir que, como Moisés, no vio la Tierra Prometida, pero Moisés siquiera, desde la distancia, en los momentos en que ya entregaba su existencia, tenía la visión de la tierra que manaba leche y miel. Don Carlos murió sin que en ese momento pudiera todavía entreverse todo ese fascinante proceso de transformación de una España con una monarquía democrática, con unas autonomías que van encajándose, basadas en la historia, para realizar una experiencia nueva, integrada en la Comunidad Europea, pasando por encima de unos Pirineos que se señalaban como el límite de la Europa Occidental. Realmente, duele que no se hubiera podido prolongar un poquito su vida, para haber muerto con esa inmensa satisfacción. Pero el homenaje que hoy se le rinde es testimonio de que dejó sembrados muchos afectos, de que al mismo tiempo dejó nobles ejemplos y de que señaló el camino de tantos otros emigrados que, sin perder un ápice de su devoción por la tierra nativa, supieron entregarse a esta tierra generosa y contribuir a exaltar los grandes valores que constituyen nuestro mejor patrimonio y son siempre nuestra mejor esperanza.

Quiero agradecer muy sinceramente al *Centre Català* la distinción que se me ha hecho al invitarme a hablar en este acto y la oportunidad que se me ha dado para expresar ante este calificado auditorio todo el conjunto de sentimientos positivos que evoca en mí la figura de un hombre de quien me precié en ser su amigo que fue don Carlos Pi Suñer.

David H. Belloch*

El 18 de octubre de 1985 falleció en Inglaterra el señor David H. Belloch, quien estuvo en Venezuela largos meses en 1936, enviado por la Oficina Internacional del Trabajo como asesor técnico accidental de la Oficina Nacional del Trabajo, creada por decreto ejecutivo del 29 de febrero de aquel año.

Alto funcionario de la oficina ginebrina, adonde lo llevó su compatriota el señor Harold Butler (sucesor de Albert Thomas en la dirección de la misma), correspondió a Belloch el honor de ser el primer funcionario de la OIT a quien se encomendó en el mundo una misión de asistencia técnica a un país para la preparación de su legislación laboral. Venezuela fue, en efecto, el primero en solicitar y recibir del organismo internacional esa misión, y fue Belloch la persona escogida para atender a la solicitud que hizo el ministro Diógenes Escalante antes de regresar de Europa a asumir la cartera de Relaciones Interiores.

Perteneció el señor Belloch a un movimiento de mucha nominbradía en la historia de los movimientos sociales: *Fabian Society* (la Sociedad Fabiana, nombrada así en memoria del romano Fabio Máximo Verrugoso) fundada en pos de un socialismo pacífico y humano, deseoso de “reconstruir la sociedad de acuerdo con el más alto ideal moral”. Belloch tuvo que improvisarse como experto in-

* Nacido en New Southgate (Middlesex) el 1º de enero de 1896, David H. Belloch asistió a Exeter y luego al St. John's College de Oxford. Objeto de conciencia, sirvió como paramédico en la Primera Guerra Mundial. Trabajó luego en la Organización Internacional del Trabajo. Fue enviado a Venezuela en 1936 para asesorar en la redacción de una nueva Ley del Trabajo. Prestó luego servicios en Bolivia y en Colombia. Miembro de la *Fabian Society*, que está en los orígenes del Partido Laborista Británico, tuvo apasionada dedicación a la causa de la justicia social y del mejoramiento progresivo de la sociedad. Entre sus publicaciones se cuentan *Recommandations concernant l'élaboration d'une législation du travail* (1944), *Aid for Development* (1958), *One Developing World* (1963), *Technical Co-operation and the Development Decade* (1964), *State and Society in a Developing World* (1969). Falleció en Royal Tunbridge Wells (Kent) en 1985.

ternacional, para lo cual escogió como norma la “empatía”: tratar de identificarse con el sentir y modo de ser de nuestra gente.

Después de Venezuela, Blelloch cumplió funciones análogas —con creciente experiencia— en otros países, señaladamente Bolivia, cuya legislación laboral recibió en los años 40 una fuerte impronta de la venezolana. Otra de sus misiones la cumplió en Bogotá, como representante de la Junta de Asistencia Técnica de las Naciones Unidas.

Mantuvo especial preocupación por el tema del desarrollo. Como buen fabiano, insistió en que “desarrollo es un término de significación no solamente económica sino social” (*Aid for Development*, Fabian International Bureau, 1958).

Tengo cartas tuyas que contienen, en esta materia, párrafos condensados de sabiduría. Trataré de transcribir algunos, aun sabiendo la desconfianza que él tenía por los traductores, que según su juicio, no alcanzaban a expresar en otra lengua la exactitud del pensamiento. En enero de 1965, por ejemplo, me decía: “Aquí en Inglaterra hay signos estimulantes de un arranque de interés en la América Latina —un interés no tanto en las posibilidades de un comercio creciente con los países latinoamericanos (aunque, desde luego, esto también juega su parte) como en la historia y en la cultura de las naciones de América Latina. Todas, o casi todas, nuestras universidades, viejas y nuevas, tienen ahora departamentos dedicados a estudios latinoamericanos, y hace dos años se fundó una “Sociedad de Estudios Latinoamericanos”, principalmente con el propósito de capacitar a estos diversos departamentos universitarios para entrar en contacto unos con otros —sus intereses y sus discusiones son más bien de carácter académico, y a veces me siento con ganas de levantarme y gritar ‘¡pero todo esto tiene muy poco que ver con las realidades de América Latina, con los seres humanos de carne y hueso de esa área, sus intereses y actividades, sus luchas y realizaciones!’ Sin embargo, aun un interés académico es mejor que ningún interés”...

“Otro asunto —decía— en el cual estoy más involucrado, y en el cual el interés público ha ido creciendo rápidamente, es el de la

promoción del desarrollo en las áreas ‘subdesarrolladas’. Nosotros tenemos ahora un Ministerio del Desarrollo de Ultramar, y (semi-privado, semi-oficial) un Instituto de Desarrollo de Ultramar; se adelantan planes para la creación de un (malamente necesitado) Instituto de Estudios del Desarrollo. Yo trato de hacer todo lo que es posible a un ciudadano privado en este movimiento, todo lo que puedo para hacer entender a la gente que lo que se ‘desarrolla’ no es solamente una economía, sino una sociedad humana completa, con todos sus miembros individuales, con sus hábitos y creencias y tradiciones e instituciones. Hay todavía una tendencia demasiado fuerte, aun en gente que debería conocer mejor la materia, a considerar el ‘desarrollo’ como un problema meramente económico, a identificar ‘subdesarrollo’ con pobreza y a imaginar que cualquier donación o préstamo o inversión o ‘cooperación técnica’ está destinado a promover desarrollo. ‘Desarrollo’ es un proceso humano universal, y si nosotros querernos entender los problemas del desarrollo de (digamos) un país latinoamericano, debemos comenzar por tratar de comprender los nuestros propios”.

Del rico arsenal de sus cartas, extraeremos un párrafo más, escrito en marzo de 1976, donde se revela su amplia cultura, en un tema de altura política. “La vida política en este país presenta un cuadro grisoso y desalentador. Por supuesto, el *outsider* nunca puede saber exactamente lo que ocurre bajo la superficie política. Como Georges Simenon dice en su última publicación: *je suis persuadé que toute la politique se passe en coulisse et que ce que nous voyons à la télévision, ce que nous entendons à la radio, n'est qu'un leurre*. Pero aunque uno pudiera saber todo lo que ocurre detrás del escenario, no creo que podríamos hallar mucho motivo para entusiasrnos. Para citar otra fuente francesa —*Le Monde*— esta vez, refiriéndose a Harold Wilson: *un homme élevé dans la tradition d'un socialisme puritain en lutte contre l'injustice sociale, mais sans véritable perspective politique*. Esa es la cosa desalentadora: la falta de algo que pueda llamarse una *véritable perspective politique*. Ello es tan evidente, que la revolución in-

dustrial, que ha dominado y moldeado la vida del llamado ‘Mundo Occidental’ los pasados dos siglos, y está dominando y moldeando progresivamente la vida de los países del llamado ‘Tercer Mundo’ (sin hablar de los países comunistas) ha llegado, como si fuera, al final del camino. Ello envuelve condiciones de vida y trabajo para la vasta mayoría del pueblo que son intolerables e inhumanas. Aun Adam Smith, en analista original y profeta de la revolución industrial, no se hacía ilusiones acerca de sus efectos sociales. Para citar un artículo aparecido en el *London Times* en 1973, en celebración del 250° aniversario de su nacimiento, ‘había observado el creciente aislamiento del trabajador individual que vivía en grandes ciudades y trabajaba en grandes ‘manufacturías’ (*sic*). Él también llamó la atención hacia los problemas presentados por la división del trabajo: una institución que...confinaba la mente a un pequeño número de operaciones simples... Bajo tales condiciones de producción, las facultades mentales del trabajador decaen para desear el uso de estímulos y el individuo sufre de lo que Smith describía gráficamente como ‘una especie de mutilación mental, deformidad y estrechez’ que requieren acción por el Estado... para ser superada’. Además, hay el despilfarro de los recursos naturales y la polución del ambiente, que preocupan al Club de Roma y al Programa de las NN. UU. para el Ambiente. Por supuesto, toda clase de problemas de un día para otro llaman la atención de los políticos y de los partidos, pero una ‘*véritable perspective politique*’ implicaría la concientización de lo que es fundamentalmente erróneo en la civilización moderna y una comprensión verdadera de los pasos radicales que hay que tomar para apartar a nuestra civilización del camino suicida del presente”.

Esas mismas ideas inspiran la parte doctrinal del artículo que envió el señor Belloch para la obra *Estudios de Derecho Laboral*, que la Universidad Católica Andrés Bello me ofreció como honroso homenaje al cumplir mis cuarenta años de graduado. Su artículo contiene inicialmente una parte histórica donde relata, con cruda franqueza, su experiencia en la elaboración de la Ley del Trabajo de 1936. La

oportunidad de la muerte de Blelloch y rendir homenaje a su memoria es propicia para traer a nuestras páginas ese artículo-ensayo que intituló: “La Legislación del Trabajo, el ‘Desarrollo’ y Venezuela”. Escrito originalmente en inglés, la traducción fue cuidadosamente revisada y varias veces corregida por el autor.

Concluamos esta nota proclamando que el finado David H. Blelloch fue un sincero amigo de Venezuela; fue un leal colaborador de América Latina; fue un constante partidario de nuestro desarrollo, entendido en su sentido propio. Merece, por todos estos conceptos, nuestra gratitud.

HOMENAJE A JUAN CARLOS PUIG*

Voy a girar sobre el tema que planteé hace dieciocho años, cuando hice visita de Estado a la Argentina y fui recibido como presidente de Venezuela en el Colegio de Abogados de Buenos Aires por los organismos académicos: la Justicia Social Internacional. Entonces corrían muchos rumores de que a última hora el llamado a elecciones encontraría una decisión contraria. El candidato aparentemente favorito del gobierno estaba derrotado en las encuestas y se veía venir un triunfo peronista, que era la oposición más radical. En aquella ocasión, en algo pude participar estimulando el ánimo del general Lanusse, que fue el de realizar elecciones y reconocer la voluntad popular; cosa que efectivamente hizo a pesar de que en el mismo momento de la entrega del poder estalló una reacción inconcebible de los sectores populares contra los representantes del régimen que terminaba.

De allí salió, entiendo, nuestro amigo Juan Carlos Puig electo ministro de Relaciones Exteriores en el gobierno que presidió el

* Conferencia en la Universidad de Buenos Aires, el 14 de marzo de 1991.

Juan Carlos Puig nace en Rosario, Argentina, el 15 de noviembre de 1928. Licenciado para el servicio consular (1950), se doctoró en derecho por la Universidad de París (1954) y obtuvo el título de *Legum Magistri* por la Universidad de Pensilvania en 1957. A su carrera docente añadió una fecunda actividad de servicio público.

Fue profesor titular de Derecho Internacional Público en la Universidad Nacional de Rosario, así como de Relaciones internacionales y política exterior argentina en la Universidad Nacional de Buenos Aires, en la Escuela Superior de Guerra, en la Escuela de Defensa Nacional, en la Universidad Santa María de Buenos Aires, en la Universidad del Salvador y en la Escuela de Comando y Estado Mayor de la Fuerza Área Argentina. Fue también profesor visitante en el *Institut des Hautes Études Internationales* en París y en el *Institut d'Études Européennes* de la Universidad Libre de Bruselas. Asesor del Consejo Nacional de Seguridad, Director Nacional de Política Fluvial Internacional, Asesor de la delegación argentina a las reuniones del grupo de expertos sobre el recurso agua, fue ministro de Relaciones Exteriores y Culto de su país natal.

En Venezuela fue profesor titular de la Universidad Simón Bolívar e investigador en el Instituto de Altos Estudios de la América Latina. Su labor en ese Instituto de Altos Estudios fue decisiva en el desarrollo de la institución. Fallece en Caracas el 5 de marzo de 1989.

En su copiosa bibliografía pueden destacarse sus *Principios de Derecho Internacional* (Buenos Aires, 1952), traducidos al francés en 1954. Una *Historia política contemporánea* (Buenos Aires, 1968), sus *Estudios de Derecho y política internacional* (Buenos Aires, 1970), *Derecho de la comunidad internacional* (Buenos Aires, 1974), *Integración latinoamericana y régimen internacional* (Caracas, 1987).

doctor Cámpora. Lo recuerdo porque en aquella ocasi3n uno de los actos más hermosos de mi visita fue la reuni3n a que arriba me referí, con instituciones académicas: la Academia de Ciencias Políticas y Sociales, el Colegio de Abogados de Buenos Aires, el Museo Social Argentino, etc.; asociaciones que se reunieron para recibirme y fue allí donde desarrollé el tema de la Justicia Social Internacional. Quiero decir que ahora, después de dieciocho años, siento mayor angustia por la necesidad de hacer recibir en el ordenamiento jurídico la idea de la Justicia Social Internacional, porque la América Latina está entrando por un callej3n que no sé ad3nde nos va a conducir.

Nuestro amigo el doctor Juan Carlos Puig hablaba del “aura dignificante y renovadora de la justicia que preside e impulsa las acciones políticas e internacionales de los países en vías de desarrollo”. Yo creo que no se trata solamente de aquello que decía Andrés Bello de que el Derecho Internacional en nuestros países tenía que mirarse con un respeto casi supersticioso porque era lo que nos defendía de los grandes poderes dispuestos a intervenir y a usurpar; porque en realidad este anhelo de justicia, esta necesidad de proclamar la justicia en las relaciones internacionales nos plantea una cuesti3n que es la que quisiera traer hoy a la consideraci3n de ustedes.

Hasta ahora, cuando se habla de Justicia Internacional mi sentir es que se piensa en la Justicia Conmutativa, que es la forma tradicional de justicia; toda una larga revoluci3n ha traído al mundo la idea de la Justicia Social, que ha sido recibida de una manera o de otra en todos los países bajo el signo de ideologías diferentes: los países occidentales bajo un régimen capitalista, los países de la Europa Oriental que durante varias décadas estuvieron sujetas al “socialismo real”, todos hablan de la Justicia Social y se han dictado leyes, especialmente las leyes del Trabajo, que han sido las primeras que se adoptaron con la inspiraci3n de la Justicia Social.

Sobre la Justicia Social se han escrito muchos tratados. El gran argentino Alfredo Palacios escribi3 largamente sobre el tema. Los fil3sofos discuten sobre el concepto de la Justicia Social, si es una

nueva rama de la justicia además de las tres ramas de la concepción aristotélica (justicia conmutativa, legal y distributiva) o si es más bien una nueva forma de la justicia legal y de la justicia distributiva; yo creo que todo esto es secundario; lo fundamental es que, según la definición más sencilla y para mí más clara que he leído, que es la de la encíclica *Divini Redemptoris* de Pío XI sobre el comunismo ateo, la Justicia Social es la que exige de todos lo necesario para el bien común. Es decir, el sujeto activo es la comunidad, que reclama de cada uno según sus capacidades; en consecuencia, el que tiene más dinero, más poder, más riqueza, más posibilidades, mayor poder político o militar, no tiene por ello más derechos sino más deberes para contribuir a que todos y cada uno puedan desarrollar normalmente su propia personalidad.

Pero esta idea de la Justicia Social, que está reconocida, ya sea bajo el signo del marxismo, bajo el signo de un capitalismo modificado, ya sea bajo cualquier otra concepción ideológica, no ha llegado a las relaciones internacionales. En las relaciones internacionales se sigue practicando la noción tradicional y clásica de la Justicia Conmutativa: si te doy diez me das diez, pero si doy cinco me das cinco, y cuando algunas de las potencias que tienen más riqueza o más poder actúa en una forma favorable hacia un país más débil y más pobre lo hace como en virtud de cierta filantropía, de cierta supuesta generosidad, generosidad que muchas veces va envuelta en condiciones que —según decía Juan XXIII en la encíclica *Mater et magistra*— establecen una nueva forma de colonialismo (te doy porque quiero darte generosamente pero para ello te exijo que te sometas a tales o cuales condiciones que son las que justifican o las que sirven de motivo para mi acción).

La tesis que creo procedente es la de que si existe una comunidad internacional, cada uno de los miembros de la comunidad internacional tiene derecho a que se remuevan los obstáculos que se le oponen para realizar su propio desarrollo. No es que el desarrollo de los países en vías de desarrollo lo van a realizar paternalmente las

grandes potencias, sino que deben removerse obstáculos que a veces se hacen invencibles para que puedan lograr su derecho a la vida que envuelve el derecho al desarrollo. Esta tesis, desde luego, a veces ha sido difícil de aceptar y ha sido tomada por una cosa utópica. Una vez en los Estados Unidos fui invitado a la ciudad de Pittsburgh, a un encuentro de intelectuales católicos y expuse mi teoría; y después en el almuerzo la discutía con el Secretario General de *National Catholic Welfare Conference* que era entonces la agrupación de los obispos norteamericanos y el secretario general me alegaba que no se podía sostener que obtener esa ayuda era un derecho, es decir, que cuando una potencia hacía una concesión no era por acto de generosidad sino por un deber de justicia, de justicia social; y graciosamente me dijo: “pero los papas no han dicho eso” y yo de manera muy audaz le contesté: “pero lo van a tener que decir”. Efectivamente, Pablo VI, que ha sido el más categórico en afirmarlo, no solo en la encíclica *Populorum progressio* sino en una carta al secretario general de las Naciones Unidas, Kurt Waldheim, en ocasión de la Asamblea Extraordinaria sobre el Desarrollo de los Pueblos, dijo que la Iglesia sostiene que el problema del desarrollo y de la pobreza no puede resolverse sino a través de la Justicia Social Internacional.

Tengo un agradecimiento especial con Juan Carlos Puig porque ha sido el autor más calificado que en sus obras le ha dado mayor reconocimiento, mayor hospitalidad a la tesis de la Justicia Social Internacional. Bastantes veces conversamos sobre este asunto y me parece que realmente en el momento actual en que se habla de un nuevo orden internacional no fundado en la Justicia Social sino fundado en el principio liberal de la ley de la oferta y la demanda para quitar todas las barreras y colocar todas las relaciones internacionales en un situación de supuesta igualdad, yo siento mucho más necesario sostener la idea de la Justicia Social Internacional.

Querría poner este ejemplo. Cuando asumí el gobierno en Venezuela, estaba nuestro país vinculado con los Estados Unidos por un Tratado Bilateral de Comercio que consistía fundamentalmente

en lo siguiente: los Estados Unidos se obligan a no elevar las tarifas arancelarias para el petróleo venezolano vendido en su país y como contraprestación Venezuela se obligaba a no subir los aranceles de ninguno de los productos que aparecían en una lista, la célebre “lista número 1”, que prácticamente comprendía todos los productos manufacturados. Cuando el presidente Rómulo Betancourt asumió el poder en 1959 dijo: “Dentro de esa política de desarrollo económico parece lo más indicado, y así lo hará de inmediato el gobierno que presidiré, la iniciación de conversaciones de Cancillería con el gobierno amigo de los Estados Unidos de América, para revisar, por mutuo acuerdo, el Tratado Comercial vigente entre ambos países”. Pasados cinco años; el presidente Leoni, que le sucede, en su discurso inaugural expresó: “En agosto de 1964 se creó una Comisión Interministerial, presidida por el ministro de Relaciones Exteriores, para que realizara los estudios correspondientes a la revisión del Tratado de Reciprocidad Comercial entre Venezuela y los Estados Unidos de América. El informe técnico con sus conclusiones y recomendaciones ya ha sido presentado y en breve término deberán tomarse las decisiones aconsejables”. Pasan cinco años y asumí yo la Presidencia, y me esforcé por lograr que se modificase el Tratado pero las misiones que envié a Washington a negociar regresaron con la convicción que todo se volvía un juego de palabras, que los Estados Unidos no tenían ningún interés en la modificación. Entonces hice hacer una evaluación muy seria de los riesgos que correrían si denunciábamos el Tratado (para ver si estábamos en condiciones de asumir ese riesgo), y una vez que hicimos nuestra evaluación, el ministro Calvani llamó al embajador de Estados Unidos y le entregó una nota por la cual nosotros, haciendo uso de nuestro derecho soberano habíamos decidido denunciar el Tratado en el plazo que el propio Tratado establecía, que era de dos años.

Mientras tanto había ocurrido algo importante: el gobierno democrático de Betancourt, el gobierno de coalición, al encontrar que todos los pasos hacia la industrialización estaban cerrados tuvo que

optar por dictar medidas de prohibición de importar aquellos productos que competirían con los que se deseaba proteger. No conozco ningún país que se haya industrializado sin pasar una etapa, a veces larga, de proteccionismo industrial. Los Estados Unidos hicieron su industria a base de proteccionismo y todavía hoy, cuando se habla tanto de la libertad de comercio, sienten que si le dejaran libertad efectiva al Japón, algunas industrias, por lo menos la industria automovilística y otras a lo mejor, quebrarían porque no podrían resistir la competencia. Sin embargo, nosotros no podíamos tomar ninguna medida de protección, y el gobierno de Betancourt tuvo que optar, con el ministro Lorenzo Fernández, por la decisión de prohibir la importación de aquellos artículos que se iban a comenzar a producir en el país: era una solución inconveniente, absurda, injusta pero inevitable, y solamente cuando denunciarnos el Tratado pudimos comenzar a establecer mecanismos más razonables de protección, a través de las tarifas aduaneras.

Por supuesto, como ocurrió en otros países de América Latina, el proteccionismo derivó hacia sistemas de protección corrupta, inconveniente: cualquiera que quería ganarse un dinero, lograba protección para una determinada rama de producción, que se le daba sin averiguarse si era o no sería y rentable, si podía aspirar a competir en el futuro. Se le daba sobre todo la protección si ofrecía ventajas o beneficios ilegítimos para las autoridades que iban a dar la protección. Es cierto que el proteccionismo degeneró en un sistema hipertrofiado y corrupto; pero también es cierto que sin una protección es imposible que una nueva industria prospere. La tesis que nosotros sosteníamos era la de que contrariaba la justicia social y que para podernos garantizar el acceso de nuestros productos de exportación en condiciones razonables al mercado norteamericano teníamos que sujetarnos a aceptar como contrapartida la importación de los productos manufacturados norteamericanos sin elevar los aranceles. Esto hacía imposible competir, tratándose de una industria más adelantada.

Veo en estos momentos un nuevo peligro: no rechazo *a priori* la invitación del presidente Bush en su “oferta para las Américas”, pero la impresión que tengo es que al desaparecer todos los mecanismos de protección que se han tenido que crear para comenzar a construir nuestras propias economías, necesariamente vamos a quedar reducidos a la simple condición de proveedores de materias primas baratas y de mano de obra barata. Solo algunos productos serán los que podrán competir libremente en ese mercado, en el comercio internacional.

Hablando en Bolivia con el presidente Paz Estenssoro (a quien le tocó, como al presidente actual de Venezuela, la desagradable situación de tener que deshacer todo lo que hizo en su primer gobierno, desandar todo lo que anduvo treinta y cinco años antes como jefe de la Revolución Boliviana, privatizar lo que había estatizado, romper con la Confederación Obrera Boliviana que había sido su principal apoyo), me decía que para poder nivelar la situación tuvieron que despedir treinta mil mineros en Oruro, porque el costo de producción del estaño era mayor que el precio de venta en el mercado internacional. El arzobispo emérito de La Paz, monseñor Jorge Manrique, a su vez me decía, casi lloroso, que cuando iba a Oruro se le partía el alma, que aquella gente estaba desesperada, porque la prometida reactivación económica no llegaba. Esto me hizo pensar si la verdadera solución era la de despedir los treinta mil mineros o la de pagar por el estaño un precio más justo en el mercado internacional.

Asimismo, pienso en la Argentina que es un país que tanto queremos y admiramos y cuya suerte nos preocupa mucho. ¿Qué ocurre en Argentina? Se dice que Argentina fue un país próspero que hace cincuenta años tenía un ingreso per cápita muy alto. ¿Por qué ahora no? Se le atribuye todo al mal gobierno, a la hipertrofia burocrática, a la mala administración, hechos que probablemente son ciertos en todos nuestros países, pero que no explican suficientemente la situación. La diferencia viene de que las materias primas siguen siendo

tratadas de una manera injusta, mientras el consumismo que se nos impone, entre otros medios a través de los medios de comunicación audiovisuales, nos está materialmente obligando a hacer gastos que no podemos pagar con la venta de nuestras materias primas. ¿Cómo puede un campesino, un obrero, un habitante cualquiera de una ciudad ante un receptor de televisión resistirse a comprar los artículos que le son metidos por los ojos y oídos a través de una propaganda bellísima? En la Europa del Este crearon una cortina de hierro para impedir que llegara esta propaganda, pero fueron condenando a sus poblaciones a tener un nivel de vida mucho más bajo que las occidentales.

No quisiera incumplir el compromiso con el profesor Catalagro, en cuanto al tiempo de mi intervención. Solo quisiera decir, en relación a Juan Carlos Puig, que la concepción trialista que él sostiene, me parece perfectamente lógica: el Derecho es la norma, el Derecho es el hecho social y el Derecho debe ser expresión de la justicia; y por eso pienso que esos términos en las facultades de Derecho tienen que explicárseles a los alumnos: la técnica, que es la que estudia la norma, la Ciencia del Derecho, o sea, la introducción; la Sociología, no entendida como una expresión de conceptos abstractos, sino como un análisis del Derecho como hecho social, y la Filosofía del Derecho, que nos debe traer la idea de la justicia. Porque estamos como dijo Puig, que “hemos enfrentado ante auditores incrédulos que no comprenden como podrán colmar el abismo existente entre la novela rosa que-siempre-tiene-un-final feliz y la descarada realidad de un mundo en que campea el predominio de las grandes potencias y los reclamos premiosos de un nuevo orden basado en la justicia”. Pienso que esa justicia tiene que comprender la justicia social. No tengo sentimientos de odio ni rencor frente a los Estados Unidos: al contrario, tengo muchos motivos, muchos, de afecto para ese pueblo; creo, además, que en los Estados Unidos hay en las universidades gente que nos entiende, que nos comprende, que conoce nuestros problemas y que está dispuesta a defendernos; pero estoy alarmado

del camino que están tomando las cosas al promover un nuevo orden internacional en el cual la idea de justicia se soslaya completamente.

Habla Juan Carlos Puig de una autonomía, de un autonomismo heterodoxo, y yo pienso que el concepto de autonomía tiene variantes. Cuando el gobierno israelí habla que está dispuesto a darle autonomía a los palestinos pero no soberanía, entiende que la autonomía es una libertad de acción disminuida de la que la soberanía representa; pero cuando Juan Carlos Puig habla de autonomía heterodoxa en nuestros países, habla, pienso yo, del ejercicio *real* de la soberanía, es decir, la posibilidad de trazar nuestras propias normas, nuestras propias orientaciones, siguiendo la idea bolivariana de que América Latina sea “una nación de repúblicas”. Y concluyo con un dato que me ha impresionado profundamente. Leí en la prensa anteayer un despacho de la agencia EFE desde Montreal, en el cual se dice que estudiosos investigadores canadienses anuncian que en este hemisferio hay actualmente doscientos cincuenta millones de personas afectadas de malaria y que ha habido dos millones y medio de muertos por esa enfermedad. La malaria era una enfermedad derrotada, a la que se había hecho frente en forma victoriosa; y el propio despacho cablegráfico dice que uno de los factores principales, una de las principales causas de su reaparición es que el precio de los insecticidas es tan alto que los gobiernos no tienen dinero para comprarlos en cantidad suficiente para poder derrotarla. ¿Qué significa esto? Que el mundo es socialmente injusto y de acuerdo con las normas que están tratando de imponer a través del Fondo Monetario Internacional y que hace que desde México hasta la Argentina se toque una misma melodía, se digan los mismos discursos, se establezcan los mismos conceptos, se hable de una privatización que en definitiva trasladará todas las empresas que hemos logrado con grandes esfuerzos crear a las manos del capital trasnacional, seguirá subiendo el precio de los insecticidas y seguirá congelado el precio de las materias primas que nosotros exportamos y no podemos hacerle frente a este problema; hasta que la malaria rompa barreras, viole fronteras y llegue a los

Estados Unidos y al Canadá; y entonces tendrán que realizar una acción extraordinaria para combatirla.

Quisiera, pues, en homenaje a esa figura extraordinaria que fue Juan Carlos Puig, y como dijo Miguel Ángel Burelli en un bello artículo, a “su estimulante creatividad, su alegría vital, su pureza intelectual, su cotidiano fervor”, pedir que nos anime a estudiar a fondo esta situación, porque si no tomamos un rumbo cierto, no sé cuáles serán las consecuencias en el tiempo y en el mundo. Anhele, pues, que su recuerdo nos anime a hacer reconocer la idea de la Justicia Social en el orden internacional.

